

Lu Pérez

NIEVE

BUNKERBOOKS

NIEVE

LU PÉREZ



© Nieve, 2025
© De esta edición: Bunker Books, 2025

Ilustración de cubierta: ©Rubén Jiménez Martín «El Rubencio»
Diseño de cubierta: © Bunker Books
Bunker Books S.L.
Cardenal Cisneros, 39, 2^{0} −15007 A Coruña
www.bunkerbooks.es
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-128919-7-3
Depósito legal: CO 112-2025

Obra ganadora del
VII certamen Auguste Dupin

La mentira es esencial porque la verdad es incomunicable.

Marcel Proust.

Y yo sola con mis voces, y tú
tanto estás del otro lado que te confundo conmigo.

Alejandra Pizarnik.
El infierno musical, 1971.

Para Alex. Todo es posible.

PARTE 1

Llega un momento en la vida que nada es como esperabas. Cuando te das cuenta de ello, cuando esa revelación se presenta ante ti como un relámpago luminoso que te sorprende y amedrenta a partes iguales, suele ser demasiado tarde. Tarde para cambiar las cosas. Tarde para comenzar de nuevo. Tarde para siempre.

Cuando era pequeña solía soñar despierta. Me gustaba imaginar cómo sería mi vida en el futuro, cuando me hiciera mayor. Como casi todas las niñas, fantaseaba con la casa donde viviría o con la persona con la que me casaría y tenía la firme convicción de que todo aquello iba a suceder algún día. Tal cual, al pie de la letra; mi vida perfecta tomaría forma con tan solo desearla y todo sería fácil. Sencillo como soplar un diente de león y pedir un deseo, mientras observas los vilanos algodonosos levitando hacia la nada.

Sueño cumplido.

La vida. Nunca he entendido por qué me cuesta tanto ser feliz. Somos una sociedad encorsetada en un patrón absurdo, ¿verdad? Es como si hubiéramos heredado una pauta estricta que nos dicta lo que debemos hacer y no parece haber nada más allá. Planeamos nuestra existencia como una secuencia idílica: cumplir dieciocho, ir a la universidad, alquilar un piso en la ciudad, comprar tu propio coche, viajar, a países exóticos, por ejemplo, a Tailandia, quizás, a India, y graduarse, conocer a alguien, y por supuesto enamorarse. Amar y ser amado, como si eso fuera lo más importante.

Ahora sé que la vida no es eso o, mejor dicho, que la vida es todo menos eso. La vida es soledad, es quietud, dolor, y rabia también. Sobre todo rabia. Es levantarse cada mañana y ver que el espejo te arroja la mirada perdida de siempre. Y ya.

Creo que no voy a comenzar esta historia por el principio. Y la verdad, tampoco es oportuno contar cómo acabó todo. El orden es el factor más importante a la hora de explicar las cosas. Todo el mundo tiene una historia, pero tan solo unos pocos saben cómo contarla. Yo he decidido que mi punto de partida sea aquella tarde soporífera de finales de noviembre. Podría haber sido una tarde cualquiera, pero no lo fue. Aquel era un día frío, dócil, desconsolado. La gente corriente estaba encerrada en sus casas, con la manta fruncida alrededor del cuello y la espalda entumecida en el sofá, intentando evadirse del mundo o esconderse de él, pero nosotros no; Diego y yo decidimos hacer las maletas y pasar el fin de semana fuera porque de algún modo sentíamos que éramos diferentes al resto, que estábamos vivos, o al menos eso pretendíamos. Él me prometió que nos iría bien escaparnos unos días, abrirnos a la naturaleza, dijo, y yo le obedecí con esa inercia maquinal con la que solía seguirle a todas partes.

Fue aquella misma tarde cuando volvieron los ataques de migraña. Aunque no recuerdo cuándo comenzaron exactamente, si al llegar a la casa u horas antes, en el viaje. Habíamos salido al mediodía y condujimos un buen rato por la autopista que llevaba hacia el norte. Según el navegador teníamos unos cuarenta kilómetros hasta llegar al desvío y desde allí comenzaríamos el ascenso a las montañas. Apenas me daba cuenta de por dónde íbamos porque, nada más arrancar el coche, apoyé mi cabeza en el vidrio helado de la ventanilla y me quedé dormida. El viaje me causó un sopor inmenso que me lamía los párpados, hasta el punto que me costaba mantenerlos alzados, eran como los ojos huecos de una muñeca de plástico que se cerraban al

inclinar la cabeza. Me sentía rara, como si estuviese drogada o borracha, no sé, solía pasarme cuando iba en coche. Lo odiaba. No sé cómo se desató esa extraña fobia en mí, pues hubo un tiempo en que adoraba conducir, incluso tenía mi propio coche. Me encantaba el olor que había adentro, el cuero de la tapicería recalentado por el sol te llevaba a pensar que estabas metida dentro de un zapato viejo y gastado. Antes era capaz de conducir varias horas seguidas, sin saber dónde estaba ni a dónde iba, y al hacerlo sentía una profunda sensación de libertad abrazándome por dentro, una emoción poderosa que me calentaba la sangre y me hacía creer que podía llegar a donde quisiera. Sin embargo, ahora odio los viajes.

Odio tantas cosas.

Cuando Diego me despertó tuve la impresión de estar muy lejos de casa. Apagó la radio y me preguntó cómo estaba. Me incorporé en el asiento, aturdida. Había soñado con algo, pero no recordaba qué.

Estoy mareada, dije.

Me ofreció la Coca-Cola del portalatas del salpicadero. Bebí un sorbo pequeño y el sabor a óxido me inundó la boca.

Ya falta poco para llegar, me informó, aunque no le hubiera preguntado.

Vi que habíamos dejado la autopista y circulábamos por una carretera estrecha de doble sentido. íbamos deprisa. El zumbido que retumbaba dentro del coche se me incrustaba en las sienes, me angustiaba y me hacía pensar que mi cuerpo ya no era carne, ni huesos, ni sangre, sino una especie de extensión mecánica, una parte intrínseca de aquel vehículo maligno circulando a gran velocidad. Le pedí a Diego que fuera más despacio, pero ni me escuchó. Así que me quedé quieta, con las manos agarradas al asiento y el rostro inclinado hacia la ventanilla. El frío se condensaba en los cristales formando un vaho opaco que lo emborronaba todo. Frente a mis ojos, la sombra de la montaña, los troncos oscuros de los árboles cabalgando a nuestro lado, el pespunte blanco de la carretera desdibujándose en el asfalto, aquella escarcha de cristal emergiendo de las cunetas.

Mira, aquí ya se ve la nieve, exclamó Diego, emocionado.

Observé aquellas manchas en el suelo, eran pedazos de nada que florecían de debajo de la tierra y me dio la impresión de que iban haciéndose más grandes a medida que ascendíamos, igual que el vértigo que se enroscaba por mi garganta. Bajé la ventanilla y el aire de las montañas me abofeteó la cara.

¿Qué te ocurre?

Nada, me duele la cabeza.

Es normal, el mal de altura, que estamos a dos mil quinientos metros y esa sensación es a causa del cambio de altitud, dijo, sin ser consciente de que cada vez iba más deprisa por aquella carretera sembrada de curvas.

Yo sabía que no, que no me sentía mal por eso. Ni por el coche, ni por el viaje, ni por aquellas malditas curvas. Era por el frío, nunca me ha sentado bien el frío. Cuando era pequeña mi madre me regaló unos calcetines de puntilla blancos, de esos que tienen agujeros por todos lados y se clavan en la planta de los pies al andar. Recuerdo caminar con ellos por casa, en invierno, mientras se me congelaban las puntas de los dedos y los talones, pero a mí me daba igual. Pisaba deprisa el suelo de cerámica, a veces incluso bailaba, me ponía de puntillas y danzaba sobre mis pies congelados hasta que sentía que ya no eran míos, sino de otra; de una niñita extraña que cantaba y reía sin parar frente a mí. Odiaba aquellos calcetines, pero mi madre

decía que eran preciosos y yo, por no decepcionarla, me los ponía todos los días. Es curioso lo que llegas a hacer por la gente a la que quieres.

Llegamos a una intersección y Diego giró a la izquierda.

Ya casi estamos, repitió, y esta vez parecía ser verdad.

Abandonamos la carretera principal justo cuando la nieve comenzaba a devorarla y tomamos un camino sin asfaltar. Era más ancho que la carretera, pero estaba minado de piedras; algunas se encallaban entre los neumáticos y golpeaban el chasis bajo mi asiento. Me dio por cerrar los ojos y concentrarme en respirar mientras el coche crujía al avanzar por el pedregal. Justo cuando pensé que iba a vomitar el almuerzo sobre el salpicadero del coche, Diego frenó en seco.

Habíamos llegado. Por fin.

Comencé a escribir diarios hace unos años a raíz de la muerte de mi madre. Mi terapeuta me lo recomendó. Me aseguró que me ayudaría, pero todavía no he descubierto cómo. Explicar mi vida en libretas de goma elástica solo me ha conducido a dos cosas: una, a convertirme en una especie de cronista de los momentos más inocuos de mi propia vida, y dos; a amontonar decenas de cuadernos polvorientos en el altillo de mi piso.

A veces cojo la escalera de mano y subo para depositar alguno ya acabado. Lo dejo amontonado sobre los demás y bajo deprisa, como si estuviera alimentando a un animal salvaje al que le arrojas un filete de carne cruda y luego sales corriendo para que no te devore a ti también. Debe de haber decenas de diarios ahí arriba, y allí se quedarán para siempre, abandonados, como si no quisiera saber nada más de ellos, ni de mí, ni de lo que he sentido o he vivido. No volveré a leer estas líneas. Nunca. Es mi regla sagrada. Mis diarios son algo así como botellas de vidrio lanzadas al mar, esas que guardan un secreto dentro y que viajan, y se pierden en las entrañas de las corrientes oceánicas sin saber a dónde las portará la marea. Esas que nadie encuentra jamás. Sé que es triste, pero prefiero tener mi pasado custodiado en un altillo, a dejar que la nostalgia de esos momentos se agolpe dentro de mí. No puedo permitir que vuelvan los fantasmas.

«Querido Diario», escribía cuando comencé la terapia.

Era algo así como una fórmula mágica, una especie de licencia que me permitía imaginar que estaba escribiéndole a un amigo o a un confidente. Pero con el tiempo aquello me hizo sentir ridicula porque estaba sola, así me sentía, ¿qué sentido tenía fingir que estaba hablándole a alguien? Comencé a omitir aquel saludo absurdo y simplemente abría las libretas, anotaba el día, el mes, el año y comenzaba a escribir, sin más. A veces escribía tan rápido que era como discutir con alguien, arrojaba palabras inconexas a lo bruto sobre el papel, o insultaba, escribía un montón de tacos hasta que me hartaba o me desahogaba por completo. Y otras veces, dibujaba. Una vez pinté unas flores preciosas. Me encantan las flores porque hacen que la vida parezca más bonita de lo que es. Por eso dibujé unas cuantas, y luego arranqué las hojas para intercalarlas en las páginas de los días más tristes, para que de alguna manera no lo fueran tanto.

Era casi de noche cuando llegamos a la cabaña y un atardecer ceniciento recubría la bóveda del cielo. Me dio la impresión de que cuanto más alto estábamos en aquella montaña, más oscuridad crecía a mi alrededor.

Diego aparcó en el descampado que había frente a la casa y apagó el motor, aliviado.

Por fin, ya estamos.

Salió del coche y se quedó mirando la casa con las manos apoyadas sobre la cadera.

Es chula, ¿verdad?, me dijo sin volver la vista atrás, el interior lo es todavía más, te encantará.

Desde que la alquiló en una página de internet había insistido tanto en lo bonita que era, que desconfié de inmediato. Me quedé unos instantes dentro del coche y, con la acidez de una náusea resucitando en la boca, observé la amorfa silueta del tejado perfilándose tras la escarcha de la ventanilla.

La casa.

En cuanto la vi por primera vez, lo supe: llevaba mucho tiempo allí, petrificada en las profundidades de la montaña. Esperándome. Vista desde fuera parecía más grande de lo que realmente era porque, aunque solo tenía una planta, estaba construida sobre un desnivel y debías subir una escalinata de piedra para acceder a ella. Las catedrales también solían construirse de ese modo; a unos metros del nivel del suelo, elevadas del mundo común para que cuando los fieles subiesen las escaleras de entrada inclinaran su torso hacia delante a modo de reverencia. Con aquella casa ocurría algo parecido. Su recia fachada de piedra oscura destilaba tal soberbia que cuando llegabas allí y te plantabas frente a ella sentías que alguien te miraba desde lo alto con recelo, como si fueras una amenaza.

Desde el coche vi que había un porche exterior, parecía bastante amplio y estaba cercado por una barandilla de madera. Había mobiliario de jardín, aunque no podía verlo del todo porque estaba cubierto con una lona de plástico impermeable y atado con cuerdas, supuse que para protegerlo de la nieve o de aquella intensa humedad que lo impregnaba todo. Allí arriba hacía frío, de eso me di cuenta nada más llegar. Las paredes de la casa parecían gruesas y robustas, aunque comenzaban a enverdecer por los recodos. En el tejado asomaba una gruesa alfombra de musgo salvaje que parecía aplastar la casa lentamente, revistiéndola de verde, de tierra, de esporas, la mimetizaba con la vetusta vegetación de alrededor en un intento de engullirla y hacerla desaparecer. Pero lo que más miedo daba eran las ventanas. Aquellos cristales de retinas polvorientas rebosaban la opacidad de la mirada vacía y lóbrega de un mártir.

Al salir del coche, una ráfaga de aire gélido me empujó por detrás, así que no tuve otra opción que arrancar a correr hacia la casa. La ventisca me zarandeó, me rebotó en la frente, me agarró por los brazos, y tuve la sensación de estar corriendo hacia la sima de un acantilado. Y lo peor de todo fue sentir que estaba dispuesta a saltar. Subí las escaleras deprisa y entré para cobijarme, aunque no sirvió de mucho porque en el interior hacía quizás aún más frío. Una espesura helada me retorció el pecho al respirar. Cuando llegué, Diego ya había inspeccionado la casa.

Todo está en orden, me dijo nervioso, excitado. Es fantástica, ¿verdad?

Se acercó a mí y por un momento pensé que iba a besarme, pero solo me frotó los brazos con las manos. Estás helada, y luego volvió al coche a buscar un mechero, para encender la chimenea y caldear el salón, y me quedé allí parada, enlutada por la penumbra del vestíbulo, con la imprenta del beso no dado grabado en los labios y una punzada de melancolía brotándome dentro.

Blanca Costa no era una agente del orden cualquiera. Aunque ella no hablase nunca de sí misma, en el pueblo todos aseguraban que era la viva imagen de su padre: recia, pero con vocación. No se podía pedir más en un pueblo como aquel.

Valtordá.

Una pequeña aldea engarzada a la montaña. Las calles estrechas, las plazas vacías, y las fachadas de las casas construidas de piedra pizarra y moho, todas iguales, capaces de soportar la nieve, el frío y la soledad constante. Allí el invierno siempre llegaba para quedarse. Tras varios meses de sequía y temperaturas altas se presentó un noviembre normal y corriente, como los de antaño, cargado de nevadas y de frío, un presagio amable de que sería un buen año.

Precisamente aquella misma noche había nevado con intensidad. Blanca seguía lo ocurrido en las noticias de las siete mientras desayunaba en uno de los dos bares del pueblo, el único que servía panqueques recién hechos. Le gustaba ir allí por las mañanas y tomarse un café bien cargado; era la única manera de espabilarse en días fríos como aquel, donde la niebla era tan densa que empañaba la vista. El local estaba casi vacío. El sonido grave del televisor rebotaba contra las paredes convertido en un eco metálico. Era demasiado temprano para los vecinos de la zona, que postergaban todo lo posible salir a la calle. Los domingos como aquel había poco que hacer en un pueblo tan pequeño. Ir a misa, quizás, o simplemente dormir y alejarse de los demás, de la tormenta, y también del frío. De aquel frío cruel que te ahondaba en los huesos.

Carla, la camarera, restregaba la barra con una bayeta empapada en jabón. Aprovechaba las horas bajas para limpiar el local, ponía de patas arriba todos los taburetes y pasaba a fregona por debajo de las mesas mientras su perro labrador dormía apoltronado junto a la puerta. Blanca observó cómo la chica se movía con desgana y le pareció que tenía la mente en otra parte.

¿Has salido esta noche? Pareces cansada.

Resaca, estuvimos tomando unas cervezas hasta las tres en el cobertizo de Jon, y cuando comenzó a nevar tuvimos que marcharnos. Con lo buena *mossa* que eres, en todos los sentidos, no se te pasa una, ¿eh?, bromeó ofreciéndole luego tomar algo más.

Otro café estaría bien.

A Blanca le dieron ganas de desahogarse, de contarle que también tenía una resaca terrible, que el día anterior había estado bebiendo y que necesitaría más que un café para resucitar, pero se contuvo. En aquel pueblo los comentarios se expandían muy rápido y una agente como ella no podía permitirse mostrar sus debilidades a los demás.

Carla trabajaba en el bar los fines de semana, los verdaderos dueños eran sus padres que habían regentado el negocio toda la vida. De hecho, aquel era su último año, acababa de cumplir los dieciocho y pronto comenzaría la universidad y se iría a vivir a la ciudad. Haría como todos los jóvenes de por allí; crecer y marcharse. Como había hecho Blanca una vez, hace muchos años, cuando era una muchacha joven e ilusionada como ella.

Blanca se fue de Valtordá un primero de septiembre. Cogió su coche y condujo sin parar hasta la gran urbe. No miró por el retrovisor ni una sola vez, el futuro era demasiado interesante como para echar la vista atrás, y nada le hizo pensar en lo que estaba dejando allí arriba. Se fue a

la ciudad y vivió allí durante veintiséis años. Se olvidó del pueblo, del frío intenso, de sus amigos de la infancia y por poco se olvidó de su familia. Tan solo regresaba a Valtordá dos veces al año; en Navidad y en primavera, por el cumpleaños de sus padres, Tomás y Rosa. Ambos habían nacido el mismo día en aquel pueblo remoto como si el destino hubiera confabulado para unirles. Blanca los adoraba, eran los padres perfectos y cuando regresaba a casa siempre estaban allí, esperándola. Blanca le contaba a su padre los casos que llevaba en la ciudad. Compartía con él lo que hacía porque estaba satisfecha de sí misma, incluso albergaba una punzada de orgullo por haber superado a su progenitor. Tomás había sido el representante del orden en solitario durante cincuenta años en Valtordá, aunque él nunca había salido del pueblo, se había pasado la vida enfrascado entre aquellas montañas junto a su mujer y su hija. Siempre contaba las mismas historias y todas habían sucedido en Valtordá, donde la vida era sencilla y él nunca necesitó más. En cambio, Blanca en eso no era como su padre; desde el día en que nació tenía el deseo de marcharse e hizo todo lo posible para escapar.

Tomás escuchaba a Blanca con una tímida sonrisa en los labios que delataba su satisfacción al ver que su hija había seguido sus pasos llegando además tan lejos.

Ejercer en una ciudad te aporta mucha más experiencia que trabajar en un pueblo como este, le decía, pese a que en el fondo de su corazón la echara de menos.

En aquel entonces Blanca estaba en plena efervescencia en su carrera y no le importaba nada más que eso. Volvía allí, a su hogar, se sentaba con él en el sofá y le contaba sus hazañas como si fueran parte de ella. Aún podía ver el rostro de su padre recortado por el candor de la lumbre, sus mejillas sonrojadas y la luz de sus pupilas vidriosas derramada sobre la alfombra de lana gruesa. Había pasado mucho tiempo de aquello.

Carla le sirvió el segundo café. Hervía, pero Blanca apenas se dio cuenta, agarró la taza con las dos manos y se lo bebió sin despegar la mirada del televisor. Los bomberos habían trabajado durante toda la noche, la tormenta había causado innumerables destrozos y había árboles derribados en las zonas próximas a Valtordá. Hacía tiempo que no se había visto nada igual, pero por suerte no había que lamentar ningún herido grave. Blanca se sintió aliviada al escuchar eso. Se había pasado la noche sin dormir. La tormenta la sorprendió de madrugada junto a un par de botellas de vino volcadas sobre la mesa y un sabor a rosas marchitas en la boca. La ventisca barría el tejado de su casa con tanta furia que llegó a pensar que las paredes se le caerían encima y entró en pánico, no por morir aplastada, sino por tener que salir a trabajar aquella noche. Sabía que no podría conducir en aquellas condiciones, ni pensar con claridad, ni siquiera sería capaz de mantenerse erguida. Todos se darían cuenta de su embriaguez y temió que aquel incidente la obligara a firmar la baja de nuevo. Así que se mantuvo despierta hasta el amanecer, atenta al bramido del viento que mordía las persianas y rezando para que su *walkie* no sonara por alguna emergencia.

Llevaba cinco meses en el pueblo y todavía no se había acostumbrado a aquello. En verano pudo soportarlo, pese al calor, pese a la gente y los reencuentros, pero a puertas del invierno las tardes se habían convertido en sendas oscuras y eternas. Además, la ausencia de cobertura era una de las cosas que más la agobiaban de estar allí arriba. Aquella cafetería era el único sitio del pueblo que tenía un wifi en condiciones, por eso siempre estaba allí. Pese a no esperar ningún mensaje, llegaba puntual todas las mañanas, se pegaba a la barra de latón del bar y vigilaba la pantalla de su móvil, anhelando algo que ni siquiera sabía qué era. Le costaba tanto despegarse de la ciudad, y de tantas cosas.

Vaya, qué pasada, exclamó Carla mientras subía el volumen del televisor.

En la pantalla se veían imágenes en directo de una de las vías comarcales que conectaban Valtordá con otros pueblos de la zona y la autopista. La nieve había taponado la calzada y varios operarios estaban trabajando con excavadoras para despejar la carretera. Aunque acostumbraba a haber nieve en aquella época del año, la prensa local retransmitía la noticia en directo como si fuera algo insólito. Un reportero con la capucha de su chubasquero apretada a la cara informaba de la situación dirigiéndose a la cámara, explicaba que los trabajos sobre el terreno iban a ser intensos y que los operarios tardarían horas, incluso días, en normalizar los accesos a la autopista. También anunció que la ventisca volvería a ganar intensidad aquella misma tarde.

Blanca suspiró, aturdida.

Parece que nos hemos quedado aislados otra vez, dijo, consciente de que le esperaba una semana dura y que aquello no había hecho nada más que empezar.

Sentirte diferente no es fácil, y menos cuando eres una niña. De pequeña, en el colegio, solía pasarme mucho eso de ser el bicho raro. Recuerdo que solía quedarme sola a la hora del recreo, apoyaba la espalda en la inmensa reja que cercaba el patio y desde allí observaba a los demás jugar o correr. Reían. Parecían felices, habituados a estar allí, y yo no entendía cómo podía serían sencillo para ellos.

En aquel entonces solo hablaba con Bet, una niña tan extraña como yo, que a veces se sentaba a mi lado a comerse un sándwich de queso y se ponía a murmurar cosas raras. Una vez me contó un secreto, ella al menos lo llamó así porque aseguraba que apenas lo sabía nadie en el mundo. Hablaba con cautela, como si estuviera sorbiendo trocitos de aire con los labios cuando me dijo muy solemne que si observas un objeto inanimado durante un rato descubres que no es lo que parece.

Es otra cosa y tiene vida propia, ¿sabes? En realidad, todo lo que te rodea la tiene, las cosas se mueven, todas, desde la hoja de un árbol a un simple zapato; solo tienes que saber mirarlas para descubrir la verdad que se esconde en ellas.

En aquel tiempo la creía, o quería creerla, y me quedaba observando a mi alrededor con atención, a los árboles del jardín y hacia aquel patio repleto de niños estridentes, esperando atenta una señal divina, aunque jamás conseguí ver nada. Supongo que carecía de la mirada mágica de Bet y nunca alcancé a entender del todo lo que quería decirme… hasta que entré en aquella casa por primera vez y me acordé de ella. Al quedarme sola allí dentro, supe que aquel lugar era mucho más que una vieja cabaña alzada entre las pendientes rocosas de una montaña. Allí los objetos no se movían solos, pero había algo distinto, algo imperceptible a simple vista.

Entré en las habitaciones y abrí las ventanas para ventilar el olor a viejo que se respiraba. Aunque la casa estaba limpia, me dio la impresión de que hacía mucho que no la habitaba nadie, porque en el ambiente rezumaba esa mezcla a ropa húmeda y polvo a la que huelen los lugares olvidados. Había dos habitaciones, un baño minúsculo, una cocina y un salón. Todas las estancias tenían muebles austeros de madera, bastante antiguos, y en el salón había una gran chimenea. Aquello fue lo que más me gustó, y también el jarrón con flores frescas sobre la mesa del comedor. No olían a nada, pero eran una cortesía de la agencia que la alquilaba. Del ramo colgaba una etiqueta: «Bienvenidos».

La cocina era bastante grande porque estaba reformada y unida al salón. Tenía una encimera alargada con cuatro taburetes que separaban ambos espacios y había mucha luz natural, más que en el resto de habitaciones, porque contaba con un ventanal que daba al exterior y desde el que

podías ver el bosque. Por un instante me imaginé cocinando allí, transformada en el prototipo de ama de casa perfecta, de esas que cocinan bien y ordenan, y limpian, pese a que yo no haya sido nunca de esa clase de personas. No sé cocinar, así que solo pasaba a la cocina para servirme vino y sentarme sobre la encimera mientras miraba a Diego preparar comidas o cenas. Siempre que venía a verme le pedía que me hiciese algo de comer porque a él sí que se le daban bien esas cosas. Si hubiésemos vivido juntos, habría sido en una casa con una cocina como aquella y yo le hubiese pedido que cocinara todas las noches para observarle. Sin embargo, nosotros no éramos esa clase de pareja. No cenábamos juntos cada noche, ni nos dábamos masajes en los pies mientras veíamos la televisión, ni compartíamos nada. Aun así, me gustaba creer que nos queríamos.

Para contener la ansiedad me puse a preparar té, pensé que me haría bien y además serviría para mitigar el dolor de cabeza. Encendí el fuego y calenté agua en una tetera de esas antiguas de acero inoxidable con un asa grande revestida de aluminio que encontré en la alacena. Su superficie era tan brillante que podía ver el reflejo de mi rostro en el metal, como si fuera un espejo. Me miré fijamente en aquella antigualla y al acercarme sentí que aquella no era ya mi cara, sino un rostro deformado con los ojos más grandes y más negros que nunca, la boca encogida y las mejillas derretidas sobre mi cuello.

Me estaba convirtiendo en un auténtico monstruo.

Mientras esperaba a que hirviera el agua di una vuelta por el salón. No había televisor, pero sí una gran biblioteca cuyos estantes casi llegaban al techo. Acaricié los lomos de los libros con la punta de los dedos, la mayoría eran clásicos pero también había algún poemario y el polvo que tenían encima delataba que nadie los había leído en mucho tiempo. A mí siempre me ha gustado leer, desde pequeña. Mi madre siempre me regalaba libros por podía serían sencillo para ellos.

En aquel entonces solo hablaba con Bet, una niña tan extraña como yo, que a veces se sentaba a mi lado a comerse un sándwich de queso y se ponía a murmurar cosas raras. Una vez me contó un secreto, ella al menos lo llamó así porque aseguraba que apenas lo sabía nadie en el mundo. Hablaba con cautela, como si estuviera sorbiendo trocitos de aire con los labios cuando me dijo muy solemne que si observas un objeto inanimado durante un rato descubres que no es lo que parece.

Es otra cosa y tiene vida propia, ¿sabes? En realidad, todo lo que te rodea la tiene, las cosas se mueven, todas, desde la hoja de un árbol a un simple zapato; solo tienes que saber mirarlas para descubrir la verdad que se esconde en ellas.

En aquel tiempo la creía, o quería creerla, y me quedaba observando a mi alrededor con atención, a los árboles del jardín y hacia aquel patio repleto de niños estridentes, esperando atenta una señal divina, aunque jamás conseguí ver nada. Supongo que carecía de la mirada mágica de Bet y nunca alcancé a entender del todo lo que quería decirme… hasta que entré en aquella casa por primera vez y me acordé de ella. Al quedarme sola allí dentro, supe que aquel lugar era mucho más que una vieja cabaña alzada entre las pendientes rocosas de una montaña. Allí los objetos no se movían solos, pero había algo distinto, algo imperceptible a simple vista.

Entré en las habitaciones y abrí las ventanas para ventilar el olor a viejo que se respiraba. Aunque la casa estaba limpia, me dio la impresión de que hacía mucho que no la habitaba nadie, porque en el ambiente rezumaba esa mezcla a ropa húmeda y polvo a la que huelen los lugares olvidados. Había dos habitaciones, un baño minúsculo, una cocina y un salón. Todas las estancias tenían muebles austeros de madera, bastante antiguos, y en el salón había una gran

chimenea. Aquello fue lo que más me gustó, y también el jarrón con flores frescas sobre la mesa del comedor. No olían a nada, pero eran una cortesía de la agencia que la alquilaba. Del ramo colgaba una etiqueta: «Bienvenidos».

La cocina era bastante grande porque estaba reformada y unida al salón. Tenía una encimera alargada con cuatro taburetes que separaban ambos espacios y había mucha luz natural, más que en el resto de habitaciones, porque contaba con un ventanal que daba al exterior y desde el que podías ver el bosque. Por un instante me imaginé cocinando allí, transformada en el prototipo de ama de casa perfecta, de esas que cocinan bien y ordenan, y limpian, pese a que yo no haya sido nunca de esa clase de personas. No sé cocinar, así que solo pasaba a la cocina para servirme vino y sentarme sobre la encimera mientras miraba a Diego preparar comidas o cenas. Siempre que venía a verme le pedía que me hiciese algo de comer porque a él sí que se le daban bien esas cosas. Si hubiésemos vivido juntos, habría sido en una casa con una cocina como aquella y yo le hubiese pedido que cocinara todas las noches para observarle. Sin embargo, nosotros no éramos esa clase de pareja. No cenábamos juntos cada noche, ni nos dábamos masajes en los pies mientras veíamos la televisión, ni compartíamos nada. Aun así, me gustaba creer que nos queríamos.

Para contener la ansiedad me puse a preparar té, pensé que me haría bien y además serviría para mitigar el dolor de cabeza. Encendí el fuego y calenté agua en una tetera de esas antiguas de acero inoxidable con un asa grande revestida de aluminio que encontré en la alacena. Su superficie era tan brillante que podía ver el reflejo de mi rostro en el metal, como si fuera un espejo. Me miré fijamente en aquella antigualla y al acercarme sentí que aquella no era ya mi cara, sino un rostro deformado con los ojos más grandes y más negros que nunca, la boca encogida y las mejillas derretidas sobre mi cuello.

Me estaba convirtiendo en un auténtico monstruo.

Mientras esperaba a que hirviera el agua di una vuelta por el salón. No había televisor, pero sí una gran biblioteca cuyos estantes casi llegaban al techo. Acaricié los lomos de los libros con la punta de los dedos, la mayoría eran clásicos pero también había algún poemario y el polvo que tenían encima delataba que nadie los había leído en mucho tiempo. A mí siempre me ha gustado leer, desde pequeña. Mi madre siempre me regalaba libros por Navidad, algunos estaban en inglés pero yo los entendía igual. En aquel entonces había pocos niños que leyeran en otro idioma y me sentía orgullosa, por eso me dediqué a la traducción después, y desde entonces no he parado de transcribir las historias de los demás, como si no tuviera una propia.

En aquel instante de calma, un sonido suave y constante llegó a mis oídos. Busqué a mi alrededor y enseguida descubrí un espléndido reloj de cuerda coronando la pared del salón. No era uno corriente, parecía antiguo y estaba tallado a mano y barnizado de un esmalte brillante de color miel. Su esfera de hueso tenía las horas grabadas en números romanos, algunos señalados por unas manecillas doradas, finas agujas que parecían no moverse, pero silo hacían, eran casi las seis y las agujas estaban derechas, guardando el equilibrio una sobre la otra a expensas del péndulo de acero guarecido tras la vitrina. Su vaivén hipnótico me hizo suspirar.

Fue allí de pie, frente al reloj, cuando comenzó todo. Al principio solo fue una sensación. Un escalofrío. Un susurro. Un aleteo a mi espalda. No lo recuerdo con exactitud, pero sentí que algo se removió detrás de mí. Me giré deprisa, miré alrededor, pero no alcancé a ver lo que era, solo advertí cómo la puerta de entrada se cerraba de un golpe. Solté un chillido aunque no estaba asustada. Ni siquiera tenía miedo, todavía. Decidí que había sido una corriente de aire, nada más.

Fui hasta la puerta y estiré del pomo hacia mí con fuerza para volver abrirla, pero entonces ocurrió algo mucho peor.

Un hedor terrible me empujó.

Era un olor intenso, como a podrido, que no había notado al entrar. Allí no había nada sospechoso de oler tan mal, el suelo del vestíbulo estaba limpio y recién barrido, los estantes ordenados. Empujé la puerta de nuevo y encontré un perchero anclado a la pared del recibidor del que colgaba un tabardo de lana gruesa. Lo observé, estaba sucio y raído, así que pensé que podría ser eso lo que causaba tal pestilencia. Con una mano me tapé la nariz y con la otra lo descolgué, agarrándolo por un instante para enseguida dejarlo caer de puro asco y el hedor se volvió aún más intenso y fue entonces cuando lo vi. Bajo el abrigo colgaba una especie de fardo peludo y oscuro, una ardilla muerta o una rata quizás, no lo sé, estaba boca abajo y tenía restos de sangre seca sobre el pelaje, como si alguien le hubiera vaciado las tripas.

Una arcada me estranguló.

¡Diego!, grité cuando el reloj marcaba las seis con una campanada penetrante. La casa despertó y a su vez, en la cocina la tetera comenzó a silbar furiosa. Su sonido de alfiler se me clavó en la cabeza, así que corrí para retirarla del fuego. El mango estaba ardiendo y al agarrarla me quemé, volví a gritar y la lancé al fregadero mientras me lamía los dedos abrasados.

Volvió el silencio. Lo saboreé unos segundos. El vacío en los oídos. El pulso del corazón palpitándome en la frente como si toda la sangre de mi cuerpo borbotease en mi cráneo. Y dolor, aquel dolor constante en mi cabeza. Hacía tiempo que no me atacaba la migraña. Pensaba que la había superado para siempre, pero no. Allí arriba, en aquella montaña, todo resurgía con más fuerza, aquel frío atroz desvencijaba los huesos.

Cuando me tranquilicé, serví el agua en una taza grande y puse una bolsita de té negro dentro hasta que se oscureció. Un acto de fe me convencía de que calor del té me sentaría bien; debía calmar aquel dolor de cabeza como fuera y también los nervios. Agarré una manta que encontré sobre el sofá y me la eché sobre los hombros. Pondríamos una reclamación a la agencia, por supuesto, la agencia de las bienvenidas florestas y las ratas muertas tras las puertas. Luego salí a fumar y a buscar a Diego, claro, tenía que deshacerse de aquel bicho cuanto antes.

Al salir vi que estaba oscureciendo, el atardecer desde el porche me hizo sentir bien. La casa estaba rodeada de alcornoques y abetos gigantes, y al echar la vista hacia arriba, por encima del musgo del tejado, divisé las cimas níveas de las montañas. Allí, en lo alto, por encima de las copas de los árboles, eran enormes dientes afilados que mordían el raso del cielo. Me apoyé en la barandilla mientras la noche caía a mi alrededor, como el telón de fondo de un escenario que baja sin prisa al finalizar la función. Me encendí un cigarro. Aún me temblaba el pulso. No podía quitarme aquella sensación de encima. No sabía qué estaba haciendo allí, con Diego, ni qué me había hecho pensar que subir allí arriba sería una buena idea.

Di una larga calada y lo descubrí descargando el equipaje del maletero. Sentí remordimientos por no bajar a ayudar, pero me sentía débil. Además, me había prometido que se encargaría de todo aquel fin de semana y, después de lo que habíamos pasado durante los últimos meses, pensé que era lo mínimo que podía hacer. Diego comenzó a sacar las mochilas del coche y las fue dejando en el suelo, unas al lado de otras. Había muchísimas, no entendí cómo llevábamos tantas cosas para tan pocos días. Solo necesitamos estar juntos para estar bien, le había dicho yo, pero él se empeñó y quiso llevar consigo la tienda de campaña; quería hacer excursiones por la montaña, acampar junto a algún lago.

Si no nieva, claro, había dicho él.

Pero nevaría, yo sabía que nevaría y que todos aquellos planes quedarían en nada.

Al principio de nuestra relación adoraba hacer el amor con Diego. Durante los primeros meses sentía una conexión especial con él. Era dulce, me cuidaba y, como nunca me había ocurrido algo así con nadie me convencí de que era el hombre de mi vida.

Los primeros meses fueron maravillosos, ¿cuándo no lo son?, pero luego todo cambió. Pasé de ser la novedad a convertirme en algo corriente y no hay nada peor que eso. Dejó de estar ilusionado, pero seguí enganchada, incluso más que al principio. Diego tenía algo que me abocaba a verlo una y otra vez, sin importarme dónde hubiese estado ni con quién. Era incapaz de resistirme porque estaba loca por él.

Locura y amor, solemos confundirlos constantemente.

Aquella primera noche en la casa Diego se encargó de la cena, tal y como me había prometido, y yo tal y como me había imaginado me senté a beber vino sobre la encimera de la cocina. Preparó pollo al horno con ciruelas y el aroma se propagó por toda la casa arrinconando la humedad y el vacío que nos habían recibido al llegar. También encendió la chimenea, la luz de la lumbre transformó aquella casa huraña en un lugar de ensueño. Vi que Diego se había tomado muchas molestias para recrear el fin de semana perfecto y me alegré, pues estábamos allí para empezar de cero y en aquel momento yo aún creía que podíamos conseguirlo.

Después de cenar nos tomamos una copa en el sofá y estuvimos charlando un buen rato. Recordamos buenos momentos, nos reímos. Algunas de las anécdotas que contaba Diego ni siquiera las recordaba, parecía que estuviese hablando de una época remota o de otra mujer, una mujer que no era yo, pero aun así sonreía y le seguía la corriente, dejándome arrastrar por ese magnetismo tan particular que tenía cuando hablaba. Me quedé mirando sus labios apretados y por primera vez en mucho tiempo me apeteció besarle. Puede que fuera por el vino, por la fatiga o por la maldita quietud que había en aquella casa, no lo sé, solo recuerdo que acerqué mi rostro al suyo y le besé. Abrimos la boca y nuestros alientos se disolvieron en un mordisco suave. Lo había añorado tanto. Entonces la casa ensordeció de repente, como si aquel beso hubiese parado el tiempo y el mundo entero se hubiese quedado contenido en ese instante.

Diego.

Nuestra historia de amor era un enigma indescifrable. Habíamos vivido un verano tan negro, tan al margen de toda lógica, que estar con él allí arriba era como volver al inicio. Cuando me agarró por la nuca con sus manos heladas, me estremecí. Tenía frío, pero no dije nada, es más: me coloqué sobre él y lo abracé con fuerza. Nuestros cuerpos chocaron y sentí el bombeo de su corazón en mi pecho. Me quedé quieta, agarrada a sus hombros, y sintiendo su sangre hervir en el abrazo busqué su boca otra vez. Lo besé de nuevo y me vino al paladar ese dulzor inquietante que precede a las tormentas. Entonces todo estalló.

Diego.

Yo solo quería que me abrazara fuerte, durante toda la noche, y me quitara aquel frío cruel para siempre, pero él acabó estropeándolo todo, como siempre. Volcó su cuerpo sobre mí con fuerza y me tiró de espaldas al suelo, con una actitud incisiva comenzó a arrancarme la ropa y a morderme el cuello como un animal salvaje. No, yo no quería eso y le pedí que parara, me sentía borracha o mareada, no sé. Todo era culpa de aquella casa, que me absorbía de tal manera que no sabía quién era, ni en qué me había convertido. Diego siguió tocándome, me desnudó por

completo mientras su cuerpo iba endureciéndose sobre el mío como una losa pesada que me aplastaba.

¡Para! Déjame, por favor, le pedí varias veces hasta que por fin se apartó a un lado.

¿Qué cono te pasa?

No puedo respirar.

Siempre igual, Andrea. Ya empezamos con tus jueguecitos…

No era ningún juego. Diego solía llamar así a mis ataques de ansiedad, como si los fingiera y me sirvieran de excusa para no acostarme con él, pero no era cierto. Yo estaba mal. Tenía los brazos tan rígidos que no podía levantarme del suelo. Diego recogió su ropa y se encerró en la habitación. Estaba enfadado y masculló algo así como que siempre le cortaba las ganas en el momento oportuno, y que era una estrecha. No alcancé a escucharlo del todo porque la falta de aire me colapso. Me quedé unos instantes sentada en el suelo con una quemazón por todo el cuerpo. Mi alrededor comenzaba a derretirse y en aquel instante supe que aquello no funcionaría. Con la mirada, busqué la ventana.

Afuera estaba oscuro, pero al fin había arrancado a nevar.

Los jueves. Odiaba los jueves. Salía de la oficina tarde y con ganas de morirme, y en el largo paseo hacia el autobús me fumaba un cigarro y me imaginaba que estaba en otro lugar, en otro país, en una ciudad diferente donde todo era nuevo. Donde se respiraba un aroma ajeno en el aire y la gente hablaba un idioma distinto. Donde se cenaba a las seis, se dormía a las diez y donde nadie me conocía. Siempre había querido irme a vivir a otra parte. Puede que fuera por eso por lo que corrí tras Diego cuando se marchó. Aquella decisión me atormentó mucho tiempo. A veces fantaseaba con volver atrás y cambiarlo todo, como en una de esas películas de ciencia ficción donde puedes corregir los errores que has cometido y esperar a ver cómo sería tu vida entonces. Cómo sería mi vida sin él.

Aquella noche no pude dormir. La casa. Hacía frío por todas partes. Miré la hora en la pantalla del móvil una y otra vez hasta que dieron las tres. No me sentaba bien disgustarme, cuando lo hacía no descansaba y me apretaba la migraña aún más; convirtiéndome en alguien irascible, o al menos eso decía Diego. Él sí que dormía a mi lado, indiferente a todo, y mis nervios se acrecentaban al escuchar su respiración constante.

Al final, decidí levantarme y prepararme un vaso de leche caliente. Me eché una manta por encima y fui descalza hasta la cocina. Las rectitudes de la madera se clavaban en la planta de mis pies. Habíamos apagado la lumbre hacía horas y el salón era un cuarto gélido bañado por el fulgor fantasmal de la luna. Su claridad blanquecina irrumpía por la ventana e irrigaba plata el interior. Me asomé para observarla. Las leyendas del bosque decían que confiarse a ella era cosa de brujas, que traía mal augurio, aunque en aquel momento no me acordé de nada de eso, eché la vista al cielo y planté cara a aquel medallón de argento resplandeciente. Estaba tan cerca y era tan grande que casi alcancé a tocarla con los dedos.

Entonces ocurrió, de golpe, aquellos ruidos en el exterior de la casa. Me quedé quieta y avivé el oído. Al principio no sentí miedo, pensé que sería un animal o algo así, pero tras una pausa escuché más golpes. Y entonces supe que algo no iba bien. Miré por cada una de las ventanas del salón para averiguar qué ocurría, pero la espesa negrura del bosque me cegó. Los ruidos no cesaban, eran huecos, intermitentes, hasta que logré identificarlos como pasos, pisotones de personas.

Alguien estaba corriendo alrededor de la casa.

Se movían de un lado a otro aplastando la nieve con fuerza y cada vez estaban más cerca, escuché cómo subían las escaleras y caminaban sobre el suelo de madera del porche. Ahí me asusté de verdad. Me acurruqué tras la mesa de la cocina con el aliento atascado en la garganta. Estábamos allí solos, en medio de la nada, sin apenas cobertura. Y si vienen a robarnos, pensé. Entré en pánico y supe que debía avisar a Diego. Como no podía gritar, salí corriendo de la cocina, agachada, el pasillo estaba tan oscuro que avancé a tientas, dando tumbos, palpando las paredes y las puertas hasta llegar al dormitorio. Cuando llegué a la cama, me lancé sobre él.

Dios mío, Andrea. ¿Qué pasa?

He escuchado pasos afuera, alrededor de la casa.

Diego se incorporó y buscó el interruptor de la lámpara en la mesita de noche.

¡No! No enciendas la luz, podrían vernos.

¿Quiénes? ¿Qué dices?

Ellos. Los hombres, están ahí afuera.

Vamos a comprobar qué está pasando, dijo levantándose.

Se puso un jersey y fuimos juntos hasta el recibidor. Diego se acercó a la entrada y cogió un garrote del paragüero, uno de esos que se usan para caminar por la montaña, lo agarró con las dos manos como si fuera un bate de béisbol.

No hagas ruido, le susurré, pueden oírnos.

No parecía asustado, pero yo sabía que sí lo estaba. Abrió la puerta principal con decisión y salió al porche. Primero miró hacia un lado, luego hacia el otro. Los ruidos habían cesado, o al menos eso me pareció. En ese momento un silencio rotundo circundaba la casa.

Se habrán escondido, sugerí en un hilo de voz.

Sin embargo, no parecía haber nada allí fuera, ni siquiera se oía el viento. Me estremecí. En aquel instante solo se pronunciaba la luna, aquella enorme luna llena, que con su luz impostada proyectaba en el suelo la silueta deforme de Diego y lo convertía en un hombre alargado, forjado de sombra y ceniza. Bajó las escaleras del porche despacio y ya en la nieve miró por los alrededores de la casa. Erguía el garrote como un bateador esperando un *homerun*, dispuesto a golpear fuerte y salir corriendo. Yo me había quedado dentro, tras la ventana, con el corazón entre los dientes y la vista clavada en el bosque; su negrura era tan compacta que parecía que estaba a punto de engullirnos. Crucé las manos, mis dedos eran carámbanos de hielo, duros y helados, como a punto de quebrarse. Pasados unos minutos, Diego volvió a entrar en la casa. Colgó el garrote tras la puerta y cerró de un portazo.

No hay nadie ahí fuera, dijo, habrá sido un perro o un jabalí rebuscando en la basura.

Pero aquella explicación no me convenció porque yo estaba segura de que había escuchado sido pasos. Pasos de hombres. Hombres furiosos. Estaba segura.

Volvimos a la cama. Quise pedir a Diego que me abrazara, a ver si así podía dormir, pero vi que se acomodaba a un lado del colchón y me daba la espalda, así que me quedé mirando el techo, con las manos heladas y sin poder quitarme aquella sensación de pánico en toda la noche.

Blanca Costa salió del bar y comenzó a caminar por Valtordá. Las calles vacías estaban sumidas en una espesura fantasmal, así que recordó cuando era una adolescente a la que le daba miedo andar sola por el pueblo. Los niños de la escuela le habían contado una infinidad de

historias terroríficas sobre asesinos en serie, violadores y sobre antiguos espíritus que se llevaban a las chicas como ella al bosque, las torturaban, les cortaban el pelo y les metían tanto miedo que las volvían locas. Tan locas que acababan muertas, como suele pasar en las historias de terror. Blanca sabía que aquellas leyendas eran mentira, pero aun así sintió una sensación extraña aquella mañana. En días como aquel la niebla estaba tan baja que podía llegar a sentir el aliento espeso de los muertos resoplándole en la nuca al atravesarla.

Aceleró el paso en dirección al colmado. La ventisca la empujaba al avanzar, la zarandeaba de un lado a otro como a una tolvanera de polvo, así que para resguardarse atajó por una callejuela estrecha. El tiempo empeoraba por momentos y Valtordá se había convertido en un lugar sitiado por la tempestad. En el interior de las casas, los cerrojos de las contraventanas apretados y los vecinos aguardando, esperando. El humo salía a borbotones de las chimeneas, la única señal de presencia humana que se manifestaba en el pueblo desierto.

Cuando llegó al colmado, el tendero la saludó con sorpresa. Se llamaba Germán y era uno de los hombres más longevos del pueblo; sobrepasaba los noventa y seguía regentando su tienda. En pleno invierno algunos servicios del pueblo cerraban durante semanas y aquel ultramarinos era el único medio de abastecimiento para los vecinos. Un motivo de orgullo para él, que presumía de tener la trastienda repleta de víveres y de ser capaz de sobrevivir noventa inviernos más allá arriba.

Blanca le dedicó una sonrisa.

Buenos días, ¿cómo estás hoy?

Luego recorrió un par de pasillos del local y volvió con una botella de agua mineral y un sándwich de queso. Cuando se dispuso a pagar, vio cómo Germán movía la cabeza en un gesto de desaprobación.

Estos bocadillos son malísimos para la salud, reina.

Y por qué los vendes, le recriminó bromeando, y ambos se echaron a reír.

A Blanca le caía bien aquel hombre, era una de las personas más honestas del pueblo y el primero que le echó una mano al llegar allí. Admiraba a las personas tenaces como él. Tenía la espalda encorvada y le temblaban los brazos cuando embolsaba la compra, pero su sentido del humor parecía burlar el paso del tiempo.

En la radio dicen que las carreteras están cortadas, dijo Germán.

Sí, pero esperemos que sea por pocas horas.

Ay, hijita, no creo, no. Cuando el temporal empieza así de fuerte, no desaparece de un momento a otro. Ya te irás acostumbrando al clima de este pueblo. A los días como este tu padre los llamaba «días ciegos», ¿sabes? Decía que si no podías divisar el valle desde el mirador del parque es que estabas tan aislado en las alturas como lo estaban los dioses, y debías tener mucho cuidado cuando pasaba eso.

Cuidado, ¿por qué?

Porque no ver es peligroso. Los dioses están tan arriba que no logran saber lo que ocurre abajo, explicó el anciano estirando sus endebles brazos hacia arriba. Por eso se equivocan tanto, porque están ciegos y también porque son idiotas.

El viejo estalló en una carcajada e hizo reír a su vez a Blanca. Adoraba cuando Germán le explicaba historias de su padre, era como estar cerca de él de nuevo, aunque solo fuera por un instante.

Aprendí mucho de tu padre, era un gran hombre y tenía la imaginación necesaria para sobrevivir aquí. Es una pena que nos haya dejado.

Blanca asintió mientras recogía la bolsa y se despidió de él. Sabía lo que su padre había significado para el pueblo, perderlo había sido un duro golpe para todos los que lo conocían. Le gustaba conversar con Germán, pero siempre salía de allí con una punzada de nostalgia clavada. Se había alejado tanto de su padre los últimos años que tenía la sensación de que cualquier persona del pueblo lo conocía más que ella.

Al llegar a la Plaza Mayor sintió un escalofrío. El viento raspaba con aspereza las cornisas de las casas, las fachadas de arenisca parecían disolverse y la niebla se cernía entre los soportales abrazándose a los postes que cercaban la plaza, borrando sus límites hasta deformarla y convertirla en un espacio desolador y abstracto. Al cruzar la plaza, solo se escuchó el repiqueteo de la suela de sus botas sobre los adoquines mojados, los pasos seguidos, constantes como el ritmo del péndulo de un reloj bailando en la lejanía. Cuando llegó hasta al coche patrulla se metió con urgencia, sin quitarse la chaqueta siquiera. Hacía demasiado frío y estaba demasiado sola. Encendió la radio para escuchar la última hora del boletín meteorológico, decían que se esperaba una jornada de nieve intensa y que las temperaturas aún bajarían más en las próximas horas.

Blanca suspiró y metió en la guantera el sándwich que acababa de comprar. No sabía qué hacer en días así. La gente no salía a causa del mal tiempo y en la calle había poco que atender, pero era peor pasar el día frente al ordenador cumplimentando informes. Cuando hacía tanto frío, su trabajo era muy aburrido y como cada mañana se preguntó una vez más qué estaba haciendo allí. Miró hacia la plaza silenciosa. Cuando era pequeña, los niños aprovechaban las mañanas de invierno para salir a jugar. Hacían muñecos de nieve en las puertas de sus casas y fabricaban trineos con cartones y cajas viejas para tirarse por la colina. Se lanzaban tan rápido que el viento gélido les acuchillaba las mejillas, y después volvían a casa con la cara morada pero cagados de risa. Sin embargo, ahora, en Valtordá, ya ni siquiera quedaban niños para jugar en la nieve. Aquello se había convertido en un lugar angosto, donde nunca ocurría nada y las vidas iban congelándose intactas.

Justo cuando comenzaba a anhelar sus días en la ciudad, que nada tenían que ver con aquello, el ruido de su *walkie-talkie* la interrumpió. Blanca cogió el aparato. Era su compañero, Pol, el único agente que tenía agenciado en su equipo. El chico parecía angustiado, hablaba a trompicones y apenas se hacía entender. Blanca intentó tranquilizarle, pero entonces él pronunció una frase que la dejó atónita:

Un hombre ha sido asesinado en la casa del Alto Rey. Blanca, tienes que venir en seguida. Todos los sitios en los que hemos estado, los lugares donde hemos vivido, son algo más que escenarios efímeros grabados en nuestro recuerdo. Aunque no quieras volver a ellos jamás, hay una parte de ti que aún permanece allí, contenida en ese instante, reviviéndolo de una manera distinta. Cada vez que los visitas, esos lugares imaginarios dejan de ser ubicaciones geográficas en las que estuviste un día y entonces comienzan a transformarse; se tornan oníricos, íntimos, y sientes que de alguna manera te pertenecen, que dejan de ser parte de un pasado remoto cuyo recuerdo fragmentas y se convierten en los cimientos del presente intangible que impera en tu mente. Se convierten en rincones de ti mismo, esos a los que vuelves una y otra vez para cobijarte cuando estás exhausto, o a los que acudes para huir cuando te acorrala la realidad.

He vuelto muchas veces a algunos de esos lugares archivados en mi memoria, es como si

estuviera anclada a ellos por los pies. Retorno cada vez con más frecuencia pese al paso del tiempo, pese a que todo ha cambiado. Vuelvo a los paseos con mi madre por la ciudad. Solíamos ir de compras al centro por Navidad, a comprar turrón, regalos, y a ver las luces que colgaban sobre nuestras cabezas como un manto de estrellas mientras caminábamos por las calles abarrotadas de gente. Con la nariz fría y enrojecida, me agarraba a la mano de mi madre como si aún fuera una niña, no quiero perderme, le decía, y ella me sonreía y me apretaba los dedos con sus suaves guantes de piel que olían a caramelo y a ese perfume de naranjas que solía ponerse antes de salir.

También viajo con frecuencia hasta la habitación del hospital donde falleció. Volver allí me entristece, pero al mismo tiempo me hace sentir un profundo sosiego. Rememoro las tardes de primavera a los pies de su cama, el sol se filtraba con levedad entre las franjas de plástico de la cortina y bosquejaba asimetrías sobre las sábanas que cubrían sus piernas. Ella me pedía que le leyera algo y yo escogía una poesía y la leía en voz alta como si estuviera entonando una bella nana de cuna. A mi madre la poesía le daba calma. Yo leía durante un rato hasta que se dormía y luego me quedaba en silencio, vigilando atenta los vaivenes de su respiración mientras los versos gaseaban aún en el aire, mientras esperaba a que las cortinas se oscurecieran y el sueño me agarrara a mí también.

Y en ocasiones, también vuelvo al chiringuito de playa donde conocí a Diego, y al apartamento donde hicimos el amor por primera vez. Recuerdo que no pude mirarle a los ojos cuando se corrió dentro de mí porque estábamos a oscuras y porque acabó exhausto, tan cansado que se me cayó encima como un muerto y me quedé con la vista clavada en el techo y luego lo abracé, acaricié su nuca húmeda y le besé en la cabeza. Estaba feliz porque entonces creía que aquella noche había sido especial y que por fin había conocido a alguien con quien compartir mi vida. Cuando nuestra mente no es capaz de recordar, recrea. Recoge minuciosamente los fragmentos arrojados por la memoria y los vuelve a unir, pero nunca lo hace del mismo modo, sino que los moldea a su antojo para inventarse una nueva realidad de lo que ocurrió hecha a medida para quién eres ahora. Por eso nunca confío en los recuerdos, porque nunca los voy a rememorar como en verdad fueron, porque siempre se deforman y se adaptan a lo que somos.

A aquello en lo que nos hemos convertido.

Recuerdo la primera mañana en aquella casa. Me desperté en cuanto vi rebotar la luz del sol en el alféizar de la ventana. Aquella claridad lo transformó todo, irrumpió temprano por detrás de los peñascos y destronó a la luna de plata que me había atormentado durante toda la noche, así que al abrir los ojos todo volvió a la normalidad. Me acurruqué bajo las sábanas como un feto quebrantado, apenas había dormido y no tenía ánimos de salir de la cama, pero oí a Diego trastear en la cocina y supuse que estaba preparándose para salir a caminar. Eso me había dicho el día anterior.

Haremos una excursión los dos juntos, será divertido.

Me pregunté si todavía seguiría enfadado conmigo por despertarle en plena noche y por no querer follar con él, pero luego pensé que sus ansias por subir montañas eclipsarían todo lo demás. A Diego le gustaba hacer planes y no dejaba resquicio alguno a la improvisación, ni siquiera en vacaciones. Él nunca había estado en aquella zona, pero había investigado a fondo el lugar con Google Maps antes de ir. Había planificado rutas de montaña con tanto detalle que dudo en si habíamos ido hasta allí para pasar un fin de semana juntos o para saciar su ansia de aventura.

Salí de la cama y abrí los pestillos de las ventanas para asomar la cabeza fuera y desperezarme. Había nevado de madrugada y las laderas estaban arropadas por un grueso manto níveo. Desde allí parecía que estabas volando, el cielo era inmenso y la nieve refulgía con intensidad bajo la suavidad del sol. Entonces, recordé los ruidos de la noche anterior y una sacudida me estremeció. Algo no iba bien allí y no era buena idea salir a caminar por el bosque, podríamos encontrarnos con aquella gente y quién sabe dónde acabaríamos, pensé. Deseé volver a la cama y quedarme allí durante todo el día. Dormir. Solo necesitaba eso, estar tranquila y aplacar la ansiedad que me arañaba las tripas. Pero ahí estaba Diego, siempre estaba él al final de todas las cosas que pensaba o que sentía, como una arruga profunda en el interior de mi cabeza. Me arrojaba constantemente a esa inercia de querer salvar lo nuestro, aunque en el fondo supiera que era difícil. Aunque una sensación de calamidad creciese sin parar dentro de mí. Una que trepaba desde mi ombligo como una hiedra salvaje hasta alcanzar los recodos más oscuros de mi mente. Me había jurado que no iba a dejarme arrastrar por pensamientos extraños y que disfrutaría del fin de semana junto a Diego. Sí, por qué no, me dije, nos irá bien despejarnos unos días, dijo él, abrirnos a la naturaleza. Sí, pensé, podía estar con Diego unos días como si fuera otro hombre, aquel fin de semana era un nuevo comienzo, el inicio de algo mejor de lo que teníamos.

Una oportunidad para mí.

Para él.

Para ambos.

Comencé a vestirme, la habitación estaba tan desordenada que me costó encontrar mis cosas, pero aun así conseguí ponerme los pantalones impermeables de *trekking*, una camiseta térmica y el suéter de lana grueso. Me abrigué a conciencia porque, aunque no sabía a qué temperatura estábamos, estaba segura de que haría frío. Tarde o temprano siempre acaba haciendo frío. Busqué mis botas de nieve por todas partes pero no las encontré, pensé que me las había dejado en casa y salí del cuarto enfurruñada a preguntarle a Diego. Lo encontré desayunando a la mesa de la cocina, se había preparado un desayuno energético, o así lo llamaba él, compuesto por muesli, zumo, café, algo de fruta, incluso había tostado pan. Estaba recién duchado y tenía grabada en la cara esa dichosa sonrisa que ponía por las mañanas. Siempre creí que era extraño que todos los días se levantase de buen humor.

¿Sabes dónde están mis botas de nieve?

Pero no me respondió, estaba ocupado restregando los dedos por la pantalla de su móvil. Se había descargado una app nueva con navegador que nos iría avisando por dónde íbamos a través de imágenes satélite, o eso al menos era lo que me había explicado.

Las botas, Diego, no las encuentro por ningún lado, insistí.

Diego se levantó de la silla y se acercó a mí. Pensé que me daría un abrazo, lo había necesitado durante toda la noche, pero él no solía hacer ese tipo de cosas. Sus muestras de cariño eran una antesala al sexo, nada más. Pasó muy cerca de mí, casi rozándome, dejó su tazón sucio en el fregadero y solo abrió la boca para dedicarme el primer reproche del día.

Parece que alguien se ha levantado de mal humor.

No he dormido bien esta noche, contesté ofendida.

¿Acaso escuchaste más ruidos?

Antes su sarcasmo decidí callar. Tendría que haberme plantado, decirle que no iba salir a caminar con él, que tenía miedo, que en el bosque había gente extraña y que salir ahí fuera era

peligroso. Lo había escuchado, casi los había visto. Pero Diego nunca me creía, así que no me molesté en decirle nada. Me serví un café caliente y me senté en la encimera a tomármelo como solía hacer siempre, arrastrando mi vieja costumbre hasta aquella casa como si fuera la mía. Diego se sentó en el sofá a preparar la ruta y lo observé desde la cocina. Sabía que lo que había ocurrido esa noche no tenía ningún sentido para él, que seguramente pensaría que lo había soñado, o incluso peor: que estaba loca.

¿Las has visto o no?

El qué.

Mis botas, ¿qué va a ser?

Creo que sí, mira en el baño, me contestó sin levantar la cabeza.

Me cabreaba tanto cuando me ignoraba de aquella manera. Suspiré y bajé de un salto. Al dejar mi taza de café sobre la encimera reparé en un detalle que me erizó la piel: había un bote de Lorazepam sobre el microondas. Lo cogí y reconocí al instante; eran mis pastillas para la ansiedad, hacía varios meses que no las tomaba y ni siquiera las había traído conmigo.

Entonces entendí que Diego no me creía, ni lo haría jamás.

Los primeros ataques me dieron al volver de Londres. Tras seis meses viviendo allí, y una vez agotados todos mis ahorros en pagar el alquiler de un asfixiante piso del centro entre Bedfort Street y el Convent Carden, volví a casa. A mi casa, a mi verdadero hogar.

El piso que tenía en Barcelona era de mi madre, el único bien material que había heredado de ella, y entre aquellas cuatro paredes yacían los escasos recuerdos felices que tenía de mi vida. En una ocasión, Diego me sugirió que lo vendiera, que con el dinero podría pagarme el alquiler de un apartamento más grande en Londres durante un par de años, y que así podríamos vivir juntos. Había deseado irme a vivir con él desde el día en que lo conocí, sin embargo, en un golpe de lucidez, le contesté que no y regresé a España.

Volví un veintitrés de octubre por la tarde. Era viernes y llovía a cántaros, como en Londres, pero al menos en Barcelona no hacía tanto frío. Al abrir la puerta del piso me recibió el intenso olor a tierra seca de las plantas que había dejado abandonadas en el salón. En la calle llovía con violencia y las ráfagas de viento sacudían las persianas, pero allí dentro todo estaba en calma. Parada en medio del vestíbulo no sabía si quedarme o salir corriendo. Entrar allí después de tanto tiempo era como acceder a la cripta de una pirámide milenaria en la que aguardaban los restos de mi pasado momificado. Mi vida de antes. Apreté el interruptor, pero la tormenta había cortado la red eléctrica, así que me quedé a oscuras, en mitad del pasillo, con todos aquellos fantasmas en mi cabeza pidiéndome permiso para salir. Dejé caer la mochila al suelo y me puse a llorar. Estaba desesperada, como si fuese a morirme de un momento a otro.

Aquella mañana en la casa del bosque no sentí ansiedad, y la migraña de la tarde anterior se había desvanecido por completo. Hacía una mañana radiante y, pese a los desplantes de Diego y los presagios que me amedrentaban, me animé a salir de la casa. Solo pensaba en tocar la nieve.

Cuando salí al porche, me quedé de piedra; había hecho tanto frío por la noche que la casa ya no era de madera, sino de hielo. Se había formado una capa de cristal gélido sobre todas las superficies; sobre el pasamanos de la barandilla, las sillas del porche, sobre el musgo del tejado, se había engarzado al suelo y a la fachada formando carámbanos translúcidos que colgaban de las lamas de las ventanas. Bajé las escaleras con cautela para no caerme y contemplar cada detalle de aquella casa diamantina.

La casa. Hundí mis botas en la nieve y di una vuelta a su alrededor. Era fascinante ver cómo el frío la había atrapado por completo. Esa imagen me llevó al día en que toqué la nieve por primera vez, uno de los momentos más bonitos de mi infancia. Aún puedo sentir las gruesas manos de mi abuelo agarrándome con fuerza para que no resbalara y mis pies descontrolados dando pasos desmañados sobre los adoquines. Recuerdo cincelar con el cuerpo mi silueta sobre el césped del parque y hacer ángeles de nieve, así lo llamábamos, me tumbaba bocarriba en el suelo helado y movía al unísono los brazos y las piernas, y luego me quedaba un buen rato mirando hacia el cielo, con la cabeza empapada y una risa nerviosa entre los dientes. En aquel entonces, me daba igual pasar frío.

Me encendí un cigarrillo y esperé junto al coche a que saliera Diego. Al apoyarme sobre el capó, observé que el parabrisas también se había congelado. Palpé la capa de escarcha que habría que rascar antes de salir y deduje que llevaría un rato, así que aproveché para fumar y pasear alrededor de la casa. No podía quitarle los ojos de encima. Un halo de divinidad la sitiaba por completo, la nieve potenciaba su belleza y la convertía en una perla, en un tesoro congelado en el sino de aquel bosque sibilino. Era una virgen desesperada y perdida. Un manto cristalino la vestía de blanco como si fuera una novia, la preciosa novia de las montañas.

Entonces reparé en algo que no había visto la tarde anterior. En la parte de atrás de la casa, en el lado más sombrío que daba al bosque, descubrí un pequeño cobertizo de madera. Aplasté el cigarrillo contra el suelo y me acerqué para verlo de cerca. Era demasiado estrecho para servir de garaje, así que deduje que era un simple trastero. O tal vez un escondite, pensé, y entonces me sobrecogió un pensamiento demoledor, si podrían estar allí dentro los hombres de la noche, juntos, esperando, armados hasta los dientes, observándonos a través de los cristales polvorientos para ver qué hacíamos, para saber si nos íbamos o si nos quedábamos, y planear desde allí lo que iban a hacer con nosotros. Me eché a temblar, pero aun así no me di la vuelta, fui hasta la puerta para comprobar qué había. Su semejanza con la otra casa me sorprendió. Tan solo tenía una ventana, un ojo de buey opaco con el marco pintado de negro, pero el resto de la estructura, la forma del tejado y las paredes revestidas de piedra eran idénticas a las de la casa principal.

La puerta de entrada estaba cerrada, aunque no la habían asegurado con ningún candado. La empujé con ambas manos, pero esta no cedió. Acerqué la cabeza para escuchar los sonidos de su interior y mis pupilas se expandieron. Era como una niña pequeña a punto de desenvolver un regalo. Esperé unos segundos, pero no escuché nada. Di un paso atrás. Aquel cobertizo era demasiado pequeño para que los hombres de la noche estuviesen ahí metidos. Pensé en derrumbar la puerta para inspeccionar el interior, pero la voz grave de Diego reclamándome desde el coche me frenó.

Blanca Costa salió de Valtordá conduciendo con dificultad, la espesura de la niebla le dificultaba la visión de la carretera, además estaba aturdida por la noticia. Cómo es posible, pensó. Pol le había confirmado hasta dos veces que habían asesinado a un hombre.

Habrá fallecido por un accidente a causa del temporal, le había dicho ella.

No, no ha sido eso, esto es horrible, Blanca, debes venir enseguida.

Pol era un agente muy joven, llevaba tan solo dos años en el grupo de *Intervenció en Muntanya* realizando labores de guardabosques en la comarca y, tras una mala caída que le dejó secuelas en una pierna, lo trasladaron al pueblo como persona de apoyo para ayudarla. No tenía experiencia como investigador, pero era un chico honesto y Blanca confiaba en él. Se preguntaba cómo Pol había hallado el cuerpo, si en una de sus patrullas rutinarias o a través de una llamada a

emergencias. Lo escuchó tan alterado que sabía que iba a encontrarse con un escenario duro, distinto a lo que solía verse por allí. ¿Quién sería aquel hombre, el muerto, algún vecino o un turista? Blanca conocía la zona, aquel paraje de alta montaña solía acoger a alpinistas en primavera, pues algunas de las cimas más altas llegaban a los tres mil metros de altura. Sin embargo, en invierno no solía subir nadie, hacía demasiado frío y los accesos estaban bloqueados por la nieve. La gente de la ciudad prefería pasar el fin de semana en cualquier otra parte, acudían a estaciones de esquí y no al terreno arduo y rocoso que abundaba por allí. Además, hacía mucho tiempo que no se alquilaba la cabaña del Alto Rey. Aquella casa llevaba años cerrada, los propietarios habían muerto y sus descendientes vivían lejos. Era una cabaña aislada y en mal estado, encajada entre dos peñascos sombríos a los que en invierno era difícil acceder a causa de las heladas y la nieve. Se contaban lóbregas leyendas sobre aquel lugar; Blanca no entendía cómo alguien había subido allí arriba en pleno invierno.

El coche se tambaleaba a causa de la ventisca, así que tuvo que aminorar la marcha en las curvas y el trayecto se hizo muy largo. Un asesinato, pensó, sin parar de dar vueltas a lo ocurrido. Era el primero que investigaba después del caso de Linda Ceballos y a Blanca aún le temblaba el pulso cuando se acordaba de ella. No estaba segura de estar preparada para afrontar un cadáver de nuevo, ni siquiera para verlo, aún tenía la imagen de aquella mujer clavada en la retina. Sin embargo, en ese momento supo que no podía flaquear, que tenía que estar a la altura de las circunstancias, y siguió conduciendo. No podía fallarse, ni a ella, ni a su padre.

Al llegar al desvío, tomó el camino pedregoso que conducía hasta la casa. Había llegado el momento de dar un paso al frente y dejar atrás todos sus temores. Ella había sido una buena policía toda su vida y necesitaba volver a serlo. Se repitió esa idea a sí misma mientras las piedras del camino le rebotaban bajo el chasis del coche patrulla.

Linda Ceballos. Cincuenta y cinco años. Casada. De nacionalidad peruana, con doble nacionalidad española. Llevaba veinte años en España. Toda una vida. Era limpiadora en una residencia de ancianos. Doce horas al día por ochocientos euros. Se rompía la espalda trabajando para alimentar a sus tres hijos adolescentes, dos de ellos ya se habían ido de casa, pero volvían siempre a comer, y a veces a dormir o a pedirle dinero. La vida está muy mala, mami, le decían, y ella no podía resistirse.

Linda tenía pareja. No era peruano, sino español, y alcohólico además. Lo conoció al llegar a España, era una chavalina, decía, le debo la vida porque me ayudó mucho, me dejó vivir en su piso con mis dos hijos. Y le hizo un tercero después. Durante algunos años fueron felices juntos. O al menos eso creía Linda, que lo amaba con toda su alma.

Blanca se pasó varias semanas estudiando el informe de Linda Ceballos, quería conocer los recovecos de la vida de la mujer que había muerto por su culpa. Así que tomó el expediente de la comisaría, lo fotocopió y se lo llevó a casa junto con el parte de baja que le había sellado el psicólogo del cuerpo. Sus compañeros la apoyaron, no tienes la culpa, le dijeron. Del mismo modo opinaba el comisario, que siempre la había considerado un talento para el equipo, pero que ahora la miraba con condescendencia mientras le entregaba la baja y la mandaba a casa. Necesitaba reponerse, Blanca había dirigido muchos homicidios, pero aquel la marcó de un modo diferente.

Linda Ceballos adoraba a su pareja, aunque no se había casado con él porque este nunca se lo había pedido. El hombre era un borracho engreído y gandul que se pasaba largas temporadas en

paro y básicamente vivía del poco dinero que Linda ganaba. Pese a su mal humor y sus problemas con la bebida, ella le cuidaba y se mantuvo a su lado.

Un día él llegó a casa muy cargado, había bebido tanto que le costó incluso abrir la puerta del piso. Linda también volvió cansada aquella tarde, solo deseaba darse una ducha y acostarse después de una larga jornada en la residencia. Sin embargo, él no estaba de acuerdo. Aprovechando que los chicos no estaban en casa, quiso follar con ella a toda costa. Linda no quería, estaba cansada, pero él no le dejó opción. La cogió por los pelos y la sacó de la ducha arrastrándola por el suelo del baño. Linda intentó detenerlo, se resistió y gritó con todas sus fuerzas, pero él era más corpulento y la molió a palos. Con el primer puñetazo le estampó la cara contra los azulejos del baño, le rompió un par de dientes, con el último le partió la frente con el filo de mármol del lavamanos. Linda se desmayó y cayó al suelo mojado del baño, y entonces su pareja la estuvo violando hasta que se cansó, hasta que le entró sueño, y luego la dejó allí tirada durante toda la noche y no fue hasta la mañana siguiente, cuando se le pasó la borrachera, que tuvo la decencia de llamar a una ambulancia para que la atendieran.

Blanca recuerda el día en que tomó declaración a Linda a los pies de su cama en el hospital. La mujer estaba aturdida, pero era capaz de explicar su paliza con pelos y señales, se le habían quedado grabados todos los detalles como fogonazos y al contarlos los sentía tan rea les que parecía revivirlos de nuevo. Sus tres hijos aguardaban destrozados en el pasillo, sin creerse del todo lo que había pasado, sin saber muy bien qué debían hacer; si volver a casa y matar a aquel malnacido o si quedarse junto a su madre destrozada.

Linda estaba aterrada e inmersa en un profundo estado de shock. Mientras contaba su historia se estrujaba las manos que le temblaban de miedo. Tenía la cara deformada por los porrazos que le había dado y apenas podía abrir los ojos, la inflamación de los párpados le hacía parecer un monstruo, pero ella solo era la víctima, el monstruo había sido otro. A Blanca se le rompió el corazón. Junto con la asistente social, informó a Linda de cómo proceder para gestionar la orden de alejamiento de su pareja, de cómo poner la denuncia y tramitar la custodia de su hijo pequeño, el único que todavía era menor de edad. También le dio su tarjeta, le pidió que la llamara si necesitaba cualquier cosa y Linda rompió a llorar. Comenzó a explicarle episodios inconexos de su relación con él. Algunos habían ocurrido hacía años y Blanca comprendió que aquella no era la primera vez que aquella mujer recibía una paliza así. Su pareja era un hombre cruel, que con el paso de los años se había vuelto aún más violento. Sus hijos siempre habían estado al margen, Linda nunca les había dicho nada, para protegerlos, decía, para que no supieran la bestia que era realmente su padre. Linda explicó que aquella era la primera vez que la habían hospitalizado, pero en su informe de salud se contaban a decenas las veces que había recibido asistencia en atención primaria a causa de accidentes caseros, evidencias de la crueldad a la que estaba atada.

Tienes que denunciarle, Linda. No puedes continuar así.

Linda lloraba, se echaba la mano a la venda que le cubría la cabeza, bajo la que tenía seis puntos de sutura y rabiaba, y se tapaba la boca para contener los gritos, para que sus chicos no la escucharan desde fuera, para ahorrarles el dolor y la rabia de su madre. Blanca la sostuvo entre sus brazos hasta que se tranquilizó. Era la primera vez que abrazaba a un extraño y sabía que se había extralimitado con aquel caso.

Aquella misma tarde, Blanca tramitó el informe de Linda y se fue a casa, pero no pudo olvidarse de ella. Había algo en aquella historia que la alteraba, así que un par de días después volvió al hospital para visitarla y saber cómo seguía. Subió hasta la planta de urgencias, pero no

la encontró en la habitación. La cama estaba recién hecha y una de las enfermeras la informó de que Linda Ceballos había firmado el alta voluntaria y se había marchado a casa. No entendía cómo Linda se había recuperado tan rápido y menos que hubiese vuelto a su domicilio. Blanca habló con el psicólogo del hospital, pero este le dijo lo mismo que las enfermeras; que había sido la propia Linda quien había firmado el alta, asegurando que estaba bien y que debía volver al trabajo.

Ya de vuelta en comisaría, buscó el expediente de Linda en la base de datos. Entonces comprobó que la denuncia había sido revocada. Se enfadó, no entendía qué había pasado, cómo la Justicia podía dejar a una mujer indefensa en manos de un cerdo como ese. Entró en el despacho alterada. El comisario le pidió que se calmara y, tras ratificar el informe, le dijo que todo estaba correcto. Que Linda Ceballos estaba en casa porque ella misma había retirado la denuncia contra su pareja. Blanca no podía creerlo, retirar la denuncia significaba resignarse a vivir con un maltratador, aceptar que era una víctima. No entendía nada. Había estado toda la tarde hablando con Linda y le pareció una mujer fuerte, una persona que había estado luchando toda su vida. Por qué volver a casa y rendirse de aquel modo. Pero es algo que solía ocurrir, que muchas mujeres tenían miedo a las represalias.

Aquella noche Blanca no pudo dormir. Ni la siguiente. Estaba enfadada con Linda y rabiosa por todo lo que había pasado. El grito ahogado de esa mujer rota se le presentaba en sueños. Un gemido deformado que la sacudía en mitad de la noche, el aullido colérico de una fiera rabiosa.

A partir de entonces, siempre que se acordaba de Linda, se proponía pasar por su casa para comprobar que estaba bien. Todas las mañanas pensaba lo mismo, pero luego nunca lo hacía. Siempre estaba ocupada con temas urgentes que le enredaban el día, así que con el tiempo se fue olvidando de ella. Se olvidó como se había olvidado de todos los demás casos que había llevado, pese a que en aquella ocasión su instinto le alertaba de que algo no iba bien.

Una noche su teléfono sonó. Eran las cinco de la mañana y aún no había amanecido. Blanca descolgó medio dormida.

Diga.

Pero no supo quién era porque al otro lado de la línea no se escuchaba nada.

Diga.

Tras unos instantes, Blanca intuyó un susurro a lo lejos.

Diga.

Y antes de tomar consciencia de lo que estaba pasando la llamada se cortó.

Al día siguiente, a Blanca le esperaba la noticia funesta en comisaría de que Linda Ceballos había sido degollada por su marido aquella misma madrugada.

Blanca estaba temblando cuando llegó a la casa del Alto Rey. La tensión le había acentuado los efectos de la resaca y unos sudores fríos le arañaban la espalda. Se había mudado a Valtordá huyendo de todo, de la sangre, del dolor, de las mujeres que lloran y de los cuerpos sin vida. Dejó todo aquello atrás para vivir en Valtordá porque allí no ocurrían cosas así, o al menos eso le había contado su padre; aquel pueblo era un lugar apacible donde nunca sucedía nada.

Aguardó unos instantes dentro del coche y respiró hondo. Apagó el motor y miró hacia la casa. Los cristales deslustrados parecían los anteojos empañados tras los que se ocultaba una mirada triste. Sintió que la casa la estaba mirando, de frente, como si se encarase con ella. Le

plantaba cara con orgullo como si la tomara por una amenaza.

Condujimos un buen rato por una carretera secundaria al encuentro de la ruta 33. Cuando estuvimos lo bastante cerca, aparcamos el coche en un arcén en medio de ninguna parte, nos pusimos las mochilas y seguimos a pie por una senda desierta.

Diego estaba seguro de que aquel era el inicio de la ruta, pero yo tan solo divisé un camino pedregoso donde la nieve cubría gran parte de la vereda, se amontonaba sobre las piedras y las rocas y convertía los arbustos en masas algodonosas de formas imprecisas. Aquel lugar era cualquier cosa menos un sendero, de eso estaba segura. Era un bosque inhóspito, salvaje, donde los únicos resquicios de civilización eran las balizas clavadas al borde de la senda que señalizaban la ruta a cada pocos metros.

Si vamos guiándonos por estas marcas no nos perderemos, decía Diego con su CPS enfundado en el brazo, presumiendo de saber por dónde ir, como si conociera cada recoveco de aquella montaña desde siempre.

Caminamos en silencio sobre la nieve intacta. Nuestros pasos trazaban surcos sobre ella y hacían un ruido granuloso, era como si estuviésemos fragmentando el suelo a medida que avanzábamos. Diego iba primero y yo detrás, siguiéndole. La amplitud de su espalda lideraba la marcha. Aquellos hombros fuertes, rudos, redondos, a los que me había abrazado tantas veces, como cuando nos bañamos juntos en el mar. De aquel día hacía ya mucho tiempo. Me había subido encima de él a horcajadas, me agarraba con fuerza a su espalda como quien se aferra a un pecio hueco para no ahogarse. Su cuerpo era una balsa en la que sentirse segura y yo me adhería a su corpulencia robusta como si no tuviese nada más a lo que acogerme.

Diego, el hombre isla al que te aferrabas para salvarte.

Lo conocí un sofocante día del mes de julio. Fue el verano en que murió mi madre. Me sentía perdida y pensé que estirarme un rato en la playa me sentaría bien, tras largos meses junto a la cama del centro de paliativos eso era lo más saludable que se me ocurrió hacer, necesitaba respirar la brisa del mar. Sin embargo, en verano las playas no son el mejor lugar para relajarse. Tras media hora achicharrada bajo el sol, hui hacia uno de esos chiringuitos abarrotados de gente. Sedienta, me hice un hueco en la barra y esperé a que algún camarero me atendiese, pero ninguno parecía verme. Justo cuando estaba a punto de desistir y marcharme, sentí que alguien me observaba. Miré al frente y me encontré con aquellos ojos oscuros al otro extremo de la barra. Me sentí incómoda, cuanto más evitaba mirarlos más me asediaban. Y ahora que recuerdo aquel primer contacto, me doy cuenta de la imperiosa voluntad de Diego por dominar desde el comienzo.

Ahora, estábamos allí. Los dos solos. En el bosque, no en un chiringuito de playa, aunque sentí que éramos los mismos desconocidos que fuimos entonces, dos personas desgastadas adentrándonos en un paraje desconocido. ¿Por qué lo hicimos, acaso creíamos que la blancura intensa de la nieve sería capaz de purificarnos? Comencé a sentir pesadez en las piernas y deseé no haberme levantado de la cama aquel día, no haber encontrado las botas, ni haber salido tras él. No haber hecho lo que solía hacer siempre, seguirle a todas partes como una autómata desesperada.

Diego.

Nació en Argentina. Aunque hacía más de treinta años que no había estado allí y ya no tenía

acento, sí conservaba ese carácter arrollador tan típico de allí. Le encantaba fantasear sobre sí mismo y se le daba muy bien contar historias. Tenía una voz profunda, pausada, y cuando hablaba parecía absorber toda la energía de su alrededor. Sabía cómo convertirse en el centro de la conversación y la gente lo admiraba, lo creía; era capaz de conquistar al mundo, incluida a mí, que por aquel entonces estaba enamorada de él hasta los huesos. Las primeras citas fueron muy intensas pero pronto descubrí que, tras su carácter extrovertido, Diego arrastraba un pasado cargado de desengaños que le había dejado una insondable amargura.

Llegó a España con tal solo siete años. Vino con su madre, su única familia, y no dejaron nada bueno atrás, tan solo un padre ludópata que los visitaba o abandonaba según le fuese el juego. Huyeron de la miseria en la que él les anegaba y aquí se forjaron una vida nueva. La madre de Diego se convirtió en una mujer pluriempleada y, aunque tuvo relaciones, nunca encontró el amor verdadero, y tampoco un padre para Diego. Puede que ese fuera su gran problema, no tener un padre a quien reprocharle nada. Por todo lo que había pasado, a Diego le gustaba lamentarse y decir que la vida no se había portado bien con él, que le debía mucho todavía. Se quejaba de lo solo que estaba y empaticé con él desde el primer momento porque en el fondo me sentía igual.

Sola y desamparada.

Aun así, pese a los desastres que me explicaba, entrevi luz en él y eso me eclipsó, me llenó de esperanza. Creí que si Diego había podido sobrevivir a todos sus desastres, por malos que fuesen, también yo podría hacerlo. Éramos tan parecidos. Diego había sufrido mucho y me entró el impulso de cuidarle, de sanar las heridas a aquel animal indefenso. Y no entendí hasta mucho tiempo después que la que realmente necesitaba ayuda era yo.

Diego.

Cuando lo conocí me fascinaba escucharle. Quedábamos en el centro para tomar algo o cenar y él se pasaba la noche hablando. Todo el rato. Era un chico simpático, me interesaban las historias que contaba y a veces incluso me hacía reír. Cuando quedaba con él dejaba de estar triste, y de estar sola, Diego era algo distinto a todo lo que conocía en aquel entonces y había irrumpido en mi vida como si estuviera dispuesto a quedarse. A medida que pasaron los meses y me fui enamorando de él, una ansiedad terrible fue creciéndome dentro. En nuestras citas, Diego se sentaba frente a mí y me confesaba muchas cosas. Me hablaba de sus inquietudes, de sus problemas, de sus planes. Incluso sus noches de insomnio eran similares a las mías y yo le escuchaba, le daba cariño, y nuestros roles se establecieron tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Siempre era Diego quien se desahogaba y yo la que lo consolaba, sin atreverme nunca a abrirme a él.

Un día fui a su encuentro arrastrando unas inmensas ganas de llorar. Lo vi, lo abracé y nos fuimos a tomar unas cañas. Aquella tarde me había prometido a mí misma que le contaría todo por lo que había pasado, le diría que me sentía sola, que la larga enfermedad de mi madre me había destrozado, que el odio me abrasaba por las noches. Ese odio feroz contra mí misma, contra la vida, contra todos aquellos que ya no estaban. Diego era mi amigo, mi amante, la persona de la que estaba enamorada, cómo no iba a contarle lo mal que me sentía, cómo no iba él a entenderme.

Quedamos en el exterior de una parada de metro. Era de noche y yo llegué tarde. Había mucha gente en la calle, pero enseguida lo vi, Diego estiró el brazo hacia arriba y me saludó. Vino hacia a mí y me besó en los labios.

Estás guapísima.

Dimos una vuelta por el centro y luego fuimos a cenar. Diego estaba eufórico porque le habían ascendido en el trabajo. Es un gran cambio, me dijo emocionado, cobraré incentivos y viajaré con frecuencia, incluso puede que pida un traslado.

¿Un traslado? ¿A dónde?

No lo sé, a Amsterdam o a Londres. Siempre he querido vivir una temporada fuera y practicar inglés. Es fantástico, no te parece.

Le contesté que sí, que lo era. Una gran oportunidad. Me pasé la tarde con él, celebrándolo y reprimiendo mis ganas de gritar. No pude contarle nada, parecía tan feliz que fui incapaz de estropearlo. Qué clase de egoísta haría eso, pensé, así que me quedé con él toda la noche, escuchándole con una sonrisa agridulce atrapada en la boca.

Y las siguientes semanas seguí quedando con él, y seguí sonriendo.

Anduvimos un par de horas por aquel camino mudo que ni siquiera los pájaros se atrevían a sobrevolar. De vez en cuando echaba la vista hacia arriba para comprobar que seguía en el mundo real. Que existía el cielo y tierra. Que aún estaba viva. Entonces respiraba hondo, inhalaba una buena dosis de aire helado para que mis pulmones reaccionaran y volvía a la realidad mientras la ternura de una lágrima me resbalaba de un ojo. Frío, solo había frío allí arriba.

El cielo lechoso se cernía sobre los árboles despojados, las ramas se retorcían desnudas como zarzas espinosas, salvajes, y exhibían crueles los nidos de aves tejidos entre sus falanges, indefensas marañas de paja que resistían a la intemperie de aquel entorno desolado. De algún modo, yo me sentía igual. La coraza protectora que me había construido durante todos aquellos años iba desmenuzándose lentamente y supe que pronto me quedaría desnuda, que me convertiría en alguien vulnerable, con mis secretos más oscuros al descubierto.

Allí arriba solo había nieve, nieve y más nieve. Y yo seguía caminando, intentando alcanzar el ritmo de aquel hombre que me estaba arruinando la vida.

El camino comenzó a empinarse. Diego subía con pujanza montaña arriba como si tuviera prisa por llegar a alguna parte. Avanzaba con decisión, como si fuera un hombre valiente, al contrario de mí, temerosa de aquel bosque inmenso plagado de sombras. Mi mente estaba arraigada a la noche anterior, a aquellas pisadas siniestras que cercaron la casa. No podía quitármelas de encima. Entonces, me vino una idea absurda; pensé que podrían haber sido cazadores. Sí, ¿por qué no? Cazadores perdidos que buscaban un albergue o un refugio en plena noche porque se les había hecho de noche y no sabían cómo regresar al pueblo. Cazadores, sí. Pero no estábamos en época de caza. No en pleno invierno cuando la nieve te alcanza las rodillas y los animales están metidos en sus nidos, en sus madrigueras, en sus cuevas. En sus casas. Todos escondidos de las escopetas furtivas.

No, no podía ser eso.

Yo caminaba más despacio que Diego. Prensaba la nieve con prudencia bajo la suela de goma de mis botas para no caerme, y también para quedarme atrás. Cuando estaba sola me sentía mejor, andaba despacio y reparaba en las asimetrías de los troncos de los árboles. Observaba la

forma erosionada de las rocas y avistaba algún halcón solitario que sobrevolaba el cerro a lo lejos. Las duras hojas de los abetos tamizaban el viento helado y traían el graznido de un buitre llegaba desde el otro extremo del valle. Allí, en medio de la naturaleza, la realidad parecía ser una única cosa, grande y omnipresente. Entonces recordé un libro del que me encargaron una traducción años atrás. Trataba de las antiguas teorías mesméricas que afirmaban que en la naturaleza todo está conectado. Los árboles de los bosques trazan redes invisibles entre ellos y se tocan los unos a los otros a través de una especie de filamentos magnéticos, los mismos conductos que conectan con todo lo que les rodea; con el mundo vegetal, el animal, incluso con los seres humanos que caminan cerca de ellos, como yo. Todo se condensa en una sola unidad. Me paré varias veces para respirar, para dejar que los frondosos mecanismos del bosque penetraran en mí. Sentí que si me concentraba lo suficiente podría llegar a percibirlo, que me convertiría en parte de todo aquello, sería una conexión más del entramado sistema del bosque.

Y entonces, escuchaba mi nombre a lo lejos.

Andrea.

Era Diego que me gritaba desde lo alto como si me hubiese perdido. Él iba tan deprisa que se alejaba de mí al caminar.

Me es imposible ralentizar tanto el paso, decía, jactándose de estar en mejor forma que yo, y cuando se percataba de que me había dejado atrás, se paraba y comenzaba a llamarme a gritos. Mi nombre crepitaba como un rayo en medio de aquel paraje inmaculado.

Estuvimos caminando durante horas. Diego no quiso parar ni un momento, tampoco ir más despacio, y yo no hice más que seguirle. Tras subir una pendiente, tomamos un sendero recto y estrecho. Había tanta vegetación que las ramas de los árboles nos arañaban la cara al pasar y la nieve nos agarraba de los tobillos, haciendo lo posible por impedir que avanzásemos.

¿Estás seguro de que es por aquí?

Él ni siquiera me oyó.

Poco a poco nos adentramos en la parte más silenciosa de la montaña, en el interior de su corazón congelado, allí donde custodiaba sus grandes joyas, y fue entonces cuando algo me asustó. A unos metros de nosotros unos arbustos se agitaron bruscamente.

¡Diego!

Lo agarré, él se detuvo, y antes de que pudiéramos reaccionar un ciervo inmenso irrumpió ante nosotros. El animal se paró en mitad del sendero, ladeó su gran cornamenta hacia atrás y, con un majestuoso halo de sobriedad, se quedó mirándonos. Las aspas laberínticas de su cabeza se desplegaban hacia los lados como dos manos enormes de falanges rocosas abriéndose a la ofrenda del cielo. En mi garganta, un grito ahogado y frente a mí sus ojos de azabache destellando como dos perlas negras en el fondo de un estanque. Al cabo de unos segundos, un ruido lo sobresaltó. Irguió el lomo con tensión agitando sus pequeñas orejas, se giró, movió sus patas sobre la nieve con rapidez y salió huyendo. Me dio la sensación de que tardó en alejarse, de que su silueta se ralentizaba en cada zancada como si se moviese a cámara lenta, como si tuviera el poder de congelar el tiempo mientras desaparecía ante nuestros ojos. Fue magia. Nunca había visto nada igual. Habíamos conocido al príncipe del bosque nevado.

Al gran ciervo le siguieron algunos más, una camarilla de corzos más pequeños iba tras él imitándolo. Diego se puso a hacer fotos, obedeciendo a su ansiosa manía de registrarlo todo en su teléfono móvil. En cambio yo me quedé ensimismada, hechizada por la magia de aquel momento milagroso. Quería retenerlo, era lo más bonito que me había pasado en mucho tiempo.

Lo tomé como una señal divina que me enviaba el universo.

Dicen que todas las personas somos una palabra. Nobleza, bondad, honestidad; esas son las palabras bonitas, las que todos queremos ser, pero también hay otras que son mucho peores. Me pregunto cuál será la mía. Puede que sea una palabra abstracta o rebuscada que nadie entiende, que ni siquiera se sabe qué quiere decir. Así soy yo, que a veces me reconozco y otras no sé ni quién soy. O puede que sea una palabra menor, de esas que dan bastante pena. Resignación, por ejemplo, pues resignarme es lo que hacía cuando estaba con Diego. Mientras caminábamos montaña arriba estuve buscando la palabra que era él, pero no logré decidirme por ninguna.

Tras la aparición del ciervo, llegamos a un río de cristal, su caudal arrastraba agua tan helada que parecía quebrantar el suelo. Diego pasó primero y, desde el otro lado, me indicó qué piedras debía pisar para cruzar tras él. Insistía en que era importante asegurar el pie al caminar por la montaña.

Sobre todo al cruzar riachuelos como este, decía, donde las piedras del paso están tan cubiertas por la nieve.

Preferí no escucharle, porque cuando lo hacía me ponía más nerviosa. Aquel paternalismo exacerbado que mostraba me sacaba de quicio, me acomplejaba y me hacía sentir boba. Y yo era más que eso. Así que cogí impulso y salté hacia el río, sin hacerle caso en nada.

Aterricé sobre un par de piedras resbaladizas. Una de ellas se movió, pero conseguí mantener el equilibrio.

¡Pisa por donde yo he pisado!

Déjame en paz, pensaba yo.

Miré hacia abajo. El caudal no parecía profundo, pero daba para calarse media pierna si caías dentro por torpeza. Me quedé petrificada en medio del paso, con los pies muy juntos, guardando el equilibro sobre una piedra coja mientras sentía el paso bravo del agua bajo mis pies. Bajaba con tanta fuerza que era como andar sobre el filo de una navaja. La corriente es algo temible, es tan poderosa que es capaz de surcar ríos en los terrenos más duros, es la fuerza propulsada desde las cumbres de las montañas, tan imparable y rabiosa que puede arrollarlo todo. Volví a saltar, sin pensarlo demasiado, de una piedra a otra y, pese a desobedecer las indicaciones de Diego, logré cruzar el río sin caerme al agua. Cuando llegué al otro extremo, revisé mis botas y comprobé que estaban secas y que podía continuar. Lo había conseguido.

Te ha ido de un pelo, protestó él, con las cejas entornadas como si estuviese enfadado y sorprendido a parte iguales. A partir de ahora no hagas el tonto, Andrea, y pisa por donde yo piso.

Como si no lo hubiese hecho siempre.

Blanca Costa bajó del coche patrulla alterada, pero hizo todo lo posible por disimularlo. Un inspector nunca debe mostrar sus emociones, se dijo, ni a sus compañeros, ni al resto de la gente. A nadie. Así que tomó aire y se acercó a la casa simulando controlar la situación. La firmeza que vertebraba su cuerpo y sus pasos firmes parecían propios de una mujer segura de sí misma.

Frente al descampado de la casa había tres vehículos. El coche de Pol, un turismo rojo que no reconoció y una *pickup* maltrecha, con la zona de carga enlonada para llevar animales o perros. Su compañero salió a su encuentro a la entrada de la casa con más dificultad de la habitual al tratar de ocultar su cojera, quizás más patente por el frío. En su rostro se plasmaba una grave preocupación.

Por fin has llegado.

¿Qué ha pasado?

Han matado a un hombre, un turista que había alquilado la casa para pasar el fin de semana.

Blanca observó la entrada de la casa. A simple vista no había ningún indicio de que hubiesen forzado la puerta principal. Sacó su teléfono móvil y comenzó a hacer algunas fotos.

¿Dónde está el cuerpo?

En el cobertizo de allá atrás. Te acompaño.

Al seguir a su compañero hacia la zona de atrás de la casa, Blanca se cruzó con un individuo que estaba fumando en el porche. Era un hombre de mediana edad, corpulento, llevaba una barba desaliñada y un gorro de lana en la cabeza. Por la indumentaria y las botas le dio la impresión de ser alguien de por allí, acostumbrado a vivir en la montaña.

¿Quién es ese?, preguntó una vez se distanciaron de él.

Un vecino que pasaba conduciendo por aquí y paró al escuchar los gritos. Ha sido él quien ha llamado a emergencias.

¿Lo conoces?

Muy poco. Vive en la casa de abajo, la del cruce. Suele venir a cazar los fines de semana.

Pero ahora no es época de caza, pensó Blanca en voz alta. ¿Y qué hace en el porche, no debería estar en el escenario del crimen? Hazle bajar al aparcamiento y pide refuerzos. Llama a la Científica, también. Mientras tanto examinaré el cadáver.

Pol asintió y regresó a la entrada. A Blanca no le gustaba dirigir así a su compañero, pero a veces el chico pecaba de ingenuidad y ni siquiera era capaz de seguir el protocolo. Aunque pensó que, en parte, su torpeza era comprensible, porque en Valtordá no solían suceder incidentes así y era lógico que no estuviera preparado para algo como aquello.

Blanca avanzó hacia el cobertizo, caminaba con extrema precaución sobre el terreno nevado para no contaminar las pruebas que pudiera haber a su alrededor. El sendero que conectaba la casa con la pequeña construcción de madera estaba cubierto por una gruesa capa de nieve y encima de esta se cincelaban diversos vestigios de pisadas y sangre. Enseguida dedujo que los hechos habían sucedido de madrugada, después de la tormenta. No podía ser de otro modo; si hubiesen ocurrido antes, la nieve lo habría cubierto todo, pero gracias a que la nevada había cesado antes del asesinato era sencillo reconstruir lo ocurrido. Las evidencias estaban allí, sobre el terreno. Rastros de sangre, pisadas y barro, aparte de las huellas caninas que había esparcidas por toda la zona. Los surcos que formaban las marcas comenzaban a ennegrecerse debido a la erosión de la ventisca, así que Blanca fotografió el terreno escrupulosamente antes de que se deteriorara más. Si no actuaba rápido, cuando la Policía Científica llegase apenas quedaría nada. Había restos de sangre alrededor del cobertizo, manchas oscuras que iban desde este hasta la entrada de la casa. Eran de color escarlata que las semejaba a un ramo de rosas rojas. Examinó cada uno de los rastros. Dos eran de botas gruesas, que por el tamaño parecían de hombre. El tercero en cambio era de una zapatilla más ligera, deportiva quizás, de horma más pequeña. La pisada era más suave y su recorrido era en ambas direcciones; hacia el cobertizo y hacia la casa. Blanca advirtió que un rastro debía de ser el de Pol que se había asomado al cobertizo para descubrir el cuerpo, casi podía apreciar el leve arrastre de su cojera, y el otro, el de las botas más grandes, podría haber sido del vecino que acudió a socorrer a la víctima. O quizás el rastro del asesino que huyó. Pero con el tercero tenía dudas. Aquel rastro discontinuo se había movido

dando bandazos, dejando tras de sí una hilera bermeja de sangre. Repasó el recorrido varias veces, esforzándose en reconstruir la escena en su mente. Al final, dedujo que alguien había abandonado corriendo el cobertizo. Puede que fuera la persona que descubrió el cadáver, que se hubiera asustado de la impresión causada al verlo y hubiese salido dando tumbos de allí, tropezándose por la nieve.

Blanca se acercó a la entrada del cobertizo. El espacio era tan estrecho que al asomarse enseguida se topó con el cuerpo del hombre en el suelo. Estaba bocarriba sobre un charco de sangre oscura, tapado por un edredón que le cubría hasta a mitad de la frente. La puerta estaba abierta de par en par y había manchas de sangre en el umbral, eran compactas y alargadas como si alguien hubiese apoyado allí las manos ensangrentadas, pero en aquel momento era incapaz de saber si las huellas eran de la víctima o del asesino. Buscó en las paredes un interruptor, pero allí no había electricidad, solo contaba con la claridad que entraba del exterior que era insuficiente para examinar la escena, así que sacó una linterna del bolsillo de su abrigo y la encendió para inspeccionar el cuerpo. Se agachó junto al cadáver y levantó el edredón con cautela. Su pulso se aceleró al ver el rostro pálido del hombre, pese a que no lo conocía, no era ningún vecino de Valtordá y tampoco era Linda. Examinó el torso procurando no tocarlo demasiado. Era un individuo de unos treinta años, de estatura media y constitución atlética. Tenía el cabello oscuro, corto y empapado en sangre. Los ojos cerrados, la boca torcida. Blanca le palpó el cuello para corroborar que no tenía pulso y por su temperatura corporal calculó que no debía de llevar muerto más de dos o tres horas. Al retirar el edredón del resto del cuerpo para inspeccionar la parte inferior, vio que el hombre iba vestido con una sudadera deportiva y un pantalón de pijama gris, y en los pies le asomaban unas botas de montaña embarradas y a medio atar. En la zona del abdomen tenía una herida profunda, un charco de sangre se coagulaba sobre su vientre y se derramaba hacia los lados hasta verterse en el suelo. Le habían abierto las tripas y el olor era tan insoportable que un mareo le ascendió a la cabeza. No pudo ver con precisión cuántas incisiones tenía en el estómago, pero supo de inmediato que se había producido ensañamiento. Blanca dedujo que el asesino había usado un cuchillo de hoja amplia, que se lo había clavado varias veces en el abdomen hasta que la víctima se debilitó y cayó hacia atrás golpeándose la cabeza.

Las paredes del cobertizo estaban atestadas de estanterías con todo tipo de trastos, había accesorios de jardinería pero también menaje de cocina colgado. Blanca se incorporó y apuntó con su linterna cada recoveco de aquel lugar, pero no halló ningún arma. Había desorden, sillas viejas apelotonadas en un rincón y un sinfín de cajas, aunque no detectó ningún signo de forcejeo y, como el espacio era reducido, sospechó que allí no habían estado más de dos personas.

Víctima y asesino.

Cuando se adentró en la penumbra del fondo del cobertizo en busca de más pruebas, reparó en unos lienzos. Estaban bajo el tragaluz, sufridos a la pared, colocados unos al lado de otros como si alguien los hubiera dejado allí después de pintarlos. Los apuntó uno a uno con su linterna, al menos había una veintena y alguno era de grandes dimensiones. Eran pinturas extrañas, en todas se retrataban paisajes de la zona; senderos alfombrados de vegetación oscura, árboles de verde intenso y también había montañas, todas ellas llevaban pintada una corona nívea en lo alto y todas parecían algo más que montañas.

En uno de los cuadros alguien había retratado la casa. La pintura era tan realista que parecía una fotografía y cuando se acercó para observarla de cerca llamó su atención una figura humana en unas de las ventanas. Una silueta espectral que carecía de rasgos faciales, no tenía boca, ni

orejas, solo dos agujeros enormes y vacíos en mitad del rostro. Aquellos ojos inmensos la observaron unos instantes y entonces Blanca sintió que ya había estado antes allí.

¿Hemos identificado a la víctima?, preguntó Blanca a Pol al salir del cobertizo.

Sí, se llamaba Diego. Diego Fernández. Tenemos su documentación en la casa junto a sus cosas. Quien lo haya matado lo ha hecho por razones personales porque no se ha llevado nada de la casa, ni siquiera su cartera.

¿Y quién ha descubierto el cadáver?

Su novia. Está adentro, en estado de shock, no para de llorar.

Blanca asintió y supuso que aquella chica era el tercer rastro en la nieve. Acto seguido, comenzó a explicar a Pol el procedimiento que debían seguir. Su cuerpo se tornó rígido y una pulsión de adrenalina le trotó en el pecho.

Este caso requiere la máxima concentración y pulcritud porque cada detalle podría ser importante para saber qué ha ocurrido, le dijo, y por primera vez desde que llegó al pueblo, sintió que volvía a ser una inspectora de verdad. Tenemos que acordonar la zona: la entrada, el porche y sobre todo el sendero que va al cobertizo, le ordenó señalando los alrededores de la casa. No quiero que nadie excepto nosotros esté aquí, ¿de acuerdo? El terreno ya está demasiado alterado.

Pol asintió con la cabeza sin decir ni media palabra. Blanca sabía que todavía estaba asustado y se alegró de que, pese a los despistes iniciales, su compañero se esforzase en mantener la calma. Luego se dirigieron a la casa de nuevo. Al cruzar el porche, Blanca reparó de nuevo en el vecino. El hombre aguardaba dentro de su camioneta con las ventanillas bajadas.

Procura que no se vaya, hay tomarle declaración. ¿Y el perro?

¿Qué perro?

Hay pisadas caninas por todos lados.

No he visto a ningún perro. La pareja no tiene y ese hombre tampoco.

Blanca le pidió que le preguntase al hombre al respecto de todos modos. Después entró en la casa, dispuesta a tomar declaración a la pareja de la víctima. Al abrir la puerta de entrada, una ráfaga de viento gélido le golpeó la espalda. Era como si algo estuviera empujándola para que entrara allí dentro.

PARTE 2

El día en que murió mi madre subí a la azotea para observar las nubes. Era casi verano y es en esa época del año cuando están más bellas. Hacía calor y el cielo ardía rabioso, las nubes no se movían hacia un lado como solían hacer siempre, sino que permanecían fijas e iban disolviéndose con lentitud en mitad del cielo raso como si fueran enormes manchas de aceite. Crecían y se expandían, y cada vez se hacían más grandes frente a mis ojos. Recuerdo cómo refulgían las capas de cirros blancos sobre el cielo intenso. Las primeras, las que parecían estar más cerca de la tierra, eran cuerpos gruesos y abultados, y se acercaban unas a otras como si quisieran tocarse mediante sus ramificaciones de pelusa blanca. En cambio las nubes del fondo, las que estaban más lejos, más arriba, formaban una especie de humareda densa, y cuando las mirabas fijamente daba la impresión de que estaban en el fondo del cielo. El efecto era parecido al de las piedras musgosas de un estanque a las que no alcanzas a ver del todo, pero que sabes que están ahí, pudriéndose en las profundidades, y cuando te inclinas para observarlas mejor las pierdes de vista y te topas con el reflejo de tu propio rostro grabado sobre el agua.

Si me hubiese muerto aquel día, me hubiese alegrado que me recibiera un cielo como aquel.

Me quedé mirando hacia arriba, embobada, y vi cómo las nubes despegaban y comenzaban a moverse con la lentitud armónica de un gigante de mármol, se desplazaban hacia el horizonte como si fuesen encima de un tiovivo en una feria. La cabeza se me iba con ellas y todo me daba vueltas como si estuviera a punto de marearme o de caerme, o de quedarme dormida para toda la eternidad.

La nieve.

La nieve era lo más importante allí arriba, en la montaña, porque anulaba todo lo demás. Ese blanco nuclear ocultaba los secretos y las mentiras, cubría las formas, anulaba los colores, y aunaba cada parte del bosque a través de filamentos invisibles que lo conectaban todo. La nieve.

No sabía quién nos perseguía por aquella montaña silenciosa, ni qué intenciones traía, pero al caminar por allí me sentí observada y supe que nos vigilaban desde lo alto. Los ojos del bosque se postraban sobre nosotros, nos interpelaban en la retaguardia, aguardando el momento idóneo para atacar.

Llevábamos horas caminando. A pesar de que estaba cansada continuaba detrás de Diego. Seguía el vestigio de aquel hombre como un animal moribundo que busca un lugar de remanso donde morir en paz. Cuando lo veía alejarse, fantaseaba con agarrarle de los bolsillos de los pantalones, frenarlo y atraerlo hacia mí, conseguir que caminara más despacio, que se quedara a mi lado.

Pero nunca lograba alcanzarlo.

¿Por qué nos aferramos a las personas que no nos esperan?

La nieve. La auténtica verdad está bajo la nieve.

¡Una ardilla!, gritó Diego de repente señalando hacia la copa de un árbol. Excitado, se paró y sacó su teléfono móvil para grabar al animal, pero llegó tarde, la ardilla saltó veloz de una rama a otra y se esfumó entre las copas frondosas de los abedules.

Qué ágil, dijo con una mezcla de queja y admiración.

Estoy cansada, no puedo más.

Pues aún queda un rato para llegar arriba.

¿Y no podemos pasar de esto y dar la vuelta, Diego? Llevamos horas caminando y me duele la espalda, me quejé descolgándome la mochila del hombro y arrojándola al suelo.

Vamos, Andrea. No hemos subido hasta aquí para nada.

No, no habíamos subido allí para nada, habíamos ido para estar juntos y ni siquiera me esperaba. Pero eso no lo dije, solo lo pensé, me lo quedé dentro como hacía siempre. Busqué un pedrusco grande para sentarme, supe que si no descansaba unos minutos sería incapaz de continuar. Saqué mi cantimplora y bebí varios tragos de agua hasta notar cómo se endurecía mi estómago. El aire estaba tan helado que me acuchilló el pecho. En circunstancias normales me hubiesen entrado ganas de llorar, pero en ese momento no sentía nada, ni nostalgia, ni pena, solo me preguntaba una y otra vez qué coño estaba haciendo allí.

Y entonces le dije: no me vas a volver a hablar jamás de esta manera. ¿Quién se ha creído que es ese tipo?

Es tu jefe, contesté riéndome.

Buah, me da igual, me contestó ella amorrándose al botellín de cerveza.

Rebeca era la única amiga que hice en Londres. La conocí en clase de yoga y desde el primer día me colgué de ella porque estaba loca y era divertida. íbamos dos tardes por semana de compras a Candem. Allí todo era carísimo, incluso la ropa de segunda mano, pero ella se conocía los mejores puestos para regatear. Rebeca era española, pero llevaba once años en Inglaterra, tenía tanta energía que siempre me hacía reír. Y yo entonces necesitaba una amiga así.

¿Y tú qué? Has estado callada como una muerta todo el día.

Nada.

A mí no me engañas.

Cierto, con Rebeca no podía fingir porque era más lista que yo. Aquella tarde quise contarle que estaba harta. De aquella ciudad tan grande, de la lluvia constante, pero no me hizo falta hacerlo.

Estás agobiada, ¿verdad? ¿Cuánto llevas buscando curro?

Cinco meses.

¿Y has hecho alguna entrevista más desde la última vez que quedamos?

Solo me llamaron de dos y en ninguna me cogieron. Supongo que aquí no necesitan traductoras de español.

Yo diría que sobran traductoras, más bien. ¿Y has pensado en trabajar de otra cosa? De camarera o azafata de promociones, no sé.

He pensado en volver, le contesté sin saber muy bien de dónde me había brotado aquello.

¿A Barcelona?

Sí.

¿Y qué pasa con Diego?

Diego. Aguanté tres meses más allí por él. En Londres la rutina que teníamos cambió, él trabajaba muchas horas a la semana y se pasaba varios días seguidos sin pasar a verme. Decía que quería venirse a vivir conmigo, pero que debíamos esperar, que no podía dejar tirado a su compañero de piso, un chico español que se acababa de quedar sin trabajo. Me pidió tiempo y yo se lo di, aunque en el fondo sabía que aquello era una excusa y que a él le gustaba vivir lejos de mí, en un piso compartido, porque se sentía más libre y más joven, o porque allí podía acostarse con quien quisiera sin que yo me enterara.

Diego vivía una vida agitada; trabajaba todos los días y los fines de semana se los pasaba borracho. Siempre conocía a alguien, siempre había un amigo que lo invitaba a una fiesta, siempre había fiestas a las que yo nunca iba, o a las que no quería llevarme, y empecé a notar que nos distanciábamos cada vez más. Llegué a contar las veces que me dejó plantada con la cena en la mesa, o temblando bajo la lluvia a las puertas del Genesis Cinema estrujando un cucurucho de palomitas entre las manos. Todos aquellos meses que me pasé detrás de Diego acabaron pasándome factura. Dejé de hablar con las pocas amigas que tenía, todas me daban rabia, todas me habían advertido de que aquella relación no saldría bien; cuando estás con un hombre que te quiere es él quien va tras de ti y no al revés, me decían, pero yo no estaba preparada para escuchar sermones, así que cada vez me quedé más sola.

Aun con todo, Diego siempre volvía. Había noches en las que llegaba a mi apartamento borracho, después de haber estado días sin llamarme. Picaba al timbre, me rogaba que le abriera y lo dejara pasar. Me decía que me quería y entonces me ablandaba, olvidaba sus desplantes y me dejaba vencer.

Al día siguiente, por la mañana, cuando me despertaba él ni siquiera estaba. Las primeras veces me dejaba una nota, luego ya no, se iba sin despedirse, como si fuese un rollo de una noche y apenas me conociera. Entonces comencé a odiar mi vida en Londres del mismo modo que comencé a odiarlo a él.

Un día me llamaron desde una comisaría de Harrow. Era un domingo por la tarde y estaba dormida en el sofá. El ruido del teléfono me desubicó, me levanté aturdida y al descolgar el aparato, me quedé atónita porque era Diego y estaba llorando. Nunca lo había visto así. La fianza me costó dos mil libras y el viaje en taxi hasta allí, dieciséis. Cuando llegué a la comisaría lo encontré con la ceja abierta y la ropa manchada de sangre. Estaba sentado en el suelo junto a unos yonkis, con las piernas estiradas y la mirada perdida.

¿En qué líos andas metido?

Me juró que no había hecho nada. Que la droga no era suya. Que lo habían liado. Que solo se había bebido una par de copas y ya está. En aquella ocasión le creí. Incluso me alegré de que me hubiese llamado para pedirme ayuda. Podría haber llamado a cualquiera, a su compañero de piso, a algún amigo, o a una de esas chicas con las que solía salir después del trabajo, pero me había llamado a mí y eso me reconfortaba. Durante unas semanas se quedó en casa. Estaba asustado y me juró que no se iba a meter en líos nunca más, que cambiaría de vida, que no saldría más con aquella gente. Y yo lo miraba, acariciaba su pelo y besaba sus labios cuando se quedaba dormido. Su debilidad me hacía sentir imprescindible y una fortaleza que no había tenido jamás crecía en mí. Hasta que un día me lancé; le dije que lo amaba y quería pasar el resto de mi vida con él.

A la mañana siguiente, Diego se había marchado de nuevo.

En el mundo hay dos clases de personas; las de mar y las de montaña. Las personas de montaña son intrépidas y adoran los retos, trabajan duro para alcanzar las cúspides más altas porque para ellas avanzar es mirar siempre hacia arriba. Hacia lo más alto. Las de mar, en cambio, son seres más emocionales, se toman la vida como una experiencia sensorial y se dejan mecer por las olas de la otredad. Adoran el presente; el aquí y el ahora les basta y no se preocupan de escalar más allá de ahí, pues solo desean ser ellas mismas. No sabía exacta mente en qué grupo estaba yo. Algunas veces había sido mar, otras montaña, y había otras en que no encajaba en ninguna parte, pero lo que sí tenía claro era qué clase de persona era Diego. Sabía que subir aquella montaña era importante para él, que Diego vivía con una necesidad intrínseca por llegar al límite de las cosas. Y yo lo seguía, sin más, como todo aquello todavía me importara.

Aunque le rogué volver a casa, Diego acabó convenciéndome de lo contrario, así que continuamos caminando por aquel bosque blanco, alzado entre las piedras y el musgo. Bueno, en realidad no me convenció, sino que me dijo que si quería irme a casa me fuera yo sola, que me diera la vuelta y echase a andar ladera abajo, y que a ver si no me perdía en el intento o si no me comían los osos. Y yo, que ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudiera haber osos y menos que pudieran comerme, lo seguí. Continué con él por miedo a aquel bosque o a los lobos, o a los monstruos, qué sé yo.

Solo deseaba hacer lo correcto.

Pasado el mediodía, nos desviamos por un sendero invisible donde las marcas de guía habían desaparecido del todo. Diego tecleó algo en su GPS, buscaba un lago o un mirador, no recuerdo bien, pero creo que se había perdido. Yo estaba muerta de frío. En algunos tramos la nieve me alcanzaba las rodillas, cada paso que dábamos era más profundo que el anterior y comencé a sentir la humedad dentro de mis botas.

Cuando comencé a pensar que me desmayaría de un momento a otro, llegamos a la cúspide de la montaña. Por fin. Una llanura abierta al cielo se desplegó ante nosotros, desierta y alfombrada por una espesa capa de nieve virgen. Allí el mundo había desaparecido del todo, solo había cielo y nieve, y daba la sensación de que ambos se fundían en una amalgama uniforme. Unidos el cielo y la tierra, me quedé flotando en medio sin saber a cuál de los dos pertenecía. El fulgor del sol se proyectaba en la nieve con potencia. Todo era blanco, de un blanco brillante. A causa de la ventisca que me arañaba los lagrimales con furia, apenas podía abrir los ojos, así que me detuve en seco y me tapé la cara. No me importó que Diego siguiera caminando, me paré como si estuviera esperando algo, a alguien, mientras la espesura del aire helado eclosionaba en mis tímpanos. Me entraron ganas de gritar. Inspiré profundamente, pero no me atreví a hacerlo.

Al fin, llegamos a la cima. Había un pequeño montículo de piedras, unas puestas sobre otras, y un montón de banderas que la gente había dejado atadas con pretensión de haber conquistado algo. Desde allí arriba el mundo era tan pequeño, tan lejano, que no significaba nada, estábamos por encima de casi todo, a ras de cielo. Diego hizo fotos panorámicas y unos cuantos *selfies*, en ninguno salí yo. Luego, comenzamos el descenso.

Tomamos un sendero más estrecho que el anterior para bajar. El suelo estaba intacto, como si nadie hubiese pasado por allí jamás. Diego se paró para mirar su teléfono, dijo que nos habíamos quedado sin señal. Le propuse dar media vuelta y bajar por donde habíamos subido, a través de nuestros propios rastros podríamos llegar de nuevo hasta el coche, le dije, pero él insistió en

seguir por allí. Estaba tan cansada que no quise discutir y busqué algún lugar para sentarme; necesitaba quitarme las botas, aliviar el escozor que me abrasaba los dedos de los pies. Fue entonces cuando oí aquel ruido extraño muy cercano a nosotros. Miré hacia el sendero que nos precedía y a lo lejos divisé algo en medio del camino. Al principio no identifiqué de qué se trataba, así que me acerqué con curiosidad, y también con cautela, avancé unos pasos hasta que pude distinguir mejor aquel bulto enorme y peludo en el suelo.

Temblaba.

Pensé que era un monstruo y por un momento me entró miedo; aquella cosa gruñía de una manera extraña, pero aun así había algo que me atraía. Di unos pasos más hacia donde estaba, hasta que comprobé con perplejidad que no era ningún monstruo, solo un animal herido, y al reconocerlo me quedé helada.

Era el príncipe del bosque.

El gran ciervo sacudía las pezuñas con desesperación sobre la nieve, como si quisiera levantarse y no pudiese. Me dio tanta pena que me arrodillé junto a él, la sangre emergió a borbotones bajo su cuerpo y dibujó círculos rojos sobre la nieve. Puse con cuidado mis manos sobre su lomo, examiné su pelaje hasta hallar una herida en el costado. Un disparo, deduje, al ver el agujero cilindrico que le atravesaba la carne. Le taponé la herida con mi gorro de lana, apreté sobre ella con todas mis fuerzas mientras el animal se retorcía de dolor, y entonces Diego me cogió por la espalda y me ordenó que no lo tocara. Que no podíamos hacer nada. Pero yo me quedé absorta, no podía dejar de mirarlo. El ruido sordo de su cornamenta golpeando contra el suelo, la opacidad de sus ojos, los gruñidos agónicos explotando de su hocico invocando a la muerte. Me puse a llorar y le pedí a Diego quedarnos allí hasta que muriera, pero él me agarró por el brazo y me levantó.

Volvemos a casa, me dijo.

Al entrar en la casa, Blanca Costa se sorprendió del frío que hacía dentro. Se respiraba un ambiente gélido pese a estar la lumbre encendida en el salón. Las llamas incandescentes devoraban la oscuridad a dentelladas como si quisieran engullirla.

Lo primero que hizo fue echar un vistazo al interior. No era una casa muy grande. El salón era acogedor, tenía los techos altos y estaba unido a la cocina, por lo que daba la sensación de ser más amplio de lo que en verdad era. Avanzó unos pasos, a pesar de la penumbra vislumbró el desorden que había sobre todas las superficies y en el suelo. Bolsas de tela, un ordenador portátil, ropa, incluso un paquete de galletas medio abierto espolvoreado de migas. Se adentró unos metros más y entonces la encontró.

En el sofá yacía el cuerpo inmóvil de Andrea.

Pol le había explicado que la chica había tenido un fuerte ataque de ansiedad tras descubrir el cuerpo de su novio y que le había costado mucho calmarla. La chica estaba echada hacia un lado en el sofá, acurrucada bajo una manta gruesa que desdibujaba la curvatura de sus caderas y sus hombros convirtiéndola en un bulto impreciso. No se distinguía con exactitud si se trataba de una mujer, un hombre o un animal. Su cuerpo estaba encogido como el de uno de esos bichos de jardín que forman una bola cuando los niños los tocan con un palo. Blanca se acercó y la tocó con delicadeza para despertarla. La chica no estaba dormida, tenía los ojos abiertos de par en par y, al pasarle la mano por el hombro, vio que estaba temblando.

¿Eres Andrea? Me llamo Blanca Costa, soy la inspectora de los Mossos destacada en

Valtordá.

Andrea la miró con sus ojos de cristal inmóviles, y luego hizo el esfuerzo de incorporarse. Daba la impresión de que tenía el cuerpo agarrotado porque sus movimientos eran torpes y lentos, y por su gesto parecía que le doliesen todos los huesos. Blanca la sostuvo del brazo para ayudarla a erguirse. Los cabellos oscuros y lacios de Andrea le caían sobre la frente y le tapaban gran parte del rostro, un semblante pálido y descamado como el de un enfermo. Blanca vio que aquella chica no estaba bien, pero pensó que era lógico, estaba pasando por una fase de shock. Imaginó por un momento cómo estaría ella si hubiese encontrado a un ser querido asesinado de aquella manera. Se acordó del funeral de sus padres, de algún familiar que había perdido, de la cruda palidez de sus rostros sin vida.

Tranquila, no hay ninguna prisa, le dijo mientras se sentaba en una butaca situada frente al sofá y esperaba a que se enderezase. Andrea cogió un vaso de agua que había en el suelo y bebió de él. Al hacerlo, Blanca vio que tenía restos de sangre en las mangas de la sudadera que llevaba puesta.

Solo quería hacerte algunas preguntas sobre lo que ha pasado.

Andrea no parecía escucharla, era como si no fuera del todo consciente de su presencia porque, tras beber agua, miró al frente y su mirada se congeló en el vacío como si se hubiese quedado ciega o estuviera loca. Como si hubiera visto un fantasma. Entonces, los tendones de su cuello se endurecieron, como los de una estatua de piedra y sus labios se abrieron, se cerraron, para luego abrirse de nuevo boqueando como un pez fuera del agua.

Diego, murmuró con la voz quebrada, estás muerto.

Y entonces, rompió a llorar de nuevo.

Blanca Costa siempre había deseado ser agente del orden, desde que era una niña. Quería ser como su padre; todas las niñas admiran a sus padres y quieren imitarles de algún modo. Lo que Blanca no sabía era qué hubiese pasado si en vez de nacer allí, en Valtordá, hubiese nacido en el seno de otra familia y su padre hubiese sido un hombre diferente, un mecánico, un banquero, alguien normal. ¿Entonces también habría querido ser investigadora?, se preguntaba, ¿o se habría dedicado a otra cosa? Puede que el destino la hubiera llevado hasta Valtordá de todas maneras. Que hubiera llegado hasta aquel pueblo remoto por azar y que hubiese conocido a Andrea igualmente. Aguardó frente a ella hasta que la chica se calmó del todo, mientras la nieve comenzaba a caer gruesa tras los vidrios de las ventanas y el péndulo del reloj marcaba los segundos de un modo implacable.

Al irse a vivir a Valtordá, Blanca encontró algo que no había tenido nunca. Tiempo. Ahora se enfrentaba a la densidad del tiempo y el exceso de quietud la sobrepasaba. Aquel pueblo era una especie de agujero negro que la absorbía, que la arrastraba a recordar y a reparar en todas aquellas cosas de las que se arrepentía o le hacían daño. Por lo que el tiempo, más que un valor para Blanca era una maldición que acababa lanzándola al único medio de evasión que tenía. La bebida. Cuando Blanca bebía, se olvidaba de todo, y eso le iba bien porque se quedaba dormida en el sofá por las noches sin detenerse a pensar en lo sola que estaba ni en lo que había perdido.

En la ciudad, el tiempo pasaba de una manera diferente. Se había pasado más de veinte años de su vida obsesionada con su carrera. Hacía horas extra a diario, a veces doblaba turnos, y cuando se agotaba volvía a su piso, se reencontraba con la cena revenida en el microondas y el contestador atiborrado de llamadas de sus padres. Y también alguna de Carlos.

Él era de los pocos hombres que se habían interesado por ella durante aquellos años. Eran compañeros del cuerpo, pero él era médico forense. Era un tipo larguirucho que se pasaba las noches en el laboratorio rasgando cadáveres y anotando apuntes de voz en una grabadora de mano. Le gustaba tanto su trabajo que a veces se olvidaba de la realidad, en eso era idéntico a Blanca. Sin embargo, él siempre encontraba tiempo para llamarla, para preguntarle cómo estaba y pedirle una cita, y ella se reía porque le parecía un friki y siempre le contestaba que no, que otro día, que ya veremos, sin reconocer que en el fondo le reconfortaba que alguien se interesara por ella. Al final acabaron siendo buenos amigos. Pasaron muchas horas en la morgue, intentando descifrar los secretos que escondían aquellos cuerpos.

Un cadáver lo explica todo, decía Carlos, en la sangre, en la piel, en los tejidos, incluso debajo de las uñas, siempre hay señales que revelan lo que ha ocurrido.

Hacía tiempo que Blanca no lo veía y en momentos así lo echaba de menos, porque Carlos era de aquellas personas que buscaban la autenticidad en todo lo que hacen y ella sabía que en el mundo quedaban pocas personas así. Un buen investigador debe sacar a flote la verdad por dura que sea, solía decirle su padre.

La verdad. Blanca intuía que iba a ser difícil hallarla en aquel caso. Lo supo en cuanto entró en aquella casa, pues su instinto la alertó de que allí sucedía algo extraño. Si hubiera podido seguir el procedimiento, se hubiese llevado a Andrea a la comisaría central para realizar allí el interrogatorio, pero debido al corte de carreteras eso era imposible. Solo podía trasladarla al cuartel de Valtordá, interrogarla bajo el tintineo amarillento de los viejos fluorescentes y los rugidos de la máquina de café a monedas, y con el estado de ansiedad que tenía aquella chica no le pareció buena idea. Creyó que lo mejor era dejar que se quedara allí unas horas más.

En la casa.

Apoltronada en aquel sofá, Andrea parecía una chica frágil, temerosa. Su cuerpo era menudo y sus hombros estrechos, sobre su piel blanquecina unas ojeras oscuras que parecían fosas colmadas de muerte en medio de su rostro. Parece un cuervo, pensó Blanca, un corvato joven y desorientado a la espera de alguien que la ampare.

Siento tu pérdida, le dijo.

Andrea tenía la vista clavada en el suelo. Estaba encogida, con los talones descalzos sobre el sofá y las rodillas abrazadas en posición de defensa, o de miedo.

Erais pareja Diego y tú, ¿verdad?, le preguntó, pero Andrea seguía perdida en el infinito. Andrea, tienes que contarme qué has visto; necesitamos averiguar qué ha pasado aquí. ¿Dónde estabas cuando le mataron? ¿Estabas con él?

Andrea negó con la cabeza mientras se le aguaban los ojos, eran dos balsas abandonadas a la deriva y sus pupilas titilaban como un faro que asoma brillante en mitad de una tempestad.

No. Estaba durmiendo. Cuando me desperté eran las siete de la mañana o así y me encontré sola, en la cama.

¿Y qué hiciste? Cuéntame en detalle todo lo que recuerdes, por insignificante que te parezca puede ser de importancia.

La chica se recogió el cabello tras las orejas. Desprendía un halo de tristeza y temor al mismo tiempo, parecía un animal indefenso, uno de esos que se detienen en mitad de una carretera muertos de miedo, eclipsados por los faros de los coches y que están a punto de morir.

Me vestí y salí de la habitación a buscar a Diego, pero no lo encontré por la casa. Lo estuve

llamando, pero no respondió. La casa estaba fría y vacía. Y luego, fui al cobertizo y lo encontré allí.

Andrea retorció el gesto en una mueca de angustia al revivir el momento de nuevo. Blanca se le acercó y se agachó a su lado. Le tocó el brazo, le dijo que sabía que había sido difícil, pero que era muy importante que siguiera explicándole lo que había ocurrido. Aquel momento era crucial. Blanca sabía que los instantes que proceden a un hecho traumático eran duros para la víctima, pero a la vez los más lúcidos. La memoria suele traicionar a medida que pasa el tiempo y Blanca sabía que si quería resolver el caso debía presionarla.

Entonces, saliste a buscarle recién levantada.

No. Al despertarme y ver que no estaba en la casa pensé que estaría dando una vuelta o en el coche. Así que esperé un rato, me hice un té y estuve mirando por la ventana, por si lo veía. No quería salir ahí afuera. Hace frío y la tormenta me ha hecho pasar una noche horrible.

¿Por cuál de las ventanas miraste?

Por esa.

Blanca fue hasta el ventanal de la cocina para comprobar la perspectiva del exterior que había visto la chica. Desde allí se podía observar parte de la entrada y el aparcamiento, pero era imposible ver el cobertizo porque este daba a la parte trasera. Al asomarse a la ventana, vio que Pol hablaba con el vecino en ese momento. El hombre estaba apoyado en su camioneta con el talón del pie posado sobre chapa y las manos metidas en los bolsillos de su cazadora. Por los gestos parecía despreocupado, pero su semblante era serio y su entrecejo se tensaba ante las preguntas de Pol, que iba apuntando en un cuaderno todo lo que el hombre le estaba contando.

¿Y viste algo extraño desde aquí?

¿Como qué?

Como algún coche. O tal vez escuchaste algún ruido.

Claro, los ruidos, dijo Andrea excitada y contuvo un soplo de aliento en los labios. Llevo todo el fin de semana escuchando esos ruidos extraños. Todas las noches. Pero esta mañana no, esta mañana estaba todo en calma.

¿A qué ruidos te refieres?

Andrea comenzó a rascarse los antebrazos ansiosa, como si estuviera a punto de confesar algo más grande que ella, una revelación que la carcomía por dentro. Se rascaba la piel con fuerza y sus uñas mordidas, incrustadas en las yemas de los dedos, formaban una especie callosidad abultada y deforme.

¿Te refieres a ruidos del viento o de animales?

No, no lo entiende. No eran nada de eso. Eran ruidos de personas. De hombres furiosos, por la noche venían y nos asustaban.

Los ojos de Andrea llamearon frente al reflejo de la lumbre, y Blanca no acertó a saber si el fuego estaba fuera o dentro de la chica, que apenas pestañeó al pronunciar lentamente una de las frases clave de su declaración.

Han sido los hombres furiosos… esos hombres han matado a Diego.

Cuando volvimos al coche, Diego subió la calefacción al máximo, aunque no consiguió deshacer el vaho adherido a la luna delantera, ni aliviarme del frío que se me había colado tan adentro.

Seguramente ha sido un cazador, me dijo.

No escuchamos ningún disparo. Además, si un cazador lo hubiese matado, habría recogido su cuerpo y se lo hubiera llevado consigo como trofeo.

Puede que disparase al ciervo desde lejos y pensara que no le había dado. En este bosque hay mucha vegetación, no me extrañaría nada que hubiese perdido de vista a la pieza…

La pieza. En ese momento no me pareció el término más adecuado para referirse a un ser vivo, un ser que sufría y moría con dolor igual que nosotros. Diego presumía de dominar la jerga de la caza, cuando en realidad no había cazado en su vida. No sabía nada sobre animales, ni bosques, solo se entretenía fraguando hipótesis absurdas sobre temas que desconocía y a mí eso me irritaba, porque existen momentos en los que no hay que darle tantas vueltas a las cosas ni pretender saberlo todo.

Bajé la ventanilla y encendí un cigarro. Fumar era lo único que calmaba mi ansiedad. A Diego no le gustaba, así que ese era un acto de rebeldía que me reconciliaba conmigo misma. Iba empapada hasta las rodillas, con los calcetines arrugados dentro de las botas y en mi mente aún tenía clavada la mirada vacía de aquel animal clamando al cielo. Cerré los ojos y volví a ver sus fuertes pezuñas golpeando la nieve, un intento desesperado de escapar de aquel bosque cruel. Pensé en su belleza. En la belleza en su expresión más pura, y en lo expuesta que está a la amenaza de ser aniquilada en un solo instante.

Deberíamos llamar a los guardabosques, propuse a Diego. Ellos sabrán qué hacer, o al menos recogerán el cuerpo.

¿Por qué te importa tanto, Andrea? ¿Qué te pasa, te crees que hay un monstruo en el bosque que mata animales y que persigue a la gente por las noches? Un extraterrestre, tal vez, o el yeti, acabó por decir medio riendo.

Con esos comentarios siempre conseguía que me sintiera como una estúpida y como ya lo conocía, como ya había vivido un sinfín de discusiones con aquel gilipollas, me limité a mirar por la ventanilla y a fumar, y a retirarle la palabra durante el resto del viaje.

Cuando era pequeña y vivía con mis padres, me gustaba imaginarme la historia de mis bolsillos. Sí, puede sonar raro, pero así lo llamaba yo y era un juego secreto al que solía jugar sola y que nunca conté a nadie.

Bolsillos. De chaquetas, de pantalones, de camisas. Bolsillos. Están por todos lados y son especiales porque en los bolsillos solo existe aquello que tocas con las yemas de los dedos. Nada más. Y a mí me encantaba meter la mano en ellos y jugar a adivinar qué había allí dentro escondido. En un mundo donde reinan los colores y las imágenes, el fondo de mis bolsillos era algo diferente a todo lo demás; un universo minúsculo al alcance de mi mano.

En invierno mi madre solía ponerme el abrigo de paño verde. Pesaba mucho y me llegaba hasta las rodillas, pero me abrigaba más que ningún otro. Me lo ponía y paseaba por la calle

agarrada a su mano, y con la otra exploraba; la metía en mi bolsillo y tocaba los objetos que había dentro. Me encontraba de todo. Migas de galletas, pelusas de lana, trozos de choco-latina derretidos, hilos, el papel de un caramelo, y a veces, cuando era un buen día, incluso hallaba alguna moneda. En los bolsillos profundos de mi abrigo había todo aquello que quisieras imaginarte. Cuando llegaba la primavera, mi madre lo lavaba. Lo doblaba a conciencia y lo metía en una caja envuelto con papel de seda y bolas de naftalina, y luego lo colocaba en lo alto del armario. Antes de que guardara mi ropa allí arriba, yo escondía en los bolsillos todo tipo de pequeños objetos. Imperdibles, tizas partidas, dados, gomas de borrar, o algún botón. Cuanto más raros eran, más divertido sería el juego al año siguiente. Las chaquetas y los pantalones se pasaban meses encerrados en lo alto del armario y, cuando llegaba octubre, mi madre los desembolsaba otra vez, me revisaba los puños para ver si todavía me servían o si me habían crecido los brazos, y entonces yo metía las manos en los bolsillos y tocaba lo que había dejado dentro meses atrás, reencontrándome con secretos que solo yo conocía.

Una vez encontré un papel doblado en el bolsillo de un pantalón. Era una nota arrugada escrita con bolígrafo de tinta azul. La nota decía: «nunca dejes de ser tú misma». Tan solo tenía ocho años y recuerdo haber pensado que aquel mensaje era extraño porque no recordaba haberlo guardado allí, así que lo tomé como una advertencia secreta de la Andrea del pasado que me avisaba del peligro de crecer y convertirme en algo que no era yo.

Algo parecido sentí la tarde que recibí la llamada. Estaba pasando el aspirador por el suelo de mi piso. Solía limpiar la casa a fondo todas las mañanas, y cuando tenía prisa o cosas que hacer al menos pasaba el suelo. En Londres, todos los pisos son húmedos y apestan. Odiaba las pelusas que se incrustaban en las hebras así que me ponía de rodillas y las raspaba con un cepillo. Diego me decía que era una maniática, pero a mí me gustaba tener la casa limpia; me hacía sentir que al menos tenía algo a lo que dedicarme en aquella ciudad mundana y gris. Así que cuando sonó el teléfono estaba ocupada. Lo cogí sin pensar, sin mirar siquiera quién me estaba llamando. De primeras no reconocí la voz, pero supe que era un hombre y había algo en él que me resultó familiar, supongo que era porque hablaba español. Me sorprendió su tono seco y aquella cadencia extraña al pronunciar la frase que sentenció todo lo que vino después.

Ve al pub del parque ahora y verás lo que está haciendo tu novio.

Entendí que era una orden y fui, sin recapacitar sobre lo que estaba pasando. No me pregunté quién era aquel tipo y tampoco sentí miedo. Obedecí como si hubiese estado esperando aquella llamada durante mucho tiempo.

He pensado muchas veces en aquella tarde y en esa voz desconocida al otro lado de la línea telefónica. Diego y yo le dimos muchas vueltas después, tantas que nos prometimos no volver a pensar en ello jamás. Pactamos una especie de tregua, aunque ambos éramos conscientes de la fragilidad que tienen las promesas. Nos habíamos hecho muchas y ninguna había servido de nada.

Cuando llegamos a la casa, Diego aparcó el coche en la entrada. Estaba nublado, la borrasca remilgaba tras las nubes. Me costó salir del coche; tenía las piernas apelmazadas y estaba tan cansada que solo pensaba en entrar en la casa, quitarme las botas y beberme un té bien caliente. Entonces vi a Diego detenido al pie de las escaleras, mirando con atención algo que había en el suelo. Llegué hasta él. Diego señaló los alrededores de la casa y dijo que había marcas prensadas

en la nieve. Al principio no entendí qué me estaba queriendo decir. Un viento feroz me atolondraba la cabeza, pero entonces miré hacia el suelo y también vi aquellas marcas de botas. De botas grandes. Seguimos el rastro y comprobamos que venían del bosque, daban la vuelta al cobertizo y luego viraban alrededor de la casa como si alguien hubiese estado inspeccionando la zona.

Era cierto. ¿Lo ves? Alguien ha estado aquí, quizás son las huellas de los hombres de anoche.

Y en vez de asustarme me sentí aliviada, porque estábamos ante la evidencia de que tenía razón, de que no me lo había imaginado todo. Así lo pensé y así se lo grité a la cara.

Los escuché de verdad, Diego, anoche, estas marcas son la prueba de que no estoy loca. Puede que sean marcas de anoche, o que sean de hace un rato, que los hombres hayan vuelto otra vez a buscarnos, dios mío, tenemos que llamar a la Policía.

Serán cazadores o gente del pueblo, no te pongas histérica.

Estuvimos discutiendo un buen rato y luego me senté en el porche. Una presión fuerte en el pecho me quitaba el aire. Diego me propuso entrar y encender el fuego. Tomar algo caliente te sentará bien, dijo, pero yo no tenía ganas de nada, ni siquiera de estar con él. No quería escuchar otra de sus hipótesis absurdas sobre lo que estaba ocurriendo, sobre lo bien que lo estábamos pasando allí arriba o lo felices que éramos. No quería que me manipulase nunca más.

Se lo dije, tal cual.

Le escupí aquellas palabras a la cara como auténticas llamaradas porque estaba furiosa y porque sentía que nuestra historia siempre acababa siendo lo mismo. Diego y yo; él siempre dirigiendo qué tenía que hacer, y yo ansiosa y triste. Odiaba nuestros roles. Le dije a Diego que se fuera, que me dejara en paz. Le grité, le grité bien fuerte, que aquellas pisadas no eran de cazadores, ni de osos, ni de jabalíes, que se enterase de una vez por todas; que aquellas pisadas eran algo aterrador. Pero me acusó de estar imaginándolo todo. Se pasaba la mano por el pelo al hablar y tenía esa sonrisa encogida en la boca. Discutir conmigo lo ponía nervioso y su única defensa era tratarme como si fuera una desquiciada.

Siempre lo mismo.

Al final, Diego entró en la casa y cerró la puerta de un golpe, y yo me encendí otro cigarro, y otro, y me quedé afuera, sentada en el porche, con los pies molidos y la mirada fija en los árboles. Cuando estaba en la ciudad y me sentía angustiada, solía sentarme sola en algún banco del parque y observar a la gente. A los pájaros. Siempre me calmaba fijar mi atención en esas cosas. Allí arriba, sin embargo, no me sentí bien desde el principio. No había nadie, no se veían pájaros y todo coexistía bajo una blancura espectral incómoda.

Me quedé sola un buen rato, inhalando la frialdad del cielo púrpura de la tarde que brillaba como un zafiro. Los árboles desnudos absorbían su propia sombra e iban poniéndose cada vez más negros. Eran como pulmones huecos a punto de colapsarse.

Blanca Costa se quitó el abrigo y lo plegó sobre el respaldo del sillón situado frente al sofá. En sus rodillas, una libreta pequeña y una grabadora de mano para registrar todo lo que estaban hablando. En su estómago, una piedra. No supo si era por la impresión al examinar el cadáver o porque volvían a apretarle los efectos de la resaca. El hecho es que estaba incómoda, había algo en aquella casa que la hacía sentirse una intrusa.

Tras las ventanas la ventisca apretaba con una tenacidad imperiosa, como si quisiera arrancar los cimientos de aquella casa y llevársela a otro lugar. Aquel se había convertido en uno de los peores temporales desde hacía años, y Blanca lamentó no tener cobertura para consultar el parte

meteorológico desde su móvil. Miró a su alrededor, pero allí dentro no había televisores, ni radios, solo aquella chica extraña aguardando en el sofá. Parecía estar más tranquila que al principio, aunque todavía temblaba, y agarraba su taza de té con ambas manos sorbiendo cada poco despacio, como si estuviera muerta de frío. Su aspecto era el de una mujer destrozada, tenía las mejillas enrojecidas del llanto y los ojos hinchados como dos avellanas. Blanca decidió ser benévola con ella, no solo por compasión, sino porque esa era la mejor manera de que le contase lo que había ocurrido. Estaba dispuesta a ganarse su confianza.

¿Puedo grabarte?

¿Acaso necesita mi permiso, inspectora?

Es un formalismo.

Blanca apretó el botón de la grabadora y le pidió que dijera su nombre y su edad en voz alta.

Andrea de Vega Rodríguez. Veintisiete años.

Gracias, Andrea. Bien, ahora me gustaría que empezásemos hablando de la relación que mantenías con Diego.

Soy su novia.

Lo sé, pero necesitamos profundizar más… ¿Cuánto tiempo hace que Diego y tú estáis juntos?

Lo conocí hace dos años. Un verano. En la playa. Él me miraba de una manera como nunca me había mirado nadie.

En la voz de Andrea se vislumbró un atisbo de dulzura al hablar de él y Blanca supo que estaba enamorada.

¿A qué se dedicaba Diego?

Cuando lo conocí era comercial en una empresa de software, pero luego ascendió y se fue a la sede de Londres. Estaba contento allí, pero iba a volver a España en enero. Eso me había prometido.

¿Y eso, si estaba a gusto allí, por qué quería volver?

Porque quería estar conmigo.

En la mesa del comedor había varios dispositivos informáticos y cables. Blanca se levantó para examinarlos. Le pidió permiso para requisar el portátil de Diego y su móvil, le dijo que sería útil analizarlos para la investigación y Andrea accedió.

¿Y a qué te dedicas?

Soy traductora, pero ahora estoy en paro.

Traductora de…

Inglés, español y alemán. Traduzco novelas, piezas publicitarias, de todo. Pero ahora es muy complicado trabajar. Acabo de volver de Londres y he perdido a todos los contactos que tenía antes de irme.

¿Estabas en Londres viviendo con Diego?

Sí, más o menos. Me fui allí con él, pero el frío de aquella ciudad me trastocó y tuve que volver a Barcelona.

Y Diego se quedó allí.

Se quedó, sí, pero ya le he dicho que me había prometido volver. En enero. Me dijo que volvería para estar conmigo. No entiendo qué tiene que ver en esto mi relación con Diego. Los hombres que lo han matado siguen ahí fuera. Hagan algo, por favor, podrían bloquear las

carreteras o, no sé, poner controles de seguridad.

No hará falta, tranquila. Si como dices esos hombres están allí fuera no irán muy lejos; todas las carreteras están cortadas por la nieve y estamos completamente aisladas, dijo Blanca mientras se acomodaba de nuevo en la butaca. Así que no te preocupes, tenemos tiempo para hablar.

Andrea encogió las piernas bajo la manta y se hizo un ovillo. Daba la sensación de que estaba incómoda. Blanca intuyó que su época en Londres había sido un punto de inflexión en su relación y quiso incidir más en ello.

Así que Diego y tú vivís separados actualmente; él está en Londres y tú en Barcelona, ¿cierto?

Separados, juntos. Lo importante es que por fin teníamos planes.

¿Y cómo os dio por subir aquí arriba, tan lejos de la ciudad? Aquí no suele venir nadie, esta casa lleva años cerrada.

Subimos para pasar un fin de semana romántico, pero como puede comprobar no lo ha sido. La verdad es que aquí no nos sentimos bien desde el primer momento. Esta es una casa singular, tiene algo que te absorbe.

Andrea se quedó en silencio unos instantes mientras miraba a su alrededor y Blanca asintió. Era verdad, aquella casa lóbrega no era el mejor lugar para hacer una escapada romántica y sintió que en aquella historia había algo más. Algo que no alcanzaba a entender todavía.

Andrea le explicó que la casa la había escogido Diego, que la había alquilado en una de esas páginas de internet de turismo rural y que era la primera vez que visitaban la zona, que no sabían por qué habían ido a parar allí, que solo querían estar solos y tranquilos, pero que el bosque, el frío, y los aullidos en plena noche le daban un miedo atroz. Y también aquellos hombres furiosos, insistió. Mientras hablaba fue encogiendo los hombros hacia dentro como si quisiera esconderse.

Esta casa, este bosque, todo el entorno me transmite una sensación horrible. ¿Tú no lo notas?

Blanca miró alzó la vista hacia las vigas de madera que sostenían el tejado de la casa y le dio la impresión de que cada vez estaban más bajas, que iban descendiendo poco a poco sobre sus cabezas y que aquel salón se estaba convirtiendo en un lugar asfixiante.

Para Blanca, Valtordá era el lugar de su infancia, allí donde creció hasta convertirse en una joven lo bastante sensata como para huir lejos de aquel monte endemoniado.

Sus padres se disgustaron el día que les dijo que se iba a vivir a Barcelona. No lo entendieron. Blanca acababa de graduarse y quería estudiar las oposiciones para entrar a los Mossos. Puedes estudiar aquí, le propuso su padre, que no hay distracciones y estás lejos del bullicio, seguro que te irá mejor, pero a Blanca le espantaba la idea de seguir en aquel pueblo remoto donde se conocían demasiado los unos a los otros y siempre hacía frío.

Prefiero alquilarme un piso allí, papá, es mejor, hay bares, teatros, haré nuevos amigos y todo será más fácil.

Pero no nos tienes a nosotros, añadió su madre, y Blanca no supo qué contestar.

Se quedó observando su espalda mientras ella preparaba el guiso especial de los domingos. El siseo de la olla a presión ondulaba en el aire y Blanca no alcanzó a ver el rostro de su madre al hablar, ni supo si se le habían aguado los ojos al decir aquello.

Vendré con frecuencia a veros, les prometió. Sin embargo, los años pasaron muy rápido.

En la ciudad, Blanca maduró muy rápido. Consiguió la plaza en el cuerpo e ingresó en la academia donde encajó a la perfección, y poco a poco se fue olvidando de Valtordá. Llamaba a sus padres el fin de semana para saber cómo estaban, conversaciones escuetas que acababan con la pregunta de siempre, ¿cuándo vas a subir a vernos?, y Blanca les prometía que pronto, pero al mismo tiempo le irritaba ir allí; estaba muy ocupada, a veces tenía que trabajar los fines de semana y en aquel momento lo que más le apetecía en el mundo era quedarse, y si tenía una tarde libre pues se iría al cine, o al gimnasio, o quedaría con alguien, pero no quería subir a Valtordá. ¿A qué?, a pasar frío, a aburrirme, pensaba. En cuanto pueda me escapo no os preocupéis, les prometía a sus padres de todas maneras, y si necesitáis que os suba algo de la ciudad, decidme.

Solo que vengas tú, le contestaba su madre y en su voz se entreveía las inmensas ganas que tenía de tenerla cerca.

Los años pasaron veloces y Blanca se obcecó en convertirse en inspectora, y cuando lo consiguió aún tenía menos tiempo para subir al pueblo a ver a sus padres. Valtordá se convirtió en un espacio al margen, un lugar arrinconado de su realidad. Se fue haciendo mayor y su familia también, hasta que un fin de semana normal y corriente, uno de esos días de otoño, cuando la gente del pueblo salía con sus cestos de mimbre a recoger setas en el bosque para luego guisarlas, Blanca fue a visitarles.

Aquel día sus padres la recibieron con una mirada distinta. Como llevaba meses sin verlos, Blanca pensó que estaban enfadados y se sintió culpable. Su padre ponía la mesa del comedor, frotaba con ahínco las copas con un paño antes de colocarlas sobre el mantel. Su madre estaba preparando la cena.

Una sopa caliente para una noche fría, qué bien me va a sentar, exclamó Blanca al llegar, con ánimo de entablar conversación con ella.

Pero su madre no contestó, estaba ausente, nerviosa, tan callada como su padre, y Blanca sospechó que algo no iba bien.

Tenemos que contarte una cosa, hija, confesó su padre al fin.

¿Qué ocurre? ¿Estáis enfadados conmigo? Sé que hace tiempo que no vengo a veros, pero es que he estado ocupadísima y…

No es eso, le cortó su madre tajante. Me estoy muriendo.

La madre de Blanca falleció al cabo de dos años, tras una larga enfermedad que la consumió sin piedad. Sus mejillas se derritieron como la cera de una vela y las últimas veces que Blanca fue a verla apenas la reconoció. Su madre, la persona que más amor le había dado en la vida, ya no era su madre, sino un cuerpo derrotado sobre una cama. Blanca no pudo soportarlo y huyó de allí, de aquella habitación sepultada por la pena. Se fue de nuevo a la ciudad como si aquello no tuviera que ver con ella. En cambio, su padre dejó de trabajar para atender los cuidados de su esposa. Se jubiló antes de tiempo, abandonó la profesión que tanto amaba para atenderla, porque aunque adoraba su trabajo, a su mujer la quería mucho más. La llevaba al médico cada semana y la animaba a probar diferentes tratamientos. Sin embargo, con ninguno consiguió curarla. Blanca solía llamar para ver cómo evolucionaba su madre y para saber cómo lo estaba llevando él, y aunque Tomás se hacía el fuerte, sabía que lo estaba pasando mal.

Aun así, Blanca solo llamaba por teléfono.

Al principio lo hacía cada día, luego de vez en cuando. Llamaba los domingos por la tarde cuando se sentía sola y se arrepentía de no haber subido el fin de semana a verlos. Llamaba después de haber dormido todo el día, con la resaca latiendo en las sienes. Se despertaba

aturdida, rescataba el teléfono inalámbrico de entre los cojines del sofá y marcaba el número de casa, de su verdadera casa, aquella en la que no estaba nunca. Papá, cómo sigue, le preguntaba, y él contestaba que bien, qué iba haciendo, y a veces le costaba hablar y a Blanca también, se le ponía un nudo en la garganta al escuchar la voz de su padre al otro lado de la línea. Hasta que llegó el día en que su padre no descolgó el teléfono y entonces Blanca supo que debía subir a Valtordá inmediatamente.

Andrea no dejó de beber té desde que comenzó el interrogatorio, como si fuese lo único que la mantenía despierta. A pesar de estar en mitad de una declaración seguía tumbada en el sofá, con las piernas estiradas sobre dos cojines como si aquella fuera su verdadera casa.

Andrea, ahora que estás más calmada, me gustaría que me contaras en detalle qué hicisteis Diego y tú durante el fin de semana. ¿Subisteis al pueblo a pasear o a tomar algo?

No. Solo fuimos a la montaña. Diego quería hacer una excursión y me llevó hasta los picos. Caminamos mucho. Había nieve por todas partes y hacía frío, mucho frío.

¿Quedasteis con alguien más? ¿Os cruzasteis con algún vecino de la zona o con algún excursionista, tal vez?

No. Estuvimos los dos solos todo el tiempo.

Y el hombre que está ahí fuera, el de la camioneta azul. ¿Lo conoces?

¿Qué hombre?

El hombre que ha llamado a emergencias. Un señor corpulento que estaba contigo cuando llegó mi compañero. Dice que es vecino de la zona.

No sé. No recuerdo a ningún vecino.

Según él te atendió. Te recogió en las escaleras mientras gritabas, te sentó en este sofá y pidió ayuda.

No recuerdo nada de eso. Solo sé que grité al ver a Diego, y que luego entré aquí, al salón, y busqué mi móvil, pero no lo encontré. Y entonces salí y comencé a correr por el camino, y las piedras me hacían tropezar una y otra vez, pero todo está borroso, ¿sabes? Como si hubiese pasado mucho tiempo.

Y solo han pasado un par de horas, añadió Blanca y entonces Andrea la miró a los ojos fijamente. Blanca mantuvo el silencio. Andrea tenía algo hipnótico y confuso, su presencia hacía que se sintiera aturdida. Se esforzó en sotenerle la mirada, pero no pudo, y para disimular tomó alguna nota inconexa en su cuaderno.

¿Puedo fumar, inspectora?

Claro.

Necesito hacerlo, para calmarme. Es un mal vicio.

Estás nerviosa.

¿Cómo estaría usted después de que alguien hubiese asesinado a su pareja?

Por el tono de su voz, Blanca percibió que Andrea le estaba reprochando algo, pero no entendió el qué, pues no había ahondado en ninguna cuestión delicada todavía. Solo había mencionado al vecino que la auxilió. Nada más.

Andrea se incorporó en el sofá y apoyó sus antebrazos sobre las rodillas para liarse un cigarrillo. Pellizcó unos gramos de tabaco y lo colocó con cuidado sobre el papel de fumar y, a pesar de los temblores, se lio varios cigarrillos con soltura, y luego se encendió el último.

Entonces Blanca vio algo que no había visto hasta el momento; entre las mangas de su sudadera manchada de sangre se entreveían unas marcas alargadas que abultaban por encima de la piel. Eran cicatrices profundas y, aunque no parecían recientes, las tomó como una señal de que aquella chica lo había pasado mal. Blanca apartó la mirada con pudor y tomó unos apuntes más.

El mechero crispó cuando Andrea se encendió el cigarro. Dio una calada profunda que endureció su mandíbula y, tras aguantar el aliento un segundo, entreabrió los labios lentamente y exhaló surcos de humo en el aire. A Blanca le extrañó su actitud; a veces mostraba una gran clarividencia al hablar y otras era una chica nerviosa, desamparada. Comenzaron a pesarle los párpados, estaba cansada pero algo la empujó a continuar con el interrogatorio. Quería descifrar qué era lo que ocultaba aquella chica y estaba dispuesta a utilizar todos sus recursos para averiguarlo.

¿Y que habéis hecho aparte de estar los dos solos aquí, en medio de la nada?

Diego quería caminar y caminamos. Solo eso.

Al día siguiente me levanté tarde. Cuando me desperté estaba estirada bocarriba en medio del colchón, con los brazos desplegados en cruz como un par de alas negras. Y sola. La claridad del día se colaba por los agujeros de las persianas, entraba en la habitación escupiendo cucarachas grisáceas por el techo y por las paredes. Unas se quedaban quietas e intentaban camuflarse entre los nudos de la madera, y otras se movían de un lado a otro, arrastrando sus minúsculas patas por la madera oscura, metiéndose por el hueco de las lamas para luego desaparecer. El reverso de las paredes de aquella casa estaba podrido de bichos, así como el reverso de todas las cosas bellas que existen. Debajo de una piedra, encuentras lodo. Tras una sonrisa, amargor. Y detrás de una mentira, solo hallas oscuridad.

Me puse mi jersey de lana y las botas, y salí de la habitación a ver qué hacía Diego. Lo encontré en el comedor trabajando frente a su portátil. En la cabaña no había wifi ni medios para conectarse a internet, pero él había traído un *router* inalámbrico y un montón de cables, los había desplegado por todo el salón y al verlos entendí que el exceso equipaje que había traído consigo cobraba sentido. Pese a que me había prometido que aquel fin de semana no trabajaría, lo hizo y estuvo toda la mañana esquivándome. Pensé que ya era tarde para reprocharle las falsas promesas y no le dije nada, ni siquiera le di los buenos días.

Preparé un café caliente y salí a fumar al porche.

Afuera las nubes estaban comprimidas en el cielo como terrones de azúcar. Miré hacia la montaña y vi que el fulgor de la nieve había desaparecido, se había transformado en una especie de sombra que caía por las laderas como una cascada de barro arrasando todo a su paso. La tierra se mezclaba con la nieve hasta deshacerla, se convertía en nieve negra. Hacía frío en el porche, un viento áspero me sacudía a ráfagas, pero necesitaba fumar y coger aire. Aquella casa era como una gruta submarina, necesitaba salir de ella de vez en cuando en busca de oxígeno para mantenerme viva. Me senté en una de las sillas y observé los abetos que había alrededor de nosotros. Las ramas más altas, las que silueteaban la copa de los árboles, cepillaban el viento con brío, sus púas eran duras y producían un suave sonido al acariciar la cellisca. Era como la suave melodía de un arpa, que deshacía la escarcha y aupaba a la niebla en su ascenso hacia el cielo. En cambio, las otras ramas, las más bajas, estaban quebradas por el peso de la nieve y se habían quedado colgando a unos metros del suelo. Las embestidas del viento las balanceaban hacia los lados y me imaginé que eran hombres ahorcados, es lo que parecían, fardos humanos que arfaban de un lado a otro sin tocar el suelo. Espectros colgados y muertos en mitad del bosque.

Dieron las dos de la tarde, pero no se me despertó el apetito. Me había pasado la noche en vela y tenía el estómago cerrado. El insomnio se había convertido en un enemigo tenaz que amenazaba con acabar conmigo. Lo arrastraba a todas partes, de día y de noche, como si tuviera una bola presidiaría encadenada a los tobillos que me ralentizaba el paso y me enturbiaba la mente. Yo lo sabía, que estaba cada vez peor, pero aun así no podía dejar de tomar té y de fumar, y era como si mi mente fuera incapaz de estar en paz un solo momento. Estaba obsesionada; debía decidir qué era lo que quería, qué iba a hacer con Diego y con mi vida.

Volvamos a aquella tarde. La famosa tarde que acabó dinamitándolo todo. No quería retornar a ella, pero no me queda más remedio. Un diario es para eso, para desahogarte de lo que hace daño. Y debo escribirlo, no puedo guardármelo dentro, porque entonces me pincha como si estuviese empuñando una zarza, y no es justo sufrir así, no fui yo quien tuvo la culpa, así que no arrastraré este dolor conmigo y no me arrepentiré jamás.

Aquel día fui solo una chica que obedeció una orden, los grandes fracasos de la vida comienzan así, acatando las voluntades ajenas. Recorrí las calles mojadas de Londres lo más rápido que pude hasta llegar al pub que estaba junto al parque, donde Diego solía pasarse las tardes del sábado jugando al billar con sus amigos. Tardé unos veinte minutos en llegar y durante todo ese tiempo fui incapaz de descifrar de quién era la voz que me había llamado. Una parte de mí deseó que se tratara de una broma, que se hubiesen equivocado de número o que fuese algún amigo de Diego que llamaba para que fuera a recogerle. Creí que él estaría como una cuba y ni podía tomar un taxi hasta casa. Esperaba eso, que estuviera borracho o drogado. Ya me había acostumbrado a cuidarle cuando estaba así, cuando no era el Diego del principio sino un saco de huesos que babeaba mientras dormía. Sin embargo, me encontré con algo peor.

Llegué hasta la puerta y entré. Era uno de esos pub irlandeses donde sirven cervezas bien calientes. Había gente, aunque no estaba lleno del todo, jugaban a los billares y bebían sentados a la barra o en las butacas de cuero que había por todos lados. El camarero me saludó cuando me vio entrar y yo le sonreí, pero no me paré a pedirle nada porque primero quería recorrer el local para ver si veía a Diego. Había ido hasta allí a buscarlo.

Anduve por un pasillo hasta la parte de atrás. En la máquina tocadiscos sonaba Joy Division. *She lost control*. Recuerdo ese detalle y ahora entiendo cómo aquella canción fue una especie de premonición.

And how I'll never know Just why or understand, she said I've lost control again, And she screamed out, kicking on her side and said.

Enseguida encontré a Diego. Estaba en el fondo del local, en uno de esos reservados que tenían para grupos. Estaba con una chica. La reconocí al instante.

I've lost control again.

Rebeca. Se besaban con tanta violencia, abrían la mandíbula con desesperación como dos pirañas enrabiadas y se agarraban por la nuca. Ella le rodeaba los hombros con sus brazos pecosos y me pareció oír un gemido, su goce era tan grande que se propulsaba por encima de la música.

Me acerqué a ellos lentamente y por un momento no supe quién era yo, si era la novia de Diego, la amiga de Rebeca, o la camarera de aquel bar.

I've lost control again.

Y me quedé plantada frente a ellos, viendo cómo se devoraban sin percatarse de que estaba

allí. Sentí que se me secaban los ojos y luego…

I've lost control again.

Apenas recuerdo qué vino después, solo sé que chillé, que pegué un grito rabioso en medio de aquel bar y que todo el mundo dejó lo que estaba haciendo para mirarme, lo hacían como si nunca hubiesen visto gritar a nadie. No sé si ellos me vieron, ni tampoco si pararon de frotarse el uno contra el otro en aquel sofá, solo recuerdo que me di la vuelta y salí corriendo de allí.

I've lost control again.

La música dejó de sonar de repente y me quedé ciega, como si hubiese observado el resplandor de la nieve durante mucho rato y no veía por dónde iba, solo corría sin saber por qué, y corrí hasta que me cansé y entonces comencé a andar rápido, el aliento se me entrecortaba en la boca, y luego llegué al puente grande y, al cruzarlo, noté que se había hecho de noche y que las luces circulares del London Eye se habían parado y se clavaban en mis pupilas y comenzaban a dar vueltas dentro de mi cabeza, los ojos me escocían tanto que me hacían llorar más aún, y me sentí como un náufrago a pies de aquella ciudad enorme.

Cuando recobré el sentido, estaba sentada en un banco del paseo junto al Támesis, al lado de un puesto de perritos calientes. Quise tirarme al río, pero había tanta gente a mi alrededor que pensé que si me tiraba alguien se lanzaría a por mí. Que acabarían salvándome. Y en ese momento no quería que nadie lo hiciese. Entonces escuché el cielo tronar. Me levanté de allí y me puse a caminar.

Una lluvia fina me acarició las mejillas de vuelta a casa.

Me pasé la tarde del sábado dormitando, acurrucada en el sofá. A ratos leía y a ratos soñaba cosas raras. A veces dejaba vagar la vista por la ventana. La nieve caía con lentitud afuera, sus copos eran ligeros y parecían migas de pan, un torbellino de pequeñas virutas que se revolvían en el aire como si evitasen posarse en el suelo para no desaparecer.

Diego se pasó el día trabajando y no me dirigió la palabra en todo el día. Me ignoraba como si aún siguiera enfadado, pero yo sabía que no lo estaba, que no tenía motivos, tan solo fingía estar ofendido conmigo porque así tenía la excusa perfecta para alejarse de mí.

Hubo un tiempo en el que mi adicción a él era tan terrible que me provocaba un hormigueo continuo en la tripa. Las primeras semanas que pasamos juntos fueron maravillosas. Era mediados de agosto y todo el mundo estaba de vacaciones. Nos habíamos quedado solos, en una ciudad huérfana de alma y plagada de turistas, donde el calor ablandaba las calles y blandía las fachadas hasta bien entrada la noche. Nos pasábamos el día juntos y éramos felices, nos atraíamos tanto el uno al otro que con eso nos bastaba.

Nos citábamos por la tarde temprano, a eso de las cinco, y recorríamos el centro de la ciudad de bar en bar, de tapeo y bebiendo, riéndonos como locos. Una tarde, en uno de aquellos garitos oscuros, de sillones de ante y lámparas anaranjadas, nos besamos con tanta furia que el camarero nos echó, por lujuriosos o por envidia quizás, porque no soportaba presenciar cómo dos jóvenes se deseaban con tanta ansia dentro de su local. O porque estábamos colocados. No lo sé. No teníamos conciencia de lo que hacíamos, solo recuerdo que salimos de aquel tugurio botando de las carcajadas, cogidos de la mano como dos adolescentes, y que luego descendimos por las húmedas callejuelas del casco antiguo y que, pese a que Diego se detenía en cada bocacalle para abalanzarse sobre mi cuello, al final conseguimos llegar hasta la playa. Anocheció y la calima emborronaba la línea del horizonte. Hacía tanto calor que recorrimos el paseo deprisa, ansiosos

por encontrar uno de esos supermercados de veinticuatro horas donde comprar una botella de vino fría. Diego se descalzó, me cogió de la mano y me arrastró hacia la orilla. Vamos a un rincón lo más alejado posible de la luz de las farolas, me dijo bromeando, para que no nos vea nadie, para estar solos frente al mar.

En aquella época pensaba que Diego era lo mejor que me había pasado. Supongo que a veces suele ocurrir, que conoces a alguien del que te encandilas y cuando crees que todo va bien, el tiempo siempre acaba traicionándote. En vez de detenerse en ese instante perfecto y retenerlo, el paso del tiempo hace que todo cambie. Así que fue inevitable, pasaron los meses y todo fue a peor. Quise preguntar a Diego qué estaba pasando, pero cuando quedaba con él no me atrevía a hacerlo. Tenía miedo a preguntarle, miedo a saber su respuesta, a discutir con él. A que no quisiera verme nunca más.

Le conté todo esto a la agente Costa, en la casa. No sé si ella me entendía de verdad, pero al menos parecía escucharme. Yo era consciente de estar en mitad de un interrogatorio policial, pero ella actuaba como si no lo fuera. Me miraba de una manera tan honesta, como si me conociera desde siempre. Éramos como dos amigas tomando un té. Ella me intrigaba, la robustez de su cuerpo y la cuadratura de su mandíbula apretada daban la impresión de ser una mujer ajena a sentimentalismos. Fría. Inquebrantable. Aunque los cercos oscuros que asomaban bajo sus ojos la delataban: ella también estaba cansada, tanto o más que yo y, pese a su dura fachada, albergaba un sufrimiento verdadero dentro de sí, de esos de los que no te puedes desprender con facilidad.

Blanca Costa volvió a Valtordá en pleno mes de marzo. Apareció en la estación de tren más cercana cargada con dos maletas grandes repletas de ropa y una mochila a los hombros. Estaba dispuesta a quedarse.

Su vida en la ciudad había perdido el sentido. Estaba sola y bebía cada vez más. Después de varias sesiones, la psicóloga del cuerpo le diagnosticó ansiedad, le dijo que el caso de Linda Ceballos le había desatado una crisis, pero que era normal, que muchos investigadores pasaban por etapas similares, que algunos daban con un caso que les sorprendía con la guardia baja y que les hacía replantearse todo.

¿Qué quieres decir con todo?, le había preguntado Blanca.

Toda tu vida. Si eres feliz, si tu trabajo te gusta o si te supera.

Hace poco murió mi madre, es normal que esté triste, contestó.

Blanca había pensado mucho en lo que le había ocurrido aquellos meses. Su psicóloga estaba en lo cierto y lo sucedido con Linda le había obligado a replantearse si era o no una buena inspectora, pero lo que Blanca no le había confesado es que ella misma ya se había respondido aquella pregunta hacía tiempo. Y no, no lo era. Había fracasado, y no solo con Linda. La había abandonado a ella, pero también a su madre. Era una inspectora mediocre, una hija mediocre, y nada podía hacer ya para solventar eso porque las dos estaban muertas.

Y ante la muerte no se puede hacer nada.

Blanca pensaba en todo eso mientras arrastraba sus maletas hacia el taxi. Su padre le había dicho que bajaría a buscarla en coche a la estación, pero no estaba allí. Se había olvidado de su llegada y ella lo entendió; el pobre hombre estaba sufriendo mucho tras la muerte de su madre y Blanca temió que su llegada le incomodase. A nadie le gusta tener que acoger a una hija amargada que está de vuelta de todo, pensó. Sin embargo, necesitaba consuelo y su única opción

era ir a Valtordá, llegar a casa y que su padre la escuchara, que le dijera que no pasaba nada, que la vida sigue, que estas cosas ocurren. No puedes cargarte con la culpa, Blanca, le diría, has hecho un buen trabajo, has hecho todo lo que estaba en tu mano para proteger a los demás y ahora tienes que cuidar de ti misma. Y luego la abrazaría, la besaría en la frente e irían a dar una vuelta por la montaña para calmar la cabeza, como solía decir él, y caminarían mucho, subirían hasta los picos más altos del monte, a aquel lugar que está por encima de todo y dónde nada importa.

Blanca se subió a la parte de atrás del taxi y apoyó su cabeza en la ventanilla. Durante los quince minutos que duró el trayecto intentó echar una cabezada porque la resaca la estaba matando.

Comenzó a padecer insomnio desde la muerte de Linda. Le ocurría todas las noches y aunque intentara aliviarlo con pastillas para dormir o ejercicios de relajación, nada funcionaba. Así que comenzó con los ansiolíticos. Los más fuertes la hacían dormir unas tres o cuatros horas seguidas, pero luego se despertaba de madrugada, con el corazón desbocado y unas ganas inmensas de llorar. Y entonces ya no podía volver a dormirse. La única manera de aguantar dormida toda la noche era bebiendo, así que Blanca comenzó a hacerlo todos los días. Al principio solo era una manera de evadirse, pero pronto acabó convirtiéndose en una costumbre peligrosa que la arrastraba aún más a la desesperación, así que las mañanas de resaca se convirtieron en algo peor que el insomnio. Amanecía con migraña y un áspero ardor en el pecho, y pese al café o las duchas fría, al llegar a comisaría se encontraba incluso peor. Hasta que un día su superior insistió en que debía tomarse un tiempo. Blanca no quería, ya había estado de baja varias semanas y eso la deprimía más. Entonces al comisario se le ocurrió algo mejor. Aquella mañana la recibió con una sonrisa en su despacho y le pidió que cerrase la puerta al entrar. Blanca se temió lo peor, pero no supo qué hacer, así que simplemente se sentó frente a él dispuesta a escucharle.

Tengo la solución a lo que te ocurre, Blanca. ¿Por qué no te vas una temporada al pueblo a vivir con tu padre? Él se ha quedado solo allí arriba y le vendrá bien tener a alguien. Y a ti también. Además, Valtordá necesita una buena inspectora, desde que tu padre se jubiló ha estado bajo la jurisprudencia de localidades vecinas pero, no está dando resultado. Podrías irte allí una temporada, reabrir el cuartelillo del pueblo y formar a algún agente para que te ayude. Y así estás con tu padre.

A mí me gusta la ciudad, mi vida está aquí. Nunca me he planteado volver.

Pero él insistió, le dijo que era una oportunidad para cambiar de vida, para sanar.

El aire de las montañas te sentará bien y, de aquí a un tiempo, puedes volver, le prometió.

Pero Blanca tenía dudas, y miedo también. En Valtordá nunca sucedía nada y dudó que su carrera pudiera evolucionar si se mudaba a un pueblo como aquel. También pensó en su padre, y no supo si él iba a querer que volviera, ni si la iba a recibir con agrado.

No sé si es buena idea…

Sin embargo, su superior se levantó de la silla y concluyó la discusión con un no es una idea, Blanca, es una orden.

Aquella noche bebió demasiado. Y la siguiente, también. Pero el alcohol no fue capaz de trasladarla a ninguna otra parte como quería y por las mañanas volvió a despertarse de nuevo allí, en un piso vacío que tenía que abandonar. Hasta que reunió fuerza y se puso a hacer las maletas.

Echó varios jerséis de lana porque en Valtordá hacía frío casi siempre, incluso en verano, y en medio de la ropa escondió una botella de vodka. También eso era necesario para huir del frío y de sí misma. Aunque sabía que no podía beber delante de su padre, que eso supondría un problema y que complicaría las cosas.

Su padre. Blanca no sabía si sería capaz de rescatar de entre las cenizas la relación que tenían. Habían hablado muy poco en las últimas semanas. Desde la muerte de su madre, él se había encerrado en sí mismo, apenas salía de casa y había perdido peso, pero Blanca pensaba que era normal, que su padre era un hombre en duelo y estaba agotado tras todos aquellos años de dolor contenido.

Un fin de semana, hacía ya un par de meses, había subido a verlo por sorpresa. Su padre no le cogía el teléfono y, aunque comenzaba a ser habitual en él, Blanca quería comprobar si estaba bien. Al llegar a la puerta de su casa lo vio enseguida. Estaba en el huerto, arrancando las malas hierbas con su vieja azada. También había podado el rosal de su madre, las flores blancas yacían amontonadas sobre la hierba como si fuera a desecharlas. La reja exterior de la casa rechinó cuando Blanca la abrió para entrar, al oír el ruido su padre alzó la cabeza y se quedó mirándola.

Sorpresa, dijo Blanca acercándose a él.

¿Qué estás haciendo aquí?

No parecía sorprendido, su cara estaba enrojecida de estar agachado dallando la tierra y tenía una mirada que Blanca no había visto nunca.

He subido a verte para ver cómo estás.

Pues ya puedes darte la vuelta y volver por donde has venido, le contestó en un tono áspero, y entonces Blanca supo que allí las cosas no iban bien. Aquel hombre ya no parecía su padre.

¿Qué te pasa, papá? Solo quería darte una sorpresa y verte un rato.

Un rato. Poco has venido a cuidar de tu madre todos estos meses, y ahora vienes un rato…

Blanca no supo qué contestar. Puede que su padre tuviera razón, pero aquel reproche cruel no era propio de él. Se quedó allí parada sin mediar palabra y él volvió a su tarea, cogió la azada y continuó trabajando la tierra. Esta vez lo hacía con más fuerza, daba golpes contra el suelo como si quisiera que el mundo desapareciese bajo sus pies.

Tras unos instantes, Blanca dio media vuelta y se fue. Hizo lo que solía hacer siempre, huir. No fue capaz de lidiar con la situación, ni dialogar con él.

Desde ese día ya habían pasado un par de meses y Blanca pensó que ahora su padre estaría más tranquilo. Había llamado a algunos vecinos para que fueran a verle de vez en cuando, para que hablasen con él y lo animaran, y todos le habían dicho que estaba mejor, así que ella se quedó tranquila. Su padre era un hombre fuerte, un investigador de pura cepa, y estaba segura de que acabaría superándolo. Fue su padre quien le enseñó a disparar, fue justo el día en que ella le anunció que ingresaría en la academia de policía. Tomás recibió la noticia con ilusión.

Tenemos que ir a la montaña.

¿Para qué?, preguntó Blanca.

Quiero enseñarte a disparar antes de que te enseñen otros.

Y juntos fueron al bosque y su padre le explicó cómo funcionaba la escopeta de caza. No era una pistola de reglamento, pero le aseguró que aquello le serviría para practicar, y Blanca se pasó la tarde intentando acertar a una lata oxidada que él había colocado sobre un montón de piedras. Los perdigones desaparecían entre la maleza sin ni siquiera rozarla, pero ella no desistió. Blanca

siguió disparando hasta que le dio de lleno, le acertó tan fuerte que la lata saltó por el aire y los dos lo celebraron. Y luego volvieron a casa, felices y con ganas de explicárselo a todo el mundo. No lo de la lata, sino lo de la academia.

Pues ya era un hecho que Blanca iba a ser como su padre.

Antes de salir de su piso, Blanca lo había llamado y al no contestar le dejó un mensaje de voz en el contestador. Papá, soy yo. Voy a subir a verte hoy. Me quedaré un tiempo contigo. Y colgó rápido, sin despedirse, como si un calambre le hubiera trepado por el brazo.

El taxi la dejó en la puerta de su casa. Blanca sacó su equipaje del maletero y pagó al taxista mientras el calor le abofeteaba la cara. En aquel pueblo los rayos del sol siempre pegaban con fuerza.

Al entrar, se sorprendió de lo silenciosa que estaba la casa. Dejó las maletas en el recibidor y entró despacio. Papa, llamó, ya he llegado. Todo parecía estar en orden, ese olor a caramelo de siempre, la pared del pasillo atestada de sus fotos de niña. Al pasar se quedó mirando la instantánea que más le gustaba, la que se hizo con su padre una tarde que fueron a pescar. Ella tenía unos siete años y le faltaban casi todos los dientes, pero aun así sonreía a la cámara mientras agarraba una trucha enorme que había sacado del río. Al ver aquella foto, Blanca supo que iba a estar bien allí.

Cuando llegó al salón encontró a su padre estirado en el sofá. Estaba echado hacia un lado, acurrucado bajo una manta gruesa de la que le asomaban los pies. Unos pies descalzos y pálidos como la nieve virgen que alfombraba los peñascos. Se acercó a él y le tocó el hombro para despertarle. Papá, le susurró. Papá. Papá. No recuerda cuántas veces le llamó, ni tampoco cómo lo zarandeó para que se despertara, porque a partir de ahí todo ocurrió rápido y fue confuso. Solo recuerda llamar a una ambulancia y ver cómo el salón de su casa se convertía en una sala de reanimación. Recuerda que los sanitarios se implicaron al máximo, que hicieron todo lo posible, que estuvieron horas intentando salvarle la vida a su padre, pese al frasco de pastillas que hallaron bajo el sofá.

El cielo se tornaba cada vez más oscuro y la niebla crecía alrededor de la casa. A Blanca le dio la sensación de que el tiempo cada vez pasaba más despacio allí dentro. Se asomó a la ventana y vio a Pol, estaba solo, junto al coche, esperando a que llegaran los forenses para levantar el cadáver tras la confirmación de que las quitanieves habían abierto una vía hacia el pueblo. Blanca miró el reloj. Eran casi las doce del mediodía y la Científica debía de estar al caer.

Volvamos a esos ruidos, Andrea. ¿Cómo eran exactamente?

Ya le he dicho. Eran ruidos de pisotones fuertes, de corredizas.

¿Podría tratarse de algún animal?

No, le puedo asegurar que se trataba de hombres, hombres furiosos.

¿Cómo estás tan segura?

Simplemente, lo sé, ¿vale? Se lo dije a Diego, pero él no me creyó. Intenté avisarle desde el jueves, desde que llegamos aquí. Le advertí que había algo raro en esta casa, sobre todo por las noches.

La ventisca se cernió sobre la casa con violencia y las paredes crujieron, las contraventanas

chocaron contra la fachada produciendo golpes secos y rotundos. Era como si la casa tuviera algo que decir. Un silbido agudo se coló por debajo de la puerta y Blanca sintió que allí cada vez hacía más frío.

¿Podrían haber sido golpes como estos, producidos por el viento, en vez de pisotones como dices?

Eran pisadas, pisadas de hombres, repitió Andrea con firmeza.

Llegaste a verlos.

No. No pude ver nada, solo los oí. Me asomé a las ventanas, pero no conseguí saber quiénes eran. Aquí arriba las noches son muy oscuras, tan oscuras que lo engullen todo. Pero el viernes, al volver de la caminata, las vimos; Diego y yo encontramos huellas en la nieve. Me asusté mucho, pero a la vez me alegré porque supe que tenía razón, que había alguien más en este bosque aparte de nosotros y que no estaba loca como decía Diego.

¿Te acusaba de estar loca?

Sí, me acusaba de estar inventándomelo todo.

¿Con qué propósito querrías hacer algo así?

No lo sé. Andrea bajó la mirada y un mechón de cabello le cayó sobre la cara. Diego nunca me creía, ¿sabes?

Quieres decir que no estabais bien, que pasabais por una crisis.

No. No es eso. Quiero decir que siempre fue así conmigo. Solía comportarse como un engreído, pero que aun así yo le quería. Vine aquí por él, porque me aseguró que unos días rodeados de naturaleza nos sentarían bien, que aislándonos de la ciudad volveríamos a encontrarnos el uno al otro.

Al escuchar estas palabras Blanca sintió que eran un poco suyas, que ella también había subido allí arriba con el propósito de reencontrarse con algo. Como si Valtordá fuera una especie de pueblo encantado capaz de devolverte aquello que has perdido. La miró a los ojos. La mirada de Andrea centelleaba de manera especial, como si tuviera algo dentro que quisiera salir.

Cuéntame, Andrea, ¿cómo era la vida de Diego en Londres? ¿Hay alguna persona que tuviera motivos para haceros daño?

Anoche soñé que volaba. Era una sensación asfixiante; notaba el viento en la cara, pero era incapaz de exhalarlo y sentía que no podía respirar. Siempre había creído que volar era todo lo contrario, que alcanzaría un estado de libertad inmenso al verme suspendida en lo más alto, surcando los cielos, sobrevolando océanos, ríos, ciudades. Pensaba que podría ir hasta donde quisiera con los brazos estirados en cruz como una santa y que me convertiría en la reina del mundo o algo parecido. Pero, no. Volar no es eso. Volar es una intensa y constante sensación de vértigo.

Soñé que ascendía, que estaba muy arriba, y entonces mis brazos y mis piernas comenzaban a entumecerse y un calambre me dejaba inmóvil. Era un cuerpo grávido suspendido en el aire. Una piedra lanzada al vacío. No, volar no era como lo había imaginado. Al comenzar a moverme noté que levitaba y sentí miedo a caerme desde tan alto, miedo a morir aplastada contra el suelo como si fuera uno de esos suicidas que se lanzan desde las cornisas de los edificios. La gente al verme muerta en plena calle pensaría que me habría tirado yo. Pobrecita, la vida la ha tratado tan mal, estaba tan deprimida, dirían compadeciéndose de mí aunque no me conocieran, y yo no

quería eso. Desesperada, solo pensaba en cuándo, en qué momento exacto volvería a recuperar mi gravedad de siempre, la que me hacía tener los pies adheridos al suelo. Busqué algún punto de apoyo a mi alrededor, algo a lo que agarrarme; una red de cableado eléctrico o algún tendedero de cuerda cargado de ropa húmeda, pero no había nada de eso a mi alcance. La ciudad estaba lejos y yo me encontraba volando en pleno monte, en algún punto cercano a la cúspide de una montaña y solo veía árboles. Muchos árboles. Sobrevolaba las copas de los abetos más altos, deslizándome con suavidad entre telarañas de lúgubres nubes que solo se disiparon al llegar al valle.

Volando llegué al país de la gente que me ha hecho daño. Suelo visitarlo de vez en cuando. Es un lugar árido en el que no estoy cómoda, pero aun así lo añoro, igual que a todas esas personas que habitan en él, las echo de menos a pesar de que me trataron mal, a pesar de que me hicieron promesas que nunca cumplieron. Me despreciaron, incluso me odiaron, pero al menos consiguieron hacerme sentir que estaba viva. Y no hay nada más maravilloso que eso.

Sobrevolé vastas laderas de hierba, pero no encontré a nadie. Algunas zonas estaban ocultas bajo halos de bruma, pensé que ellos estarían allí, escondidos. Intenté descender y me adentré en la niebla, pero esta me devoró en una ceguera blanca, se deslizó entre los dedos de mis manos como una red invisible y me rodeó la cintura dejándome paralizada e indefensa.

Cuando me desperté, todo a mi alrededor era blanco y sentí frío.

Mucho frío.

No, no teníamos enemigos en Londres. Al menos, que yo sepa, le contesté mientras me encendía otro cigarrillo. Pero sí pasaron cosas.

¿Qué clase de cosas?, me preguntó ella, pero yo no sabía por dónde empezar. Dudé en contarle algunos detalles porque sabía que tras su mirada comprensiva y dócil, Costa me juzgaría por defecto. Le dije que vivíamos separados, que yo vivía sola en Richmond y él en el centro. Le conté sobre su trabajo en la City, sobre su ascenso y sus salidas nocturnas. Y finalmente no tuve más remedio que explicarle su aventura con mi amiga Rebeca.

¿Y en aquel momento no le dejaste?

Cualquier persona cuerda huye de un hombre así, pero yo no soy de esa clase de personas.

Te sentías sola, me dijo y no supe exactamente si se trataba de una pregunta, pero aun así le respondí.

Claro. Me sentía desolada, pero había algo peor que el engaño o el rechazo y era su silencio. A raíz de lo de Rebeca, Diego se distanció aún más de mí. Se pasaba el fin de semana de fiesta en fiesta, lo sé porque colgaba fotos borracho en sus redes sociales, y cuando lo vi sospeché que no solo existía Rebeca, sino que había muchas otras. La soledad nos empuja a hacer cosas terribles, Blanca; como aferrarte a alguien que no te quiere solo para no quedarte a solas contigo misma. ¿Te ha ocurrido alguna vez algo así?

No contestó, se limitaba a hacerme preguntas y a apuntar notas en su libreta de mano. Se quedaba en silencio unos instantes, pensando, y luego volvía a levantar la cabeza, me escrutaba con su mirada de hurón salvaje como si intentara acorralarme. Pero ella también estaba sola. Lo supe en cuanto la vi. Su mirada se escapaba por la ventana del salón, como hacía la mía.

Y Diego siguió así, con ese estilo de vida, ¿o acabó sentando la cabeza?

Diego era un hombre que huía del compromiso, pero que a la vez no quería estar sin mí.

Venía a verme de vez en cuando, se presentaba en mi casa como un cachorrito abandonado, suplicando cariño. Cuando yo me enfadaba y le decía que quería acabar con lo nuestro, él se negaba e insistía en volver a verme.

¿Y por qué seguiste con él? No lo entiendo…

Porque no era capaz de estar con nadie más. Porque tenía la esperanza de que Diego iba a darse cuenta algún día de que yo era la mujer de su vida, que se vendría a vivir conmigo y seríamos felices. Pero eso jamás ocurrirá, no le podré dar otra oportunidad porque ahora está muerto.

Hay momentos en la vida en que todo a tu alrededor avanza. Todo menos tú. La gente madura, se construyen una vida, dejan de hacer lo que solían hacer contigo y se convierten en otra cosa. En otras personas. Tu familia crece o desaparece y tú te quedas ahí plantada como la estatua de sal que jamás debió mirar atrás. Esa soy yo. Estoy bloqueada, me he quedado arraigada en unas tierras movedizas que me engullen lentamente y lo peor de todo es que no quiero hacer nada para evitarlo, que mi opción es esa, dejarme llevar.

Las últimas semanas en Londres fueron horribles. Estuve unos días encerrada en mi piso sin comer, sin dormir, y sin pensar en nada más que en suicidarme. Pero ni para eso tuve valor. En aquellos días no paraba de darle vueltas a todo. Era incapaz de quitarme a Diego de la cabeza; él lo impregnaba todo, lo que hacía o lo que pensaba, así que comencé a odiarle. Rememoré todas las veces que me había decepcionado y eran muchas. Cuando se olvidaba de mí o me dejaba plantada, los mensajes leídos que no contestaba, sus excusas absurdas. Siempre hacía algo para que lo odiara todavía más. La rabia me emergía desde lo más profundo de las tripas al recordar las veces que le había preguntado por lo nuestro, y él me contestaba con ese silencio oxidado que me llenaba de vacío por dentro.

Uno de esos días amanecí con una migraña feroz, el dolor era tan fuerte que me apretaba tras las cuencas los ojos. En Londres llovía sin parar y mis brazos y mis piernas eran de plomo. Me quedé estirada en la cama un rato, escuchando la lluvia chocar contra los cristales.

Aquel día decidí dos cosas. Una, retomar mis diarios y escribirlo todo, y dos, volver a Barcelona.

El ruido del motor de una furgoneta interrumpió la conversación. Blanca se levantó impaciente y cuando se asomó a la ventana reconoció el vehículo de la Policía Científica. Por fin. Salieron cuatro personas del furgón y comenzaron a sacar todo tipo de instrumental de trabajo. Pol los recibió en medio de un remolino de viento y, tras comentar unos minutos la situación con ellos, el forense y su equipo se dirigieron al cobertizo donde se hallaba el cuerpo de Diego.

¿Se lo llevarán?, preguntó Andrea.

Primero analizarán la escena y buscarán evidencias.

Y luego se lo llevarán.

Blanca se volvió hacia ella y vio cómo la chica se estremecía.

Seguramente. Noto que estás tensa, ¿quieres que prepare más té?

No hay nada que me siente mejor que una taza de té.

Luego se cubrió los hombros con la manta y se hundió todavía más en su lado del sofá. A Blanca le dio la sensación de que cada vez se hacía más pequeña, que su cuerpo iba menguando

con el paso de las horas y el peso de las preguntas que le hacía.

Ella también estaba cansada y pensó que algo caliente mitigaría los efectos de la resaca, así que fue a la cocina y puso a hervir agua en la tetera que encontró sobre la encimera. Hacía mucho tiempo que no tomaba té. Preparó dos tazas, dos cucharillas, y mientras esperaba a que el agua hirviera, dio un paseo por el salón hasta reparar en la biblioteca.

¿Te gusta la poesía?, le preguntó Andrea desde el sofá al ver que Blanca miraba algunos libros con interés.

No especialmente. Hace mucho que no leo poemas, desde el colegio, creo. Supongo que no la entiendo del todo, contestó mientras deslizaba sus dedos por los lomos dispares de los libros del estante.

Deberías leer poesía. No importa que no la entiendas, que no sepas de endecasílabos o sonetos, en ella siempre encontrarás amparo porque es un mensaje universal que llega a todo el mundo.

A veces leer puede resultar terapéutico, ¿no?

Sí, lo es. La literatura puede salvarte la vida, ¿sabes? Yo suelo escribir mucho, sobre todo diarios. Me hace sentir mejor y me ayuda a ver las cosas con perspectiva.

Blanca sonrió. Vio en Andrea una chica sensible que estaba pasando el peor día de su vida, pero a la que aun así le quedaban fuerzas para obsequiarla con consejos amables. Ella nunca los hubiese tenido el día que perdió a su padre. Ante la adversidad, Blanca se cerraba en sí misma y solo encontraba consuelo en una copa de whisky. Escogió uno de los libros, el que parecía más antiguo. Su cubierta estaba corroída por los cantos y las páginas se habían doblado ligeramente a causa de la humedad. Era un tratado de filosofía.

Spinoza, dijo Blanca, también te gusta la filosofía.

La filosofía más que gustarme, me impresiona. Spinoza fue un filósofo que reflexionó sobre el concepto del perdón y la clemencia. Decía que el arrepentimiento no es una virtud del ser humano porque no es fruto de la razón, sino que es un sentimiento emocional mediocre. Las personas que se arrepienten, de algún modo quieren deshacer lo que han hecho, piensan que pueden regresar al pasado y rectificarlo, pero eso es imposible porque no podemos revertir las consecuencias de nuestros actos. Así que el hecho de creer que haremos desaparecer aquello que nos avergüenza con tan solo desearlo es de seres estúpidos y miserables.

Blanca volvió a sentarse en la butaca. Percibió que Andrea estaba más lúcida que al principio y que era buen momento para ahondar más en su relación con Diego.

¿Fuiste capaz de perdonarlo?

Siempre se acaba perdonando a las personas amadas.

Le sorprendía la capacidad de respuesta de Andrea, que en ocasiones parecía un ser tembloroso cargado de miedo, y en otras dejaba entrever una mujer fría e inquebrantable.

¿Puedo hacerte una pregunta íntima?

Andrea dudó unos instantes antes de responder y un silencio incómodo se palpó entre ambas. Ella era el epicentro de aquella casa y todo allí dentro giraba a su alrededor. La casa guardaba silencio cuando callaba y se estremecía cuando lloraba en un ejercicio sincronicidad extrema. Las arrugas de su frente se contrajeron cuando respondió.

Por supuesto, Blanca. Faltaría más. Esto es un interrogatorio, ¿verdad?

Blanca se inclinó hacia delante, torció su mentón y señaló con la cabeza los brazos de

Andrea.

¿Cuándo te hiciste eso en las muñecas?

Y entonces la tetera, furiosa, comenzó a silbar.

La Policía Científica recogió muestras en los alrededores de la casa y del cobertizo, y examinó el cuerpo del chico de manera exhaustiva. Mientras tanto, Blanca se tomó un respiro y salió al porche. Quería dejar a solas a Andrea un rato, la conversación se había enrarecido cuando le preguntó por su intento de suicidio. Andrea había comenzado a llorar de nuevo y Blanca la vio tan debilitada que pensó que lo mejor era parar y tomar un descanso. En el porche se reencontró con Pol, estaba temblando de frío y lidiando con una ventisca que cada vez era más intensa.

¿Cómo lo llevas?, le preguntó Blanca, ¿quieres que prepare café caliente?

Gracias, estoy bien. Prefiero no entrar en la casa, no quiero que se altere.

¿La chica?

Sí. ¿Cómo se encuentra?

Está más tranquila, aunque todavía está en estado de shock y a veces me da la impresión de que delira. Me gustaría que la examinase un médico, en cuanto la tormenta amaine la llevaremos a Valtordá. Es duro por lo que está pasando.

Pol guardó un silencio un instante y posó sus ojos en Blanca.

¿Crees que es inocente?

Blanca se descolocó por completo.

Claro, ¿por qué no iba a serlo? Está afectada por lo ocurrido. Es una persona muy sensible que lo ha pasado mal en la vida. Ha sufrido varias pérdidas y ha tenido problemas…

Y es una sospechosa también.

Me sorprende que la juzgues así. No has estado presente en su declaración.

Perdona, Blanca, no quería excederme, pero supuse que ella… En el momento de los hechos estaba sola…

También estaba el vecino.

El vecino vino después, tras los gritos de auxilio de la chica.

Según ha explicado él, Pol. No podemos juzgar a las personas sin pruebas, contestó Blanca con ánimo de instruir a su compañero, avísame cuando acabe la Científica.

Y volvió al interior de la casa.

El entierro de su padre fue breve. Tomás no creía en Dios ni en la Iglesia, así que Blanca organizó una ceremonia sencilla, sin sermones del cura, ni clamores, tan solo unos quince vecinos rodeando el féretro, algún gimoteo a lo lejos y el sol del mediodía ardiendo sobre las cabezas como una bendición sigilosa. Cada uno de los presentes arrojó un puñado de tierra a la fosa, alguna flor también, se acercaron a Blanca para darle el pésame con un beso en la mejilla o un apretón de manos. Todos alabaron la bondad de su padre, las buenas acciones que había hecho por el pueblo. Y luego, todos se marcharon. Y Blanca se quedó sola frente el sepulcro, junto a la tierra negra y revuelta, con la vista clavada en el suelo como quien se asoma a un precipicio.

Fue un día extraño, un día en el que perdió totalmente la noción del tiempo, y cuando volvió

a casa ya estaba anocheciendo. Se metió dentro, en la hueca y muda casa de sus padres, y se quedó allí mientras un silencio abrupto le bombardeaba los tímpanos.

De repente, todo había acabado.

Andrea contó muchas cosas y a cada cual más triste. Es duro perder a alguien, es duro quedarte a solas y sentirte tan vacía, le dijo, y a Blanca le pareció que Andrea había estado mucho tiempo sin hablar con nadie, que aquella conversación iba más allá del interrogatorio; se había convertido en una confesión.

Nadie suele preguntarme por esto, contestó Andrea sobre sus cicatrices, se arremangó la sudadera y se acarició las líneas que se habían quedado grabadas sobre su piel. Las marcas se retorcían en sus muñecas como si fueran las raíces de la oscuridad que había germinado dentro de ella.

No es porque la gente no quiera saber qué pasó, dijo, a casi todo el mundo le da morbo saber estas cosas, sino porque no las ven, siempre llevo manga larga y las mantengo ocultas de la vista de todos. Es duro hablar del pasado, y también que te juzguen.

Blanca asintió, mientras se avergonzaba de haber formulado aquella pregunta tan personal de una manera tan directa. En su interior ansiaba saber más sobre aquella chica, conocerla de verdad, saber qué la había empujado a intentar suicidarse. Qué la había traído hasta a aquella fría casa en mitad de las montañas. La misma Andrea parecía una. Una montaña afilada y de esas tan altas en las que no consigues divisar la cumbre. Justo cuando comenzó a hablar, una niebla gaseosa rodeó la casa, era como si el propio bosque quisiera taponar la herida de su corazón que sangraba a borbotones al explicar los detalles más crudos de su historia.

Yo nunca he sido una persona fácil, y cuando conocí a Diego estaba en un momento muy delicado de mi vida. Había perdido a mi madre y estaba sola, así que lo dejé todo por seguirle. Sin embargo, cuando estás rota no puedes aferrarte a nadie, y menos a una persona que ha sufrido igual que tú, porque entonces solo encuentras más oscuridad, más soledad de la que ya tenías. Las cosas en Londres no fueron fáciles, pero seguí allí pese a todo. Diego se enganchó a un ritmo de vida agresivo, ya sabes, asistía a fiestas privadas donde había de todo.

¿A qué te refieres con todo?

Sexo, drogas, asuntos de ese estilo. Diego me prometía que él no sabía de esas cosas, pero al poco me enteré de que había estado pasando hachís.

¿Cómo lo supiste?

Estuvo una noche arrestado en una comisaría de Southwark. Me llamaron de madrugada y fui hasta allí a pagar la fianza. Estaba tan colocado que apenas podía mantenerse en pie.

¿Por qué lo habían detenido?

En la denuncia ponía que lo habían enganchado en una redada, estaba pasando cocaína en una fiesta privada en un club, pero él me juró que todo había sido un malentendido.

¿Y qué hiciste?

Pues pagué la fianza y le creí. Confié en él; le quería.

Blanca se incorporó, apoyó sus brazos sobre las rodillas y miró a Andrea con seriedad.

Entonces, Andrea, ¿crees que alguien que conocía a Diego ha podido seguiros hasta aquí con la intención de haceros daño?

¿A qué te refieres exactamente?

A un ajuste de cuentas.

PARTE 3

Aquella tarde salí a pasear al bosque pese al mal tiempo. Necesitaba escapar de aquella casa como fuera. Una parte de mí no quería irse; había algo que me enraizaba a aquellas cuatro paredes, un despliegue de filamentos fibrosos me ataban a aquel lugar, se enredaban en mis manos, en mis tobillos y me convertían en una marioneta de cuerdas. Cautiva y cómplice a partes iguales. Yo lo sabía, debía rebelarme, no podía dejarme arrastrar por la vorágine de energías que bullían allí dentro, así que reuní valor y me calcé las botas. Me habían dejado los pies destrozados el día anterior, pero no tenía nada más que ponerme para caminar sobre el terreno nevado. Al salir por la puerta le dije adiós a Diego, pero él no contestó.

Afuera el silencio era ensordecedor.

Una densidad tibia flameaba en el aire, un olor intenso a tierra y a naturaleza muerta. Alcé la vista hacia el cielo encapotado, la bóveda celeste se había condensado formando una esfera compacta; no parecía que fuese a llover, ni a nevar. No parecía que hubiese nada en movimiento allí arriba. Bajé las escaleras de la casa mientras sentía la mirada de los árboles desde lo alto, solemnes, aquellas gigantescas moles de hierba inmóviles, y la ausencia definitiva del viento revolviendo el boscaje. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si la maquinaria que empuja las manecillas de los relojes se hubiese parado de repente dejando a la vista todos sus engranajes oxidados.

Comencé a caminar. No me atreví a tomar los senderos que conducían al monte, así que tomé el camino por donde habíamos venido en coche, el que llevaba hasta el pueblo. No pretendía ir muy lejos, aún arrastraba la fatiga del día anterior, solamente llegar hasta la carretera y volver, para estirar un poco las piernas, me dije. Escuché tronar en la lejanía, pensé que iba a romper a llover de un momento a otro. La tormenta se olía en el aire y los pájaros se estaban volviendo locos, volaban a baja altura y luego en círculos, parecían no saber muy bien a dónde ir, y yo solo me preguntaba si allí arriba, en la montaña, la lluvia caería con más fuerza, si al caer sobre la nieve lo acabaría descongelando todo.

Entonces un ruido se pronunció a lo lejos. Al principio no puse atención y me pareció el gruñido de un animal, era una especie de graznido y no le di importancia, al revés, recuerdo que pensé que estando en la montaña era común escuchar a los animales salvajes que habitaban allí. Así que seguí caminando como si no pasara nada, como si mi cuerpo no formara parte del entramado de aquel bosque animado. Al cabo de unos segundos, volví a oírlo. Esta vez pude escucharlo con nitidez. Me paré en seco y me entró miedo porque sabía de qué se trataba: era un aullido.

El aullido de un lobo.

El eco bajó rodando por las laderas hasta la cuenca afilada del río, retumbó en los riscos del valle y se dilató durante unos instantes. Era un bramido profundo y sobrenatural. Se me erizó el vello. La idea de estar frente a las fauces de un animal salvaje me aterró, a quién no le hubiese pasado lo mismo. Si Diego hubiese estado allí conmigo seguro que hubiera dicho que no había nada que temer. No seas cagada, Andrea, por favor, hubiese dicho con una risita burlona. Sin embargo, él no estaba allí. No había nadie más. Estaba sola en medio del bosque y solo yo debía

decidir qué hacer; si acobardarme y volver a la casa de una carrera o si seguir avanzando por aquel camino desmadejado, simulando que el miedo había pasado de largo.

Miré hacia el frente, nimbos de niebla humeaban en las cunetas. Hacía tanto frío. Intenté caminar sobre los surcos de las ruedas del coche marcados sobre la nieve, pensé que así avanzaría más rápido, que no se me hundirían los pies en la tierra. Las ramas ensortijadas de los árboles se echaban encima sobre mi cabeza como tentáculos fibrosos, pero aun así no dudé un solo instante; iría hasta la carretera. Y entonces, una vez allí, volvería.

En el hospital me dijeron que no disponían de camas libres para pasar la noche, ni siquiera en los boxes de urgencias, así que pese a que había perdido mucha sangre, me dieron siete puntos de sutura en cada brazo y me enviaron de vuelta a casa. En realidad no me creí eso de que no tuvieran plazas disponibles para ingresarme, más bien pensé que lo que no tenían era la mínima intención de cuidar de jóvenes suicidas.

Me dieron varias recetas, unas para el dolor y otras para los nervios, y me recomendaron coger un taxi para volver.

¿Has venido sola? Es aconsejable estarse unos días en casa sin salir y hacer reposo, y tendrás que hacerte las curas a diario para evitar que se infecten los puntos.

Y luego me dieron cita con un psicólogo, o psiquiatra, no sé, y me aseguraron que una enfermera me llamaría al día siguiente, para hacerme seguimiento y saber cómo me encontraba. Creí que más bien sería para ver si aún seguía viva o si había vuelto a intentarlo.

Cuando salí de allí apenas tenía fuerzas, un hormigueo constante que me entumecía los brazos y me subí al primer taxi que vi. El conductor me preguntó a dónde iba y dudé un instante; no sabía si aún estaba en Londres o en Barcelona, y luego balbuceé la dirección de mi casa. Tras el vidrio de la ventanilla temblaban las luces de una ciudad dormida.

Lo que más me dolió aquella noche fue que no tenía a nadie a quien llamar para pedir ayuda.

Era extraño caminar sola por el bosque. Un zumbido granuloso me arañaba los oídos por dentro como si alguien en el fondo de cerebro estuviera escarbando la tierra de su propia sepultura. Había algo que amenazaba con salir. Un amargor me nació en la boca, no supe si era miedo o el plañido de un mal presagio. Se me había metido en la cabeza la idea de llegar hasta el pueblo y si no lo conseguía perdería contra algo más fuerte que yo. Estaba tan empecinada que avancé por el sendero con la intención de no parar. Solo quería alejarme de aquella casa, de Diego, y dejarme llevar por mi intuición, aunque solo fuera por una vez en la vida necesitaba obedecer al instinto de bestia que me alborotaba por dentro.

Solo me había alejado un kilómetro de la casa cuando lo encontré. Surgió de entre la bruma como el espectro de un sueño. Lo primero, sus orejas recortadas tras la niebla y de ellas se fue construyendo su umbría silueta izada en mitad del camino.

El lobo.

No era una alucinación porque pestañeé varias veces y su presencia no se desvaneció, al revés; fue adquiriendo una forma nítida, regia. Estaba allí quieto con las patas firmes clavadas en la tierra y un pelaje recio del color de las piedras. Era real y me estaba esperando. Cuando alcancé a ver su cabeza con nitidez, su mirada de hielo me rasgó el pecho, me quemó como lo hacía la nieve al tocarla y no supe si esconderme o quedarme quieta, si enfrentarme a aquella

fiera o huir hacia cualquier otra parte. No sentí nada, ni miedo, ni ansiedad, ni ganas de morir, mi interior se convirtió en un espacio abstracto de nulidad constante. Su presencia me paralizó y el contacto con su mirada hizo que nos mezclásemos en una misma esencia.

Una camarilla de lobeznos más jóvenes irrumpió de entre la maleza, había al menos una docena y custodiaban al primero, como los planetas gravitan en torno a una estrella. Y todos me miraban. Entonces me asusté de verdad, supe que aquellos lobos famélicos me devorarían si me quedaba allí parada y no tuve más remedio que volver sobre mis pasos. Intenté hacerlo lentamente, evitando los movimientos bruscos para no llamar su atención y mantuve el contacto visual. Eso era lo más importante. Estaba convencida de que si dejaba de mirarlos estaba perdida. Di unos pasos hacia atrás, cuando estuviera lo bastante lejos, me giraría y saldría corriendo.

Ese era el plan.

Pero estaba temblando, muerta de frío, de miedo, y cuando un pedrusco se encalló entre mis pies, perdí el equilibrio y caí de espaldas. El golpe contra el suelo me entrecortó la respiración unos instantes, me rompió como cuando estalla un espejo y se desata la mala suerte. Pese al dolor, me incorporé con rapidez, no podía quedarme allí tirada como una presa indefensa, y los miré fijamente de nuevo, a todos ellos, apenas se habían movido de su posición pero aún me observaban con actitud desafiante. Mi nariz comenzó a sangrar, de los nervios o del miedo. La casa estaba demasiado lejos, pero sabía que no había otra opción, así que me di la vuelta y comencé a correr con todas mis fuerzas. Di la espalda a la manada y recé para que no me siguieran. Mis piernas comenzaron a desgranarse como dos columnas de arena, pero aun así corrí todo lo que pude, tan rápido que me olvidé de respirar. Quise volar, pero no pude, mis pies se deformaron entre la nieve y todo se volvió gris.

Sin embargo, conseguí llegar a la casa. Cuando alcancé las escaleras y me giré hacia el camino, comprobé aliviada que los lobos no me habían seguido. Me senté e intenté domar el aliento, no podía creerme que siguiera viva. No quise avisar a Diego, ni montar un escándalo. ¿Para qué? Él nunca me creería. Encendí un cigarrillo y me quedé en silencio unos minutos, abrazada a mis rodillas y observando las formas difusas que el humo dibujaba en el aire. Aunque en vez de sentir alivio, me sentí atrapada; sabía que no podía alejarme de aquella casa.

La casa.

De algún modo, me había intoxicado. No sé cómo lo hizo, pero incidió en mí de una manera trágica, me acorraló, se apoderó de mis emociones y las convirtió en algo que no era mío y yo cada vez era más aquel bosque y aquel bosque cada vez era más yo, y cuando me di cuenta de lo que estaba pasando ya era demasiado tarde, para mí y para los demás, porque el bosque, la casa y aquel lugar maldito ya estaban dentro, y se expandían en mi interior como una mancha de petróleo en el océano.

Fue entonces cuando me acordé del cobertizo. Apuré el cigarrillo y me levanté. Sabía que había algo allí que tenía que ver conmigo, con mi historia. Me dirigí con paso firme hacia la parte de atrás de la casa. Esta vez echaría la puerta abajo, entraría allí como fuese.

La inspectora Costa estuvo interrogándome sin parar durante horas. Su impertinente interés hacia mí no se saciaba nunca y en el fondo me gustaba; esa mezcla de autoridad y benevolencia con la que me trataba era conmovedora. Parecía una equilibrista caminando sobre un alambre, estaba tan acostumbrada a caminar por él que sonreía y miraba al frente, pero en el fondo sabía que un paso en falso podía costarle la vida. Blanca Costa era eso; una acróbata atormentada. Me

hablaba despacio para no hacerme llorar de nuevo, me trataba como si maniobrase con una bomba de relojería que desea desactivar. Cable rojo o cable azul. De sus ojos emergía el ansia de hallar alguna pista y a la vez ese anhelo de reconocerse en mi historia. Así que le conté muchas cosas. Algunas nunca se las había contado nadie. Su interés principal era descubrir quién había matado a Diego. Pero a veces parecía que ella quisiera ir más allá, descifrar algo sobre mí, sobre el pasado, algo que atravesaba la propia muerte de Diego.

Yo estaba agotada, pero sin querer comencé a explicarle varios episodios que viví en Londres con Diego y ella mostró interés, como si lo sucedido en aquella época pudiera explicar el porqué del asesinato de Diego. Entonces le expliqué lo ocurrido el día de Carnaval.

Aquella tarde fue reveladora porque conocí una cara de Diego que no había visto nunca, y en realidad el Carnaval es todo lo contrario; el Carnaval es ocultarse bajo un disfraz y fingir ante el resto. Estábamos a finales de agosto, en plena celebración del Carnival, en Nothing Hill. Nunca había estado antes allí, ni siquiera lo había visto por la televisión, y me pareció una fiesta espectacular. Las calles estaban atestadas de gente, de luces, colores y música a todo volumen. Los vecinos se asomaban a los balcones para ver el desfile; un conglomerado de plumas y sonrisas que danzaban al ritmo del repiqueteo de los tambores. La multitud se apelotonaba en las entradas escalonadas de las casas, algunos bebían en la calle y fumaban maria. Diego y yo compramos unos botellines de cerveza en un veinticuatro horas y luego nos perdimos por allí. Bailamos mucho y vitoreamos a los que iban disfrazados. Él estaba eufórico, me cogía de la mano al caminar y me besaba. Me agarraba de las mejillas con las dos manos y entreabría su boca sobre la mía.

Al cabo de un rato de estar allí, Diego se encontró con varios grupos de amigos. Algunos parecían encuentros casuales, otros daba la sensación de que estaban acordados. Todos eran simpáticos y sonreían todo el tiempo.

¿Crees que estaban drogados?, preguntó.

No lo sé, solo sonreían. Me gusta la gente que sonríe, sin más. Comencé a hablar con uno de ellos. No recuerdo su nombre, pero sí que estuvimos charlando un rato. Era estudiante y venía de Melilla, tenía un acento especial, seseaba a veces, pero no recuerdo nada más. Sé que estaba con un grupo de gente, estábamos sentados en las escaleras de un local que daba a la calle y bebiendo de una misma botella que tenía sabor a ron cola. Reí, fumé y, por primera vez en mucho tiempo, me lo pasé bien.

Cuando anocheció me di cuenta de que Diego no estaba con nosotros. Me levanté atolondrada y pregunté a varias personas si le habían visto, pero nadie sabía nada de él. Recorrí los alrededores y al no verlo por ninguna parte arranqué a caminar por las calles abarrotadas de gente. No sabía dónde buscar, pero debía averiguar dónde se había metido Diego. Me abrí paso entre el gentío como pude. Todas las calles eran iguales. Miré hacia arriba, las banderillas de colores zigzagueaban bajo el cielo ocre del ocaso, entre ellas el destello de un lucero a lo lejos.

Entonces sentí unas ganas terribles de vomitar y también de huir de allí, había bebido demasiado y comencé a sentirme mal, así que me senté en la acera unos minutos. Tenía el estómago revuelto y los párpados gruesos se deshacían sobre los ojos. No sé cuánto tiempo estuve allí tirada, solo sé que cuando recuperé la conciencia, vi a un grupo de personas amontonadas en la acera del frente. Los gritos retumbaban por toda la calle. Desde donde estaba sentada no podía saber qué pasaba, si aquello era una pelea o una fiesta, así que me levanté e intenté acercarme a ver qué sucedía. Entonces, de pronto la vi. Una zapatilla. Sí, una zapatilla

que asomaba a rastras de entre muchas otras. No era una zapatilla corriente, no, era de color marrón, los cordones granates y la suela de goma gruesa. Al verla la reconocí al instante: era la zapatilla de Diego. Su zapatilla, su pierna, él.

Diego.

Lo rodeaban varios hombres, unos le agarraban por las axilas y otros le pegaban puñetazos en la cara y en el abdomen. Entonces reaccioné. Me puse a gritar y corrí hacia ellos. Ante los gritos, los hombres se avisaron unos a otros y los que estaban pegando a Diego se apartaron, soltaron su cuerpo desfigurado sobre el asfalto y se alejaron corriendo.

Cuando llegué hasta él, me abalancé sobre su cuerpo magullado. Diego, le grité, lo zarandeé varias veces, pero no reaccionó. Recuerdo sus ojos en blanco y su boca florecida de cuajarones de sangre. No dejé de gritar ni un instante, pedí ayuda a todo aquel que pasaba por allí, y al final conseguí que viniera una ambulancia.

¿Averiguaste quiénes eran aquellos hombres?, me preguntó Costa.

No, pero supe que no había sido una pelea casual, ni tampoco un robo porque cuando llegamos al hospital y me senté en la sala de espera, me puse a registrar la cazadora de Diego y en el bolsillo interior y encontré su cartera y su móvil; aquellos hombres no se llevaron nada. Al cabo de unos días, cuando Diego recuperó el conocimiento, le pregunté por lo ocurrido, pero él nunca quiso hablar de ello. Solo me dijo que no conocía de nada a aquellos tipos y que no sabía por qué le habían hecho eso.

¿Y tú le creiste?

Esa vez no. Lo intenté, pero en el fondo algo me decía que aquel incidente no había sido otra casualidad, aquella pelea era parte de la vida que Diego llevaba en Londres, parte de su trabajo y de los lugares que solía frecuentar. No era la primera vez que lo encontraba con una ceja partida, ni sería la última que acabase en el hospital. Después de aquello, sentí miedo, pues aquella paliza solo podía ser un ajuste de cuentas.

La empujé con fuerza, la envestí con todo mi cuerpo, pero esta no cedió. Era una puerta antigua, no tenía maneta, ni cerradura, solo una anilla de hierro en el centro. Estiré de este hacia dentro y hacia fuera, pero estaba atrancada y que pensé que la única manera de abrirla era atestándole un buen porrazo. Busqué a mi alrededor algo para derribarla, una vara que me permitiera hacer de palanca, pero allí solo había piedras. Cogí una enorme con las dos manos, pesaba tanto que apenas podía caminar con ella. La sujeté con fuerza, la alcé hasta la altura del pecho y luego lo lancé contra la puerta. Repetí esto varias veces, hasta que la puerta, por fin, cedió.

¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?, preguntó Andrea con la voz mermada y la mirada clavada en el fuego.

Cuando acabemos de tomar declaración, iremos al cuartel de Valtordá para que firmes el informe.

Ella suspiró derrotada. Era una montaña inmóvil. La cima nevada de su mente se deshacía lentamente y el deshielo le caía sobre la espalda, se vertía sobre sus brazos como un manto de pesar y niebla. Sus hombros estaban cada vez más hundidos, más desencajados del contorno de diamante de su cabeza puntiaguda que apuntaba hacia arriba como el trébol saliente de una

corona de espinas. Guardó silencio unos instantes. La respiración contenida entre las costillas y la mirada vacía de nuevo. Blanca no supo qué más decir y el desasosiego se medró entre ambas. Llevaban horas metidas en aquella casa sembrada de aristas, reconstruyendo una y otra vez los hechos de aquella madrugada siniestra, revisitando un pasado que borbollaba como una herida abierta.

Andrea se restregó los ojos con las palmas de las manos. Lo hizo con intensidad, como si quisiera aplastárselos hacia dentro, y Blanca decidió otorgarle otro descanso. Ella también lo necesitaba. Se levantó y dio una vuelta a la casa. Fue hasta la encimera de la cocina y examinó las pertenencias de la víctima que Pol había clasificado. Abrió la bolsa con aparatos electrónicos y extrajo el móvil del chico. La pantalla estaba apagada por falta de batería.

Tenemos que avisar a los familiares de Diego, propuso volviéndose hacia Andrea.

¿A su madre?

Sí, a quién tenga. ¿Sabes dónde puedo encontrar un cargador para encender su móvil y acceder a su agenda?

Andrea se levantó del sofá con dificultad y se acercó a Blanca. Era la primera vez que se erguía frente ella. Blanca se la había imaginado más alta de lo que realmente era; poco más de metro y medio y, pese a llevar ropa holgada, la forma de sus huesos sobresalía en su clavícula. Su fragilidad contrastaba con la corpulencia de Blanca, que se quedó observando cómo la silueta desgreñada de la chica se dirigía al recibidor. Andaba con torpeza, con los pantalones del pijama enroscados en las rodillas y arrastrando los pies descalzos como si no tuviera fuerzas para caminar. A cada paso que daba el suelo crujía, un murmullo grave que conspiraba bajo la tierra, en los cimientos, las raíces se removían como anguilas soterradas bajo aquella mazmorra hechizada y arraigaban con fuerza a Andrea, la estiraban hacia abajo como si quisieran arrastrarla a las profundidades del subsuelo. Atraparla en la oscuridad constante que palpitaba bajo la nieve.

Una vez en la entrada, Andrea comenzó a rebuscar en los bolsillos de una mochila que estaba colgada en el perchero, en cuestión de segundos sacó un cargador de baterías y se lo ofreció a Blanca.

El pin es 5613, le dijo, refiriéndose al móvil de Diego.

Blanca enchufó el aparato a la corriente y la pantalla se iluminó. Accedió a los contactos de Diego y localizó el teléfono de su madre. Mientras anotaba el número en su propio teléfono, Blanca pensó en cómo iba a hacerlo, en qué palabras serían las adecuadas para explicar a una madre que habían asesinado a su hijo, y entonces le temblaron los dedos. Grabó el número y postergó la llamada para otro momento.

¿Tienes familia, Blanca?, le preguntó; aún seguía allí de pie, frente a ella, observándola con semblante pueril.

Poca… podría decir que no.

Yo tampoco, contestó mientras volvía al sofá para refugiarse de nuevo entre los cojines.

La culpa tiene un sabor amargo, casi ácido. No debes dejarte devorar por ella, no pienses en lo que te pesa, en todo lo que no hiciste o en lo que te equivocaste. Ya no hay remedio. Si no paras de fustigarte con los errores del pasado, no conseguirás salir adelante. Blanca escuchó con atención cada palabra que le había dicho Carlos. Le había dado muchos consejos desde el otro lado de la línea, pero estaba demasiado borracha para recordarlos todos. De hecho, solo recuerda

esa parte. Le pareció bonita, incluso poética, y es que Carlos solía hablar así, como si se pasase tiempo pensando en lo que iba a decir. También recuerda que él se ofreció a subir a Valtordá para visitarla y que ella le dijo que no, que no subiera, que estaba bien. Hacía tanto tiempo que no lo veía que sintió vergüenza de quedar él.

A raíz de la muerte de su padre, Carlos había vuelto a llamarla. Primero, para darle el pésame, luego para saber cómo lo estaba llevando. A Blanca le consoló volver a escuchar su voz aquella noche, pero al mismo tiempo se sintió mal por atender su llamada en ese estado etílico viscoso y le horrorizaba pensar que él se había dado cuenta, que sabía que era una alcohólica y que estaba desesperada. Aunque intentó disimular, la conversación se torció y Blanca acabó llorando, así que se vio obligada a colgar sin despedirse, sin preguntarle siquiera cómo estaba él. Se avergonzaba de ser así, de beber y de vivir en esa sensación de irrealidad constante. Sin embargo, no tenía fuerzas para dejarlo. Aún no.

Los meses siguientes a la muerte de su padre había estado muy sola. Tanto que a veces sentía que sus pies se despegaban del suelo y que su cuerpo se quedaba levitando en el aire. Y entonces creía que había muerto ella también. Se quedó en la cama metida durante días sin querer ver a nadie. Ni siquiera le abría la puerta a su vecino o al viejo Germán, que solía dejarle bolsas cargadas con comida en la entrada. En un momento tan duro como aquel, debería haber sentido alivio de tener a personas amables a su alrededor. Para eso Valtordá era un buen pueblo, un lugar donde las personas se ayudaban unas a otras. Aunque Blanca estaba tan hundida que durante meses no se dio cuenta de que el mundo seguía allí fuera y el tiempo pasaba.

La casa de sus padres no resultó ser el mejor lugar para pasar el duelo, con aquel enjambre de recuerdos en las paredes del pasillo. Rostros sonrientes de una familia que ya no existía. Todo en aquel lugar eran recuerdos de su infancia pretérita. Todo en aquel lugar eran jerséis de punto tejidos a mano, piruletas de fresa antes de cenar, olor a pino, a naftalina, sábanas de hilo blanco con coloridas cenefas bordadas, cortinas tupidas, los vasos de cristal ahumado y aquella alfombra de lana estirada en el suelo del recibidor, sobre la que de niña soñaba ser la princesa de las mil y una noches. Todos aquellos retazos de su infancia se cernían sobre ella como cristales afilados y le acuchillaban el cuerpo derrotado en el sofá. Pero aun así, se quedó. La habían destinado a la comisaría de Valtordá y no había vuelta atrás. Ni siquiera le había dado tiempo a instalarse. Una pesada hilera de cajas aguardaba en el recibidor a la espera de ser desembaladas, su presencia estrechaba el pasillo y le generaba ansiedad horrible, le recordaba que no podía esquivar lo inevitable; su traslado a Valtordá era definitivo y su carrera y su familia se habían desintegrado.

Blanca era un alma deshecha.

Se pasaba las noches despierta y los días dormitando, y cuando el médico del pueblo fue a verla, disimuló, hizo ver que no le pasaba nada, que simplemente estaba cansada, triste. Eso le dijo. Cuando el médico le ofreció la ayuda de un especialista, ella le contestó que estaba bien, lo mismo que le había contestado a Carlos aquella noche, y luego lo acompañó a la puerta y, cuando el médico se marchó, se bebió otra copa de un trago mientras miraba desde la ventana cómo este se alejaba en su coche gris. Y luego, cuando se quedó sola del todo, se sirvió un par de copas más mientras observaba el sol de la tarde escurrirse tras las montañas.

Estuvo varias semanas así, abandonándose como un barco a la deriva mar adentro. Sin velas izadas ni timón, dando tumbos entre el oleaje, esperando a la fuerza devastadora de una corriente submarina la arrastrara hacia las profundidades y la hiciera desaparecer del todo. Hasta que un día su superior la llamó. Le dijo que tenía que volver a empezar. Que o volvía a trabajar o corría

el riesgo de perder la plaza, le soltó así, sin más. Y Blanca, sin saber muy bien de dónde sacaría las fuerzas, le prometió que lo haría. Lo dijo de una manera mecánica, como si no estuviese hablando ella misma, que haría todo lo posible por volver a ejercer.

Comenzar de nuevo siempre es una opción, le aseguró él satisfecho, antes colgar el teléfono.

Llegados a ese punto del interrogatorio Blanca aún tenía dudas sobre lo que había ocurrido. Estaba bloqueada y no sabía si era por la jaqueca que le impedía pensar con claridad o si es que había perdido para siempre su instinto tras los meses de retiro.

Cuando salió al porche a tomar el aire, no encontró a nadie. Ni a Pol, ni a la Científica. Solo sus coches aparcados en la explanada y el peso de la ventisca prensando la nieve contra el suelo. Respiró hondo y se reclinó en la barandilla. Se le ocurrían dos teorías sobre lo sucedido en aquella casa, pero no tenía pruebas para confirmar ninguna de ellas.

Por un lado, y tras la conversación con Andrea, era probable que el asesinato de Diego hubiera sido por un ajuste de cuentas. Si eso era cierto, el asesino no podía haber ido muy lejos. Las carreteras estaban bloqueadas por la nieve desde la madrugada, y además Pol había alertado por radio a los controladores de tráfico para que registraran todos los vehículos sospechosos que se dirigieran a la ciudad por la única vía abierta. Si el asesino había huido por carretera, le sería muy difícil avanzar sin ser interceptado. Y, si por un casual, había huido a pie, aún lo tendría más complicado para escapar, pues la tormenta le impediría avanzar campo a través y tendría que buscar el resguardo de algún refugio de montaña cercano a la casa. En tal caso, los perros de la unidad canina le rastrearían hasta dar con él, así que estaba segura de que pronto encontrarían al asesino de Diego.

Sin embargo, también existía una segunda hipótesis, una que a Blanca le pesaba más, porque no le acababa de encajar del todo. Que Andrea fuese culpable. Aquella era la explicación más sencilla pues, según Pol, ella era la persona más cercana al escenario del crimen y la única que tenía acceso a la casa y al cobertizo. Pero a Blanca no le cuadraba, no acababa de entender que Andrea tuviera una razón de peso para hacer algo así, y tampoco poseía las características físicas para cometer un delito tan violento. Aunque la relación entre la pareja no era idílica, Andrea seguía enamorada de Diego; tenía intención de seguir su relación con él. ¿Por qué acabar con todo entonces?, se preguntó. A Blanca le faltaba información, una pieza del puzle que todavía no era capaz de ver. Debía tirar de un hilo para deshacer la madeja, escudriñar los rincones más recónditos de la mente de Andrea hasta dar con la verdad.

Con cierto desánimo, Blanca volvió a entrar en la casa y tomó asiento mientras pensaba cómo seguir la conversación. Si realmente aquella chica era la sospechosa principal del crimen, debía entender por qué lo hizo y necesitaba una nueva estrategia para continuar con el interrogatorio.

Diego y Andrea.

Andrea y Diego.

Aquella enrevesada historia de amor la inquietaba cada vez más. Observó a Andrea tomando su enésima taza de té. Lo sorbía despacio para no abrasarse los labios y su boca bermeja contrastaba con la palidez de su piel, que lucía una delicadeza translúcida. A pesar de su rostro devastado por el llanto y de que ninguno de sus rasgos la hiciera diferente a otras mujeres, ella lo era. Andrea era de esas personas que se ensalzan ante la desgracia, una reina de las nieves derrumbada sobre un aura de divinidad. Era una ostra roqueña y gris que cuando se entreabre

arroja el destello de la perla que alberga en su interior. Cuanto más la miraba, menos entendía lo que había ocurrido. Andrea amaba a Diego, la opacidad de sus ojos lo ratificaba, y cada vez que su mirada se perdía en algún punto abstracto del salón, un silencio augusto imperaba en toda la casa.

Pareces cansada.

Blanca asintió. Era cierto; las fuerzas comenzaban a flaquearle. Percibió que Andrea la había tuteado, pero no le importó, era natural después de pasar tantas horas juntas metidas en aquella casa. Miró su reloj. Eran casi las dos y un ladrido comenzó a rasparle el estómago.

¿Quieres más té? Esta vez puedo prepararlo yo.

No hace falta, estoy bien, contestó Blanca y tras una pausa precisa añadió con sobriedad; solo estoy en un momento complicado ahora mismo. Perdí a mi padre hace un par de meses y suelo dormir mal por las noches.

Lo siento, dijo Andrea mientras la miraba intensamente con un semblante salvaje.

Blanca se revolvió en el asiento. No supo por qué le había contado eso. Había sido un arrebato estúpido contar un aspecto de su vida privada a aquella chica, no era la persona apropiada a la que confesarle algo así. Sin embargo, lo dijo. Lo verbalizó deprisa y con vergüenza, con el pulso cabalgando en las sienes, como lo hace alguien que quiere desprenderse de una carga. Como un minucioso y preciso intento de expiación.

Andrea se incorporó hacia delante para acercarse a ella.

Yo también estoy sola en el mundo y sé qué es eso, Blanca. Sé muy bien qué se siente cuando pierdes a los tuyos. Es algo que no se supera nunca. Puedes convivir con ello, aprender a llevar esa carga, pero jamás vuelves a ser la misma persona. Algo en ti se muere también, y es para siempre.

Blanca enrojeció. No sabía cómo reaccionar porque no había hablado con nadie de su padre, ni de su madre, ni de todo lo que le abrasaba por dentro. La ausencia de su familia la partía en dos, pero ella aguantaba la embestida sola y en silencio.

Al menos, ¿pudiste despedirte? Cuando perdí a mi madre pude hacerlo. Me pasé tardes enteras leyéndole libros, mientras ella se alejaba.

No exactamente. La verdad es que la última vez que lo vi discutimos. No supe ayudarle, ni comprender lo mal que lo estaba pasando, pensé que lo mejor era dejarle espacio y meses más tarde, cuando volví a su lado, ya no estaba.

A su alrededor el aire se tornó tan denso que a Blanca le costó respirar. La angustia se le agolpó en la garganta y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para contener las lágrimas.

Yo también discutía a menudo con Diego, añadió Andrea, pero eso no significa que no le quisiera. Estoy segura de que tu padre sabía que le querías.

¿Habías discutido con él este fin de semana?, preguntó Blanca, en un intento de reconducir la conversación.

Sí, y no era una novedad. Siempre estábamos como el perro y el gato.

¿Y por qué comenzó la discusión?

Andrea se echó la manta sobre los hombros y se levantó. Sus movimientos lentos la convertían en un fantasma errante en una casa embrujada. Se acercó a la ventana, con la taza en las manos miró hacia afuera y en el rostro se le marcó una expresión extraña.

La verdad es que no lo recuerdo. Salimos a caminar y él quería ir muy lejos y muy deprisa, y

me dejaba atrás todo el rato. No sé. Me hacía sentir un lastre. Al volver a la casa, estuvimos todo el día sin hablarnos y yo me resguardé en el cobertizo.

El cobertizo donde está el cuerpo de Diego.

Sí. Quería estar sola y me pasé la tarde allí, observando todas aquellas pinturas.

¿Te fijaste en los lienzos?

Andrea contuvo el aliento unos instantes, antes de volverse hacia Blanca. Su rostro a contraluz era más sombrío que de costumbre.

Cómo no. Hay algo en ellos que te atrapa, ¿no crees?

La rabia. Ese aliento endemoniado que te susurra constante y te incita a perder el control de ti mismo, a estallar. Cuando la sientes escarbar entre barrizal de tu mente con sus garras de fuego ya puedes echarte a temblar. El combate con la rabia es duro y enraizado.

La rabia es odiar, es desatarse. Destruirlo todo. Hundir una cabeza con fuerza bajo el agua, cualquier cabeza, qué más da, lo único que importa es ahogar el dolor, atarlo a una piedra y sumergirlo hasta lo más hondo del lago. Hacer que pare.

La rabia es bilis, la rabia es furia, la rabia es quedarte sola gritando al vacío. La rabia es acabar con todo, con lo que te importa y con lo que no, desprenderse del apego a las cosas, destruirlas. Arrasar. Dejar que todo arda y no hacer nada para evitarlo. Quedarte parada frente al mundo ardiendo mientras observas cómo se evaporan todos los alientos. Eso es la rabia en estado puro. Actúas sin dudarlo un solo instante, acabas con todo, porque es más duro y más fiero el dolor que sientes que la existencia de todo lo demás.

Un estallido.

La rabia germina en ese latido contenido en el pecho cuando ves que te están haciendo daño y no puedes evitarlo. No puedes hacer nada. Solo quedarte quieta, atada de pies y manos, mientras presencias el asedio a tu cuerpo, mientras alguien aprieta tu propia cabeza bajo el agua para ahogarte a ti también. Palpas la crueldad en estado puro, pero no reaccionas; te conviertes en una mente congelada que no actúa, solo aguarda. Y mientras tanto la rabia comienza a fermentarse en lo más hondo de tus tripas y espera sigilosa el momento idóneo para resurgir y vengarse.

Lo intenté varias veces, apedreé aquella puerta con todas mis fuerzas hasta que la derrumbé. Al entrar allí dentro, descubrí que aquel cobertizo solo era un cuartucho oscuro y destartalado, más pequeño de lo que parecía por fuera. Con húmedas paredes construidas de listones de madera podridos, llenas de agujeros ennegrecidos por donde entraban y salían bichos. Las cucarachas del bosque.

Arrojé la pesada piedra a un rincón. Olía a mugre y el polvo se condensaba en la garganta, formaba costras de saliva en la laringe que me provocaban una tos seca al respirar, pero aun así sentí que debía estar allí. En aquel lugar había algo más grande que yo. No podía nombrarlo ni sabía qué era, pero se removía. Algo esperaba a ser descubierto. Un aliento me sopló en la nuca. Me giré, pero no había nadie.

Solo yo.

Quise encender la luz, pero allí no había instalación eléctrica, una claridad blanquecina entraba por el tragaluz y tuve que acostumbrar a mis ojos a la penumbra. Había muchos trastos

desperdigados por el suelo y los estantes. Tablones de madera, leña seca, y también herramientas de trabajo, cubos, una tabla de planchar con las patas oxidadas, una pelota de plástico deshinchada, cajas, muchas de ellas repletas de enseres antiguos, la mayoría eran libros viejos y cuartillas de dibujo polvorientas. El papel era rugoso y había amarilleado ligeramente, así que deduje que llevaban allí mucho tiempo.

Entonces, descubrí el caballete. Estaba con las patas plegadas y sufrido contra la pared, junto a una hoja de lata vieja cargada de brochas usadas con las hebras secas y duras como inermes espinas. Lo entendí todo. Aquel había sido el barracón de un artista. Bajo la ventana encontré un arsenal de lienzos, estaban colocados unos sobre otros y envueltos en lino para evitar el deterioro. Me acerqué y los fui desenvolviendo uno a uno. Las pinturas eran idénticas y compartían la misma gama cromática. Negro, marrón, verde y blanco, diferentes tonalidades mezcladas en un degradado confuso. Todas reproducían escenas de la montaña y del bosque, eran retales de vegetación; de árboles, de tierra, de musgo y en alguna incluso se veía el cielo. Era un cielo muy extraño que no era azul, ni anaranjado, sino que estaba pintado de blanco, de un blanco brillante que me hizo pensar en la nieve. Era como si el mundo se hubiese invertido; la nieve ya no estaba bajo los pies, sino encima de las cabezas. Era como estar atrapado en una esfera de cristal, de esas que se regalan en Navidad y que los niños agitan con fuerza. Era como estar allí dentro, con centenares de diminutos copos de poliespán revoloteando alrededor.

Desenvolví todos los cuadros. Los coloqué con cuidado unos al lado de los otros, extendiéndolos por el suelo y las paredes, y enseguida me percaté de que formaban una secuencia temporal: los estadios del bosque en cada de las épocas del año. Otoño. Verano. Invierno. Y la ausencia latente de la primavera. Quise pensar que era un esquivo voluntario del artista que deseó rechazar la belleza de la estación más luminosa de todas.

Cuando desprendí la tela el último lienzo, me di cuenta de que era diferente. En la escena no solo se veía el bosque, sino que también aparecía la casa. Mi casa. La fachada empedrada y el musgo germinado sobre el tejado, la escalinata torcida y el porche solitario. La habían pintado desde lejos y daba la impresión de ser más pequeña de lo que realmente era porque la nieve la cubría por completo. En una de las ventanas había algo diferente. Me acerqué a la pintura y divisé en esta una silueta oscura perfilándose tras el vidrio opaco. Cabeza negra, torso negro, y un vacío espectral en los ojos. Ojos de calabozo colmados de ceniza que se asomaban a la ventana para observarme. Me quedé atrapada en aquel cuadro. No sé cuánto tiempo estuve allí, engullida por su magnetismo. Solo recuerdo que se hizo de noche y un espasmo me trepó por las piernas.

Como el centelleo de una descarga eléctrica.

Cuando volví a la casa, encontré a Diego en el sofá. No hacía nada. Estaba sentado en una de las sillas mirando hacia los árboles. Estaba muy serio e intuí que me esperaba. Subí los escalones con lentitud, me pesaban las piernas y estaba débil, conmocionada, con una comezón extraño creciéndome dentro. Entonces creo que la vi, de reojo, pero allí estaba… la silueta de sombra del cuadro vigilándome desde la ventana. Aquellos mismos ojos huecos postrados sobre mí.

Tenemos que hablar, me dijo él. No podemos seguir así, cada uno por su lado como si no estuviéramos juntos.

¿Lo estamos?

Me apoyé en la barandilla y saqué del bolsillo mi cajetilla de tabaco. Los dedos me temblaban, no sé si por el frío o el miedo, no recuerdo. Me fumé un cigarro mientras el silencio

se solidificaba en el aire.

Diego, ya no queda nada más, le dije al final.

Andrea, no empieces. Y tras mi nombre una sucesión de pretextos sin sentido. Andrea. Cuando pronunciaba mi nombre estirando la última A, An-dre-aaa, siempre lo hacía para convencerme de algo, para llevarme a su terreno. Diego se camuflaba tras su disfraz de hombre atormentado para manipularme. Aquella escena me la conocía bien, y sabía que no debía ceder, porque era evidente lo que pasaría después si lo hacía. Sabía que él mutaría y se convertiría en todo lo contrario: en un demonio. En una bestia. En el Minotauro con la cabeza de toro que aguarda en el corazón del laberinto.

Me acabé el cigarro y sin más que decir, me metí en la casa. Tenía frío. Dentro, fuera, en el cobertizo. En todos lados. Entonces Diego me gritó desde el porche. Me pidió que volviera. Que no lo dejara hablando solo. Que no lo ignorase. Que quién me creía que era. Que no iba a consentirme nunca más esa actitud.

¡Nunca más! ¡Vuelve aquí!

Pero yo no quise, yo era más fuerte, más fuerte que él, más fuerte que todos. Le grité con todas mis fuerzas desde dentro de la casa, le pedí que me dejara en paz. Lo dije con tanta furia que las palabras salieron de mi boca punzantes como cuchillos arrojadizos que se clavaron en las paredes, que hicieron temblar los vidrios y entonces mi coraje creció hasta superar a todos los miedos que había sentido hasta aquel momento.

Sin embargo, cuando oí cómo Diego se incorporaba de la silla y corría sobre las tablas del porche hacia la puerta, me asusté. Un temblor me desgarró de miedo y eché a correr también. No era capaz de enfrentarme a aquello. Otra vez no. Crucé el salón y me metí en el baño. Entré, eché el cerrojo desde dentro y me senté en el suelo, con la espalda contra la puerta. Me mareaba, tenía el corazón atravesado en la garganta y por mucho que intentara tragármelo, hundirlo en mi estómago, sus latidos nerviosos me subían hasta la boca. Procuré no hacer ruido, respirar despacio para que no me oyera, pero era difícil desaparecer en aquella casa minúscula colmada de crujidos y de pena.

¡Andrea!, me gritaba golpeando la puerta con el puño, déjame pasar, tenemos que hablar. ¡Eres una niñata! ¡Siempre me dejas con la palabra en la boca! ¡Eres una cría maleducada!

Cada reproche que me lanzaba era una bala entre mis costillas. Me abracé la cabeza y me tapé los oídos con las manos, pero aun así escuché lo tonta, lo asquerosa y lo inaguantable que era. Y yo, congelada, echa un ovillo, con la cabeza metida entre las piernas y un deseo escamoso de huir de allí, de estar muy lejos de aquella casa, de aquel infierno.

No recuerdo cuánto tiempo estuve así, esperando a que se calmara. Observé a través del ventanuco del baño al cielo fundirse muy despacio, las fugaces plumas negras de un mirlo vespertino cruzando de un extremo a otro. Y entonces me vino la rabia. Después de todo lo que había sufrido, estaba allí de nuevo, con él, repitiendo uno a uno todos los errores que había cometido con anterioridad. Ya no estábamos en Londres, ni en Barcelona, pero sí allí, juntos de nuevo, intentando salvar algo que ya no existía. Él me había prometido que aquel fin de semana sería maravilloso, un comienzo nuevo para los dos.

Y una mierda.

Entonces lo recordé todo. En mi cabeza aquella escena maldita de un pasado imposible de esquivar, y reviví lo ocurrido aquella noche. La noche que lo cambió todo.

Blanca Costa comenzaba a estar cansada; tras varías horas conversando con Andrea, no sabía

cómo continuar. Le invadía una sensación extraña, como si a lo largo del interrogatorio se hubiesen girado las tornas y los roles ya no fueran los mismos que al principio; Blanca ya no era investigadora, ni Andrea testigo. Se habían convertido en cualquier otra cosa menos en eso.

Blanca sabía que había cometido un grave error. Que mostrar sus sentimientos a la chica le traería consecuencias. Andrea no era una amiga, sino algo muy distinto; la principal sospechosa de aquel asesinato. Respiró hondo y decidió salir a buscar a Pol. Necesitaba saber cómo avanzaba el análisis forense, si habían encontrado alguna pista que aclarase las dudas que se agolpaban en su cabeza.

Afuera parecía que el cielo no estaba tan oscuro como antes. Pol estaba junto al coche patrulla conversando con la unidad de la Policía Canina que acababa de inspeccionar la zona alta de la montaña. Blanca le hizo un gesto con el brazo y él fue a su encuentro. Subió los peldaños de la entrada de la casa de dos en dos, nervioso.

No han encontrado nada, Blanca. Han rastreado un radio de diez, doce kilómetros y no han detectado ningún rastro, de nadie.

¿Y en los refugios?

Nada, están vacíos y cerrados. Como si nadie hubiese pasado por allí en toda la temporada, contestó mientras se frotaba las manos para entrar en calor.

Si el asesinato se cometió tras la nevada, debería haber rastros en la zona. ¿Alguna noticia de Tráfico?

Todavía no, he avisado por radio hace un par de horas.

Bien, entonces hay que esperar a ver qué encuentran.

Sí, contestó Pol con indecisión. Blanca, entonces, ¿crees que ha podido ser una tercera persona?

Antes de que pudiera responderle, el equipo forense los llamó desde la explanada que lindaba con el cobertizo y ambos se acercaron allí. El médico que dirigía la unidad llevaba tiempo trabajando en la provincia y Blanca confiaba en él, así que puso especial atención cuando les informó de los detalles de la investigación y el procedimiento del levantamiento del cadáver.

¿Y han encontrado algo sospechoso, o tiene alguna hipótesis de lo que ha ocurrido aquí?

Es muy extraño, inspectora. No hemos encontrado nada más que huellas del chico y de su novia. No hay rastros de otras personas.

¿Y las pisadas que había alrededor de la casa? Según la chica, eran de botas grandes, de montaña.

No hemos podido analizarlas. Si existen, están cubiertas completamente por la nieve. Ha sepultado toda la zona y es tan reciente que resulta complicado hallar evidencias sobre el terreno, explicó señalando con el brazo las zonas sobre las que habían trabajado. Puede que cuando la nieve se deshaga podamos volver e investigar más a fondo. Volveremos de aquí a unos días.

¿Y el interior del cobertizo?

Dentro hay pocas evidencias de que haya habido otras personas salvo de la víctima y su pareja.

No entiendo. Este es un crimen violento. Intuyo que lo ha cometido una persona con la fuerza necesaria para agarrar al chico y rasgarle el vientre, que alguien vino hasta aquí siguiendo a la pareja, que cometió el crimen y luego huyó.

El forense asintió con la cabeza e hizo una breve pausa antes de responder.

Sin embargo, no hemos hallado ninguna evidencia de forcejeo dentro del cobertizo, Costa. Creemos que no hubo actividad dentro y los indicios señalan que la víctima no opuso resistencia. Al chico le clavaron el cuchillo de frente; fue una incisión limpia y profunda, y todo apunta a que estaba desprevenido cuando lo atacaron. Aunque sabremos más cuando se realice la autopsia.

El forense ofreció el informe a Blanca y ella echó un vistazo al contenido de la carpeta. Había varias polaroids del cuerpo de Diego realizadas desde diferentes perspectivas. Las fotos mostraban el cadáver tan de cerca que aquello no parecía el cuerpo de un hombre, sino una amalgama de carne, tejido y sangre reseca, y a Blanca le entraron ganas de vomitar de nuevo.

Entonces quiere decir que le atacó alguien que lo conocía porque estaba con la guardia baja, ¿cierto?, preguntó Pol.

Exacto, asintió el forense, y además alguien lo tapó con una colcha después. ¿Quién lo hizo, su novia o ustedes?

¿Es un dato de importancia?, preguntó Pol.

Mucho, es un tic frecuente en móviles pasionales. Una vez cometido el crimen, el asesino tapa a la víctima para no ver lo que ha hecho. Es un gesto de arrepentimiento que refleja cercanía con la víctima, ¿entiende?

Blanca tomó aire. Mientras leía el informe un pitido le estalló en el oído izquierdo. No era capaz de procesar toda aquella información, creyó que faltaban datos porque aquel caso no podía ser tan simple. No es posible, pensó, aunque pareció que lo decía en voz alta porque tanto su compañero como el forense se la quedaron mirando.

¿Y ahora qué hacemos, jefa?

No entiendo nada, la verdad. La chica no tiene un móvil claro para hacer algo así.

El equipo comenzó a replegar el instrumental de trabajo, así que el forense se despidió y se reunió con ellos. En una camilla metálica portaban el cuerpo de Diego. Estaba metido en una bolsa oscura impermeable y atado a la camilla con varias cuerdas de sujeción. Dos agentes empujaban la camilla hasta el furgón. Las ruedas se encallaban en la nieve y la camilla se tambaleaba como si estuviera a punto de volcar.

No puede ser ella, Pol, comentó Blanca cuando se quedaron solos.

¿Por qué no?

Ella vino aquí por él, ha sacrificado muchas cosas por él, y le quería. Tú mismo la has visto llorar desesperada. Cuando la nieve se deshaga volveremos para recoger más pruebas de las huellas que hay alrededor de la casa. La chica dice que escuchó ruidos por la noche y que parecían ser de hombres. ¿Y qué pasa con el vecino? ¿Dónde está?

Pol aguardó un instante y aunque pareció que iba a decir algo, al final no lo dijo y la duda creció entre los dos como una mala hierba. Los forenses plegaron las patas metálicas de la camilla y empujaron el cuerpo al fondo del furgón mientras el resto de los presentes formaban un corro alrededor como una especie de cortejo fúnebre.

En aquel preciso momento, un grito aterrador estalló en la casa. Blanca se asustó y corrió hacia la entrada y, al pie de las escaleras, encontró a Andrea. La chica había salido al porche y se agarraba a la barandilla con las dos manos como si no pudiera sostenerse en pie. Estaba furiosa y gritaba con todas sus fuerzas. Un aullido tan fiero y crudo que parecía brotar de lo más profundo de sus entrañas. Olía a sangre, a bilis, era Linda Ceballos retorciéndose desde la cama de aquel hospital. Intentó bajar las escaleras, balanceándose de un lado a otro, era un amasijo de huesos

trémulos que se descoyuntaban del tronco y su boca, alargada, insondable, albergaba un plañido agrio que imploraba su nombre.

¡Diego!

El nombre atascado en la garganta como una ascua ardiendo. Bajó la escalinata tropezándose con los brazos abiertos como si quisiera agarrarse a los brazos de otro, como si buscara un abrazo desesperado que la sostuviera en pie.

¡Diego!

No paró de llamarlo y, cuando los agentes la sujetaron, cuando la cogieron por los codos y la retuvieron para que se calmara, y para evitar que se hiciera daño y se volviese loca del todo, ella pataleaba y arañaba al aire intentando desprenderse de aquellos que la agarraban para irse tras él, para seguir a aquel furgón negro que se había llevado al amor de su vida. Nunca me ha gustado el frío. Yo era como la mayoría de las personas que intentan evitarlo a toda costa, pero desde aquella noche el frío me transforma. Respiro hondo, lo sorbo lentamente con los labios apretados como si inhalara el humo de un cigarro ausente, y entonces el frío se expande en mi boca y lo mastico, me lo trago y me cala el estómago, los huesos, me electriza, a veces incluso siento que me detiene los latidos del corazón. Este corazón mío se convierte en un puño de cristal, en un diamante, duro y frágil a partes iguales, y entonces siento que me duele. Ahora creo que el frío es lo único que me mantiene viva.

Cada vez que cierro los ojos vuelvo a aquella casa.

A aquel día.

A Blanca.

Parecía mentira que se mantuviese en pie después de tantas horas metida allí. Yo me estaba acostumbrando a la dureza de ese espacio encapsulado donde el tiempo parecía quebrase, pero ella… Me dio la impresión que la fatiga la estaba consumiendo por dentro. No había pegado ojo en varios días y me recordó un poco a mí; porque tenía esa desesperación asomando de las pupilas, igual que yo.

Después de llevarse el cuerpo de Diego, aún me tuvieron un par de horas más retenida allí. No entendí por qué. Costa me dijo que era para que me calmara, pero yo sabía que había algo más. Que quería algo de mí que yo no sabía darle. Me preparó otro té y me ofreció un ansiolítico. Los mismos que yo solía tomar. Me puse uno bajo la lengua y me estiré bocarriba en el sofá, estaba tan dolorida que era incapaz de mantenerme erguida. Mi cuerpo ya no era mi cuerpo, sino un arenal pedregoso, un puñado de brasas, la resina viscosa que supura de la cavidad de un árbol. Sentí que mi corazón había dejado de latir y la fuerza de la gravedad me agarraba por los tobillos y me estiraba hacia abajo con soberbia.

Maldita casa.

El péndulo de aquel reloj sonaba cada vez más fuerte. Me desgastaba sin prisa, como el viento erosionando la superficie de un risco. Mi piel se agujereaba formando orificios profundos de suaves contornos a los que ella, Blanca Costa, se asomaba una y otra vez con intención de exhumar mis secretos más recónditos. La mujer contra la roca. Una lucha basada en la resistencia, la de una y la de otra. Pese a la comprensión con la que la inspectora Costa me hablaba, aquella situación me resultaba más violenta que antes. Yo, con el cuerpo retorcido en el sofá, los pies en alto sobre un cojín mullido y los nervios retorcidos bajo la manta. Tenía frío, sed, y me sudaban las manos. Y ella, Blanca, como la nieve, Blanca, sentada de nuevo en su butaca de orejas, haciéndome las mismas preguntas. Incansable. No tenía opción de escapar, así

que lo único que pude hacer fue seguir hablando. Debería haber llamado a un abogado, haberme negado a todo, haberles dicho que no quería hablar más, pero había algo en aquella mujer que me vencía. Su perseverancia me empujaba irremediablemente a arrojarme al vacío.

A saltar.

¿Estás mejor?, me preguntó, y le contesté que sí, que lo estaba, pero no era verdad.

¿Has estado tomando algún tipo de medicación estos días.

Le contesté que no, que aquel fin de semana no había tomado nada más que té. El té era lo único que me tranquilizaba.

Y es curioso porque el té suele alterar a casi todo el mundo, menos a mí.

También le estuve listando los medicamentos que mi psicólogo me había recetado. Alprazolam. Flufenazina. Venlafaxina. Algunos sin una cadencia específica, me aconsejó que me los tomara solo cuando los necesitara. Cuando me sintiera nerviosa, excitada, o cuando no pudiera dormir, o cuando sintiera que la vida se volvía inaguantable, pero no me marcó siquiera unas pautas concretas, le dije a Blanca, que tenía acceso pleno a todo tipo de estupefacientes y ella anotó mis comentarios en su libreta como si no me creyera.

¿Te las recetó después del incidente?, preguntó mirándome a los brazos.

Sí, pero entonces no las tomé. No las necesitaba. El incidente, como lo llamas, fue algo puntual. Un error. Nunca he tenido intención de matarme…

Y tras mis palabras una sospecha incómoda inundó la habitación. Trepó por las paredes como una hiedra siniestra y se enredó entre las vigas hasta cubrir todo el techo con sus retorcidas ramificaciones de hojas negras.

¿Y sueles tomar algún tipo de droga?

Percibí su ansiedad incipiente. Aunque intentara disimularlo. Aunque calculase las distancias entre sus impertinentes preguntas y mis respuestas incómodas.

Yo nunca tomo esas cosas.

Pero Diego sí las tomaba. ¿Las ha tomado este fin de semana?

Que yo sepa no.

Andrea, le haremos la autopsia y lo sabremos todo. No hace falta que lo encubras.

Pero le insistí que no, que Diego no se había metido nada durante aquellos días.

Al menos, no en mi presencia. Lo había dejado y aun así cuando se metía no solía perder el control. Salvo una vez, esputé de repente.

¿Una vez?

Sí, una vez… que perdió el control del todo, que dejó de ser él y se convirtió en otro.

Te pegó.

No. No, exactamente. Aunque la violencia puede articularse de muchas maneras, inspectora. La violencia es una especie de fango quebradizo que adquiere infinidades de formas distintas cuando lo humedeces. Y todas hacen daño.

¿Estás diciéndome que has sufrido algún comportamiento violento por parte de Diego?

Al final, todos acabamos confrontando algún tipo de violencia en algún momento de nuestras vidas. Esta late en todos los rincones, de todas las casas. Tras un reproche, en nuestra cabeza, en la calle, en la escuela y en los corazones rotos, y la mayoría de las veces nos convertimos en cómplices de ella. Cuando somos testigos de violencia referida a los demás, nos callamos, y de igual modo silenciamos la que sufrimos nosotros mismos.

Costa se revolvió en la butaca. Ansiosa y resbaladiza como una anguila eléctrica fuera del agua. Supe que mis palabras la removían por dentro porque se inclinó hacia delante y habló con una sobriedad metálica.

Andrea, no te andes con rodeos. Se acabó. Quiero ayudarte, pero tienes que contarme qué pasó.

¿Qué pasó? Buena pregunta, porque apenas recuerdo nada de lo que ocurrió aquella noche. Una que al principio me pareció como muchas otras; pizza, una peli, los regueros de lluvia deslizándose tras la ventana, la luz rojiza de un pararrayo tintineando a lo lejos. Todo parecía estar en orden. Todo parecía ser como todas las noches. Sin embargo, acabó convirtiéndose en algo muy distinto, en el momento más oscuro de mi vida.

Fue la última noche que estuve en Londres.

Diego y yo discutíamos con frecuencia y siempre lo hacíamos por la misma razón: él amaba su desmadrada vida, y yo lo amaba a él. Iba de fiesta en fiesta, de cama en cama, y cuando se cansaba de todo eso, a veces se acordaba de mí, y entonces venía a mi casa a ras tras a pedirme perdón. Disculpa por desaparecer, cariño, por olvidarme de ti. Diego siempre volvía. Lo hacía cargado de frases atormentadas entre los dientes, triste, con ansias de follar con alguien que le mirase a los ojos, que le dijera cosas bonitas y le acariciase el pelo después. Eso era lo que más le gustaba del mundo, que le acariciasen la cabeza lentamente mientras se quedaba dormido. Y cuando se dormía, yo me quedaba despierta, sometiéndome a una vigilia penitente mientras me preguntaba qué estaba haciendo allí.

Quién era él, quién era yo.

La agente Costa me preguntó si Diego consumía algún tipo de droga para mantener ese ritmo de vida. Sí, pero además era adicto a muchas otras cosas. Al sexo, al éxito social, al dinero, y sobre todo a las mentiras, y yo llegué a un punto de inflexión en que comencé a cansarme de todo eso. Llevaba varios meses en Londres y me sentía sola. Diego pasaba de mí y yo, tan idiota, le había perdonado todo; el episodio del pub, su escarceo con Rebeca. Le había abierto las puertas de mi casa una noche tras otra. Le había hecho de madre, de novia, de amiga, y ya no podía soportarlo más. Hay veces en que por más que te empeñes en estar con alguien, si esa persona no siente lo mismo por ti, acabas sola y batallando con monstruos de niebla. Aquellas sombras grises proyectadas en la bruma del tiempo que no me dejaban ver nada: ni lo que éramos, ni en lo que nos habíamos convertido.

¿Hablaste con él de todo esto?

Pues claro que hablé. Cuando hablaba de todo esto con Diego y le explicaba cómo me sentía, él siempre se quedaba callado, encorvaba la espalda hacia delante y fijaba la mirada en el suelo. Hacía ver que me escuchaba, pero yo sabía que estaba pensando en otra cosa porque no decía ni media palabra y solo cuando notaba que mi voz se endurecía y presentía que iba a dejarlo, entonces se volvía hacía mí y me inundaba de mentiras. En ocasiones eran reproches, otras veces promesas, pero lo que no faltaba nunca eran sus acusaciones crudas y violentas. Diego siempre encontraba una razón para culparme de la situación y eso era lo que más me enfurecía, que me hiciera responsable de nuestro fracaso como si fuera yo la que mentía, la que defraudaba, la que no era capaz de amar ni de respetar lo nuestro.

Hasta que un día me harté de verdad y, en medio de una de nuestras discusiones, le dije que me volvía a Barcelona, que lo tenía decidido, había comprado los billetes aquella misma semana y me largaba definitivamente, y que se acabó, se acabó toda aquella basura.

¿Y él qué hizo?

Diego se puso furioso. Me gritó y luego se fue de mi casa arrollando todo a su paso. Dejó la puerta abierta de par en par, pero al llegar al rellano de la escalera, se detuvo y se volvió hacia mí haciendo que reía aunque solo sonreía, me clavó una mirada ácida y soltó un «tú sin mí nunca serás nada».

Aquella podría haber sido una discusión más, de esas que solíamos tener cuando venía a mi casa borracho, pero aquel día no fue de esos. Aquel día estaba convencida de verdad, así que preparé mi regreso. Hacer las maletas y finiquitar la fianza del piso me costó unos días, y durante ese tiempo ignoré a Diego. Bloqueé su número para que no me llamara, por si acaso, quería arrancarle de raíz de mi vida, que no pudiera localizarme y no me buscara para hacerme cambiar de opinión. Necesitaba estar sola y necesitaba pensar. Huir bien lejos. Sin embargo, por otra parte, sabía que eso provocaría una reacción en él, que al no hablarle y cortar la relación, volvería a mí. Los narcisistas como él suelen hacerlo; cuando los ignoras y les demuestras que dejas de ser un satélite orbitando a su alrededor vuelven con más fuerza.

Aquel era un juego peligroso, le expliqué a Costa, porque no podía huir de Diego, él no soportaba que alguien lo abandonase. Estaba segura de que iba a volver a buscarme. Nunca me lo he perdonado, Blanca.

¿El qué? Lo dejaste y ya está. Estabas en tu derecho de querer marcharte de su lado.

Sí, pero había una parte de mí que esperaba que él reaccionara, que se diera cuenta de lo que estaba perdiendo y que volviera a buscarme, que cambiara e hiciera que todo se transformara con él. Eso deseaba en el fondo.

Aquella era mi la última noche en Londres. Tenía las maletas en el pasillo y los billetes impresos sobre la mesa del recibidor. El ambiente en mi piso era denso, había algo destilado en el aire, esa pulsión extraña que sientes antes de emprender un viaje. Dejaba atrás muchas cosas y estaba alterada. Había comprado los pasajes de un día para otro y mi vuelo salía a las siete de la mañana. Puerta de embarque seis. Asiento quince, fila siete. Debía estar en el aeropuerto a las seis y sabía que aquella noche me costaría dormir, así que me hice un té y me estiré a leer en la cama para relajarme. Sobre la medianoche sonó mi móvil. Vi que era un número desconocido, pero lo cogí sin pararme a pensar.

Era Diego.

Por el murmullo que se oía de fondo creo que me llamaba desde la cabina de algún bar. Soy yo, me dijo, y una sacudida me estremeció. Colgué. Lo hice sin pensar, como un acto reflejo al oír su voz al otro lado de la línea. Llevaba casi dos semanas sin saber de él y quería mantenerme fuerte; al fin había tenido el coraje de dejarle y volver a casa y no quería verle ni darle más vueltas a lo nuestro porque lo que había entre los dos estaba roto y aquello era el final. Me repetí ese mantra a mí misma mientras el móvil volvía a encenderse. Me llamó varias veces y, como no cogí el teléfono, dejó varios mensajes en el buzón. Entonces no pude resistirme a escucharlos. Su voz estaba cargada de desesperación. Decía que quería verme, venir a casa, volver conmigo. Eso me decía, que me echaba de menos. Y al cabo de unos minutos, volvió a llamarme. Aunque esta vez no fue al teléfono, sino al timbre del edificio. Me asusté. Pero en ese momento no pensé que fuera él y me levanté de la cama, descolgué el aparato como si no pasara nada, como si no fuesen las tantas de la madrugada. Descolgué y entonces escuché su voz. Estaba llorando. El gran Diego derrumbado, rogándome que le dejara subir, que quería abrazarme por última vez.

¿Y entonces qué hiciste?

Entonces me equivoqué.

La *idiota* apretó el botón del portero automático, giró el cerrojo y accionó la maneta para abrir la puerta de la casa. En el rellano hacía frío, pero aun así asomó su cabecita despeinada, estaba descalza, el eco helado de la escalera le raspaba la planta de sus pies. ¿Estás ahí?, susurró al vacío oscuro de la escalera, y esperó unos instantes hasta que una silueta desgarbada se vislumbró entre la penumbra. La *idiota* se encogió al verle, pues vio que las lágrimas le corrían por las mejillas y le hundían el rostro hacia dentro, que estaba destrozado.

Diego.

Entonces la *idiota* lo abrazó y no pudo hacer otra cosa que compadecerse de él. Lo hizo muchas veces aquella noche. Al verlo así, tan débil, sintió que era ella la que estaba por encima y que desde ese instante todos los roles eran nuevos. Y le gustó. Sintió placer al sentirse fuerte, al ser la persona que controlaba la situación.

Qué idiota.

La *idiota* lo dejó pasar, le ofreció una tila, café, té, ¿qué te apetece?, le preguntó, y él le dijo que solo quería hablar con ella un minuto y accedió. Pero no fue un minuto, fue mucho más. La *idiota* observó que él traía la ropa empapada por la lluvia, así que le dio la manta para que no se enfriara, se la echó por encima porque estaba temblando. La *idiota*, al verlo así, quería consolarlo, la muy idiota aún guardaba la esperanza de arreglar las cosas. No quería volver con él, de eso estaba segura, pero sí creyó que podrían ser amigos.

Amigos, por qué no.

Después de hablar durante un rato, y tras una conversación cargada de recovecos, él dijo que se encontraba mal y le pidió quedarse a dormir. La *idiota* le respondió que bueno, es muy tarde, puedes quedarte en el sofá, e hizo lo que solía hacer siempre; confiar. Y la *idiota* se metió en la cama, miró su reloj y vio que eran las dos. Repasó mentalmente los preparativos de su viaje. Puerta de embarque seis. Asiento quince, fila siete. Pensó que aún podría dormir unas cuatro horas antes de que sonara el despertador, así que la *idiota* bostezó y pensó que todo iría bien, que después de aquello solo podrían venir cosas buenas, y entonces apagó la luz.

Y allí, en mitad de la oscuridad, el monstruo se despertó.

La *idiota* estaba medio dormida, rendida a ese momento evanescente en el que transitas entre la consciencia y el sueño. Se encontraba en un bosque, en pleno crepúsculo, el cielo se incendiaba sobre ella y las lanzas de verdor fluorescente de la aurora boreal despuntaban por encima de los árboles como una corona de espinas bendecida por los dioses. El mundo, en todo su conjunto, era un gran espectáculo cósmico. Comenzó a caminar sin miedo entre las sombras, palpando con sus manos la piel quebradiza de los árboles, soldados inmóviles que la custodiaban ante cualquier amenaza. Fue emboscándose poco a poco en su bosque animado, compuesto de telarañas invisibles y motas de rocío suspendidas en el aire, donde el silencio se rizaba entre las ramas más altas entonando un cántico ancestral hacia lo alto. La *idiota* se sentía tan bien allí que no se acordó de las moralejas de los cuentos, ni de los lobos feroces; tenía derecho de andar sola por aquellos senderos de tierra húmeda porque sentía que de algún modo ese bosque onírico le pertenecía, y en él era imposible que le ocurriera nada malo. Y entonces se durmió del todo.

No escuchó el primer gruñido, tampoco los que sucedieron a este. No sintió los movimientos del monstruo enroscándose con sigilo entre las sombras, ni las pisadas salvaje sobre el suelo nevado, ni tampoco cómo se abría lentamente la puerta de su habitación.

El monstruo.

La piel de acero, los brazos vellosos.

Se abrió paso entre los arbustos con sus dedos áridos y su boca ensalivada de odio. Contempló a la *idiota* un instante antes del ataque, su espalda desnuda, la sinuosidad de los contornos de su cuerpo, el movimiento ascendente de su respiración. Estaba sola. Husmeó su rastro con desesperación y ansia, en el sendero, bajo las sábanas, y cuando estuvo lo bastante cerca, desplegó sus garras hasta alcanzar su piel y la tocó, rozó el vello transparente de la curvatura de su cuerpo mientras la *idiota* seguía durmiendo. Idiota indefensa. Idiota inocente. En mitad del sendero de aquel bosque onírico, una sombra tenebrosa la agarró por la cintura y la tumbó en el suelo, y cuando al fin despertó ya era demasiado tarde: el monstruo la había rodeado.

Al principio, la *idiota* no sabía qué estaba pasando, no entendía nada. Es una broma, pensó, pero entonces el monstruo la agarró por los hombros para inmovilizarla y comenzó a balancear su cuerpo erecto sobre su vientre y sus muslos, y entonces la *idiota* comprendió de verdad; aquello no era un juego, ni un sueño, el monstruo la había atrapado y entonces comenzó a gritar. Gritó con todas sus fuerzas, pero nadie la escuchó desde las profundidades de aquel frondoso bosque. Intentó quitarse al monstruo de encima, lo arañó, lo empujó, luchó por despegarse de su piel aquella carne sudorosa y trémula, pero el monstruo era una bestia terrible; más grande, más pesado, más fuerte que ella, y la *idiota* ya no pudo hacer nada. Suéltame, por favor, pero su grito se desvaneció en un suspiro ahogado entre las sábanas. El monstruo le puso una zarpa en la boca y otra alrededor del cuello, le susurró que la deseaba, que la quería, como si aquello fuera suficiente. La *idiota* intentó morderle la mano pero le faltó el aire, las garras del monstruo le presionaban con fuerza la garganta, y cuando la *idiota* se mareó, el monstruo le aplastó la cara contra la almohada y a partir de ahí a la *idiota* le cuesta recordar nada más.

No se acuerda de que el monstruo estuvo penetrándola por detrás con violencia y despecho. Que la sometió. Y la *idiota* no pudo hacer nada, solo quedarse quieta mientras el monstruo la agarraba y la poseía de la manera más brutal. La *idiota* supo que aquel era el final, el final de su vida, el final de todo lo que había tenido sentido, así que se fue volando de allí, abandonó su cuerpo a la deriva y su alma voló hacia arriba, hacia el techo, y desde allí fue testigo de todo. Agarrada a la lámpara polvorienta de aquella lúgubre habitación del centro de Londres, presenció cómo el monstruo se apoderaba de ella. Vio su propio cuerpo, su cabellera oscura cincelada sobre las sábanas blancas, su pierna derecha colgando del colchón como si estuviese muerta, la fragilidad de su aliento sepultado bajo esa espalda peluda que se estremecía de placer y venganza.

Y entonces la *idiota* jamás volvió a ser la misma. Y se fue del todo, y volvió al bosque, a un bosque donde no había lobos feroces ni monstruos, donde no era de noche ni existían las sombras y todo estaba nevado. Todo estaba arropado por la nieve de un blanco nuclear, helado y virgen, y el sol vertía con brío su calidez sobre las laderas blancas.

¿Y qué pasó después?, me preguntó Blanca tras escucharme con atención.

Pero me costó contestar porque sentía que me habían vaciado por dentro. La verdad violenta que me amordazaba desde hacía meses se había evaporado en un solo instante, trepó desde mi boca por las paredes de aquella casa maldita y lo impregnó todo de una embriaguez nauseabunda.

No recuerdo muy bien qué pasó después, le respondí al final. Creo que me desperté sola en la cama. Me levanté, me vestí y dejé las llaves en el buzón. Eso era muy importante para la casera

que me arrendaba el piso, me lo repitió varias veces cuando me entregó la fianza; que le dejara las llaves en el buzón. Y así lo hice, y luego cogí un avión. Eso es lo único que recuerdo. En mi cabeza solo aquello: puerta de embarque seis, asiento quince, fila siete. Eso y el deseo de huir.

Bien lejos.

El día en que Blanca Costa supo que Linda había muerto, una parte de ella se desvaneció para siempre. Se deshizo en un instante como los castillos de arena a la orilla del mar, que desaparecen por los lamidos del oleaje pese a contar con torreones robustos, y se convierten en una masa amorfa y húmeda empastada a la tierra. Blanca perdió las ganas de continuar, había perdido la confianza en sí misma. ¿Cómo podía seguir ayudando a otras personas si no había logrado hacerlo con Linda?, se preguntaba. Linda, una mujer tan fuerte que encubrió por completo su dolorosa condición de víctima. Pero no existen castillos de arena que no acaben sucumbiendo ante la brava mordida de una ola.

Blanca había repasado miles de veces lo que estuvo haciendo en aquellos días clave. Eran ocho. Ocho días pasaron desde que conoció a Linda hasta que su marido la mató. Ocho mañanas en las que Blanca se había despertado con la idea de ir a su casa para comprobar que estaba bien. Ocho días perdidos que sentenciaban su dolor y su culpa. Y luego esa llamada de teléfono, la que nunca atendió. Blanca sentía que había fallado, a sí misma, a Linda, a su padre, porque los monstruos existían y no había sido capaz de darse cuenta.

Cuando firmó el alta en el hospital, Linda tenía magulladuras en la cara y hematomas por todo el cuerpo, así que Blanca nunca entendió por qué quiso volver a su casa. Creyó que Linda no había sido consciente de lo que estaba haciendo, que no aceptaba el hecho de que el hombre con el que había pasado toda la vida se hubiera convertido en un monstruo. Linda era una mujer fuerte que había sacado a sus hijos adelante en un país que no era el suyo, que había luchado como una valiente heroína. Era una de esas mujeres que pueden con todo, pero que un día se rompen y ya no vuelven. Las ahogan, las silencian y las olvidan. Por eso, Blanca acabó comprendiendo que después de su negligencia solo podía hacer una única cosa: recordar a Linda siempre. Todos los días. En todos los rincones. En todas las mujeres.

Al conocer la verdadera historia de Andrea, los meses de angustia que pasó tras lo de Linda cobraron sentido frente a sus ojos. Se desplegaron en un enramado de filamentos transparentes que la conducían hacia aquella chica. Otra mujer devastada, con el dolor tatuado a fuego en el rostro. Blanca sintió que cada detalle de aquel interrogatorio estaba conectada con el pasado, como si aquel momento le hubiese estado esperando desde siempre, como si todo lo que había vivido hasta entonces fuese un preludio de su conversación con ella, con Andrea. La pobre Andrea. Ojerosa y descuidada, mujer de sonrisa amarga, cruel. En algunas ocasiones se parecía a Linda, en otras le recordaba a sí misma. Mirarle a la cara era como asombrarse al umbral de su propia mente y ejecutar un minucioso ejercicio de auto exploración.

En aquella montaña cada vez se hacía más oscuro.

En lo alto del cielo las nubes se soldaban unas con otras y, aunque solo eran las tres de la tarde, parecía casi de noche. El interior de la cabaña se teñía de sombras que colmaban los rincones tornándolos aún más negros. Blanca seguía sentada en su butaca, estaba eclipsada por la declaración de Andrea. A cada detalle monstruoso que verbalizaba la chica, una sombra opaca se cristalizaba en el centro sólido de sus pupilas de carbón. Aquella historia lo transformó todo, reveló la verdad que Blanca había presentido desde el principio; que Andrea era una mujer destrozada no solo por la muerte de Diego, sino por las amargas dobleces que había en su

relación con él. El secreto de Andrea tomó impulso articulándose a través de un puñado de palabras masacradas, desplegó sus alas siniestras en el centro del salón como un pájaro herido, de plumaje oscuro y brillante, acunado por la crudeza del discurso acongojado de una mujer desecha.

Sin embargo, había cosas que Blanca aún no comprendía.

¿Por qué viniste aquí con él? ¿Por qué lo seguiste a este lugar aislado después de lo que te había hecho?

Andrea sonrió.

Porque soy débil, o tonta, o porque le quería, porque estaba obsesionada con él. Yo qué sé. Debo de estar desquiciada, debo de ser el mayor desastre de este mundo.

Quiero pensar que eso ocurrió hace tiempo, que de alguna manera lo perdonaste al venir aquí con él, porque si no es así ese maltrato sería el motivo perfecto para… Dime la verdad, ¿en qué punto estabas con él ahora?

Andrea tomó aire y se quedó parada. A veces parecía que estaba viendo algo que Blanca no conseguía percibir.

Hace un mes Diego volvió de Londres. Me vino a ver a mi casa sin avisar. Yo estaba fuera y cuando regresé me lo encontré sentado en las escaleras del rellano, esperándome. Llevaba con él una maleta pequeña y un ramo de flores. Me dijo que solo tenía permiso para quedarse un par de semanas, pero que estaba dispuesto a volver definitivamente, que le había estado dando muchas vueltas a lo nuestro y que lo sentía, que estaba dispuesto a cambiar.

Y tú lo perdonaste, así, sin más.

Al principio no, le pedí tiempo. Le dije que necesitaba pensar, pero los siguientes días seguimos quedando y él se portó muy bien. Me pareció que realmente había cambiado.

Pero Diego estaba manipulándote. Un hombre que hace eso es una mala persona y las malas personas no cambian jamás.

Andrea cerró los ojos.

No lo entiendes, Blanca musitó con una voz tintada de despecho.

Se levantó del sofá y se acercó a la ventana arrastrando los talones como solía hacer. La cellisca rebotaba con violencia contra el vidrio. Su rostro absorbió la leve claridad que entraba del exterior y su silueta comenzó a endurecerse convirtiéndose en la estatua inmóvil y amarmolada de una época antigua.

Hay un día en que te das cuenta de todo. Un día en que recuperas por completo la lucidez y reaccionas. A veces vivir es como caminar por una selva, ¿sabes? Miras hacia arriba y ves un enjambre de vegetación sobre tu cabeza que te impide saber por dónde vas, que te desorienta y bloquea la luz del sol. Estás a oscuras y sin embargo sigues caminando. Caminas hacia delante, en círculos, no sé, pero caminas porque estamos programados para eso de una manera natural; nuestro instinto es seguir avanzando. Hasta que de repente, un día llegas a un claro. No sabes qué te ha conducido hasta allí, pero estás en un claro soleado en medio de una selva negra donde los halos de luz caen desde lo alto del cielo con una verticalidad casi divina y simulan columnas de polvo dorado que lo transforman todo. Es un milagro, piensas, y te plantas allí en medio, respiras y miras hacia arriba, y ves por fin un trozo de cielo sobre ti.

¿Y entonces qué ocurre?

Entonces te das cuenta de todo: sabes exactamente lo que tienes que hacer para salir de allí.

Cuando entré en el bar, él ya me esperaba. Estaba sentado al fondo del local, en una mesa con las patas de hierro, de esas antiguas que cojean y el camarero arrincona a un lado para que los clientes no las usen. Diego estaba allí, frente a un café con leche. Alzó la cabeza y sus pómulos se contornearon al verme, bajo su frente esa mirada dura de perro lobo, ojos juntos y punzantes, tan oscuros que parecían vacíos, se clavaron en mi clavícula con la firmeza de dos machetes lanzados a matar. En otro tiempo hubiese sabido sus intenciones con un solo golpe de vista, antes ni siquiera de que él pronunciara una sola palabra, pero aquella vez no, aquel día no tenía ni idea de qué quería aquel hombre de mí. Diego ya no era él, se había convertido en otra cosa.

Me acerqué a la barra y pedí una caña, y luego señalé al camarero el lugar donde me sentaría a tomármela. Al ver a Diego, el chico me miró de reojo como si quisiera advertirme, como si me juzgara. Sentí que todos los presentes en aquel bar lo hacían. Que me miraban decepcionados como si no estuvieran de acuerdo con aquella cita.

Como si me reconocieran y sintieran lástima de mí.

Mientras me acercaba a él, sentí un temblor en las piernas. Estaba cagada de miedo. Un peso extraño en mi estómago se balanceaba hacia los lados a cada paso que daba, un lastre herrumbroso salía de mi ombligo y se vencía hacia abajo, hacia el suelo, me anclaba a las baldosas de colores de aquel bar e impedía que mi cuerpo saliera flotando hacia arriba. Que desafiara las leyes de la gravedad y escapase de allí. Estaba atrapada y no tuve más remedio que quedarme.

Él se levantó y me dio dos besos como si no hubiese pasado nada. Como si se alegrara de verme.

Estás preciosa, me dijo sonriendo, y luego me ofreció asiento en la silla que estaba frente a la suya.

Me dio asco, pero me senté. Lo hice con indecisión como si estuviera al borde de una azotea con esa sensación de vértigo constante y ganas de saltar al mismo tiempo.

Estuvimos unos minutos en silencio. Él me miraba a la cara pero yo no podía mirar la suya, así que fijé la vista en su taza de café. Era blanca y gruesa y estaba posada sobre un plato a juego.

Me alegro mucho de que hayas venido al final, pensé que no lo harías.

Yo también pensé que no vendría, quise contestarle, sin embargo, no pude despegar los labios para hablar. Estaba totalmente anulada. Sabía que no debería haber cedido a sus súplicas, pero Diego había insistido tanto… Me dejó mensajes durante varios días, estaba ansioso por verme, por hablar las cosas. No tenía nada qué hablar con él porque el amor que sentía por Diego había muerto aquella maldita noche, aquella en que me violó. Pese al paso del tiempo aún me cuesta conjugar ese verbo cruel, pero creo que las cosas hay que llamarlas por su nombre, solo con eso logramos que integren su verdadero significado en sí mismas, solo entonces las asumimos, y tengo que ser consciente de una vez por todas de que Diego me violó. Asistir a aquella cita fue un acto devastador para mí. Mirarle a la cara era como asomarme a una fosa donde yacían los restos putrefactos de la mujer que un día fui.

El camarero me trajo la caña y un plato de aceitunas verdes. La cerveza estaba tan fría que había astillas de hielo cristalizándose bajo la espuma.

Te he echado de menos.

Aquellas palabras me provocaron una sensación espantosa; ¿cómo era posible que me

extrañara si cuando estaba en Londres apenas tenía tiempo de quedar conmigo?, intenté decirle, pero tampoco pude. Qué pensaba que iba a sacar de aquella conversación, acaso había acudido a aquel bar esperando una disculpa, o lo que realmente buscaba era venganza. Comencé a sentir un sofoco en el pecho, era como si adentro alguien hubiese tirado de la anilla de una granada para hacerla explotar. Tic, tac. Arrancó la cuenta atrás en lo más hondo de mis oídos.

Di un buen sorbo a mi cerveza, pero ni eso me calmó y mientras el bar comenzó a llenarse de gente. Era la hora del almuerzo y la temperatura ascendió. Finales de verano, Barcelona, las dos de tarde; el escenario perfecto para detonar el caos, para acabar con todo, con lo que me dolía y con lo que no, hacer estallar la realidad en fragmentos tan pequeños que fuera imposible reconstruirla.

El camarero activó los ventiladores del techo y al hacerlo un aire templado enturbió el ambiente. El flujo de la corriente porteó hasta mis oídos fragmentos inconexos de las conversaciones del resto de personas presentes en aquel bar. Así que, a parte de la charla de Diego, pude escuchar cómo dos chicas jóvenes hablaban de sus vacaciones en una mesa cercana a la mía. No alcancé a oír cuál era su destino, pero sí escuché con nitidez la marca del repelente de mosquitos que echarían a la maleta, uno de los mejor valorados en no sé qué blog, y algo confuso del *checking* del hotel. Risueñas, se mostraban la pantalla del móvil la una a la otra. Una de ellas sorbía de la pajita de su refresco con tanta fuerza que las mejillas se le hundían hacia dentro. Me recordó a un antiguo anuncio de Coca-Cola y deseé ser ella, volver a aquella época donde prácticamente todo era nuevo. También pude oír los monosílabos que se dedicaba la pareja sentada frente a los baños. Tenían unos sesenta años y las mejillas tan coloradas que deduje que eran turistas. Miraban la carta extasiados, como si hubiesen pasado la mañana caminando por la ciudad. A veces se sonreían el uno al otro. Imaginé que se llamaban Frank y Clarise, que eran franceses y llevaban juntos toda la vida, que se conocían tanto el uno al otro que no necesitaban decirse nada para estar a gusto. Y una vez más, me sentí tremendamente sola.

¿Quieres que pidamos algo para picar?, me preguntó Diego de repente, aquí tienen unas tapas muy buenas. Seguro que comiendo algo te animas.

Sí, animarme, eso era justo lo que necesitaba, pensé con ironía. No tenía ganas de comer, ni de hablar y odiaba estar allí sentada frente aquel monstruo. Reuní coraje y le miré a los ojos fijamente. Era la primera vez que lo hacía desde que había entrado en aquel bar, desde que aquel hombre me violó.

Me violó.

Diego. Sus facciones rectas y esa nariz dilatada y gorda, como de pájaro viejo. La cuadratura de su mentón enmarcaba la falsa sonrisa de un narcisista metódico, un hombre, fuerte, calculador, que ocultaba su crueldad bajo una pose de falsa modestia que le hacía parecer buena persona.

Tic, tac. Tic, tac.

Al final, le pregunté por qué había vuelto.

He venido a hablar contigo, a verte, me contestó entornando las cejas como si le sorprendiera mi pregunta.

¿Pero qué quieres? ¿Después de tantos meses qué quieres?

Han pasado tres. Tres meses y medio desde que no me coges las llamadas, ni contestas a mis mensajes, tres meses que me ignoras por completo. No me esperaba esto de ti, Andrea, me dijo, en un intento macabro de culparme. Sabes que te quiero.

Me destrozaste. ¿Qué esperabas?, le contesté con tanta rabia que sentí cómo se me anegaban los párpados.

Diego tomó aire y apartó la vista hacia otro lado. Hacia la puerta. Hacia la gente. Hacia la calle. No sabía muy bien dónde meterse. No podía contestarme a eso porque sabía que era verdad, que era un sinvergüenza. Un maltratador. Un cobarde. Y yo una víctima. Su víctima. Lo soy, y eso que pensaba que jamás iba a convertirme en algo así. Lloro por dentro, pero lo asumo, y al mismo tiempo me odio por haberlo permitido, por no haber sabido reaccionar, y me repito eso constantemente, esa pregunta lacerante que me destroza todavía más.

En aquel bar cada vez hacía más calor. El aire se condensaba en una fumarada caliente que planeaba sobre nuestras cabezas y en mi pecho la presión de la dinamita se blandía a latigazos contra la garganta.

Tic, tac.

Mira, sé que ha sido complicada la relación que hemos tenido últimamente, pero lo importante, lo único que vale la pena de todo esto, es que nos queremos. Nos necesitamos por encima de todo. Merecemos otra oportunidad, cariño, dijo alargando una de sus garras sobre la mesa para tocarme. Volveré a Barcelona en enero, ya he hablado con la empresa y me han aceptado el traslado. Estoy harto de Londres, y cuando vuelva quiero irme a vivir contigo, ¿me entiendes? Te necesito.

La voz de Diego se empastó con otras voces, con el cacharreo de los platos y los cubiertos, con la siega invisible de las aspas de los ventiladores girando sin cesar, con las risas, los suspiros, y el murmullo tosco de la cadena del inodoro. Todo aquel bullicio se agolpó en mi cabeza y sentí que me había convertido en una enorme válvula a presión que estaba a punto de explotar.

Tic, tac.

El tiempo se está agotando. La granada está lista, cualquier estímulo sensible provocará su detonación, una explosión violenta desde el epicentro del bar, desplegará sus ondas expansivas y lo arrasará todo.

Tic, tac.

Ya viene.

Tic, Tac.

Andrea, quiero casarme contigo.

Boom.

Sobre las cuatro de la tarde Pol llamó a la puerta de la casa y avisó de que todo estaba listo. Yo no entendí a qué se refería, pero vi cómo Blanca se levantaba y me pedía que recogiera mis cosas, que me vistiera porque el interrogatorio, me dijo, por fin había acabado y entonces me dio la sensación de que ella había encontrado lo que buscaba.

Me acompañó hasta la habitación y me preguntó si estaba bien, si quería comer algo. Le contesté que no, pero me gustó sentirme así, cuidada por alguien. Admiro a la gente que puede comportarse así con los demás, con esa delicadeza, esa capacidad de dar cariño sin esperar nada a cambio. La bondad de algunas personas es como un milagro. Una extrañeza, como la nieve cuando cae del cielo y forma esas virutas translúcidas en el aire, parecen pavesas o las plumas de un ángel, y al tocar el suelo desaparecen.

Yo no soy así, pero podría haberlo sido, podría haber sido una persona buena y tranquila, de

esas que pueden mirar hacia las nubes sin preguntarse si va a llover.

Cuando la nieve se funde la verdad acontece.

Todos se han ido. La Policía Científica, los furgones cargados con el cuerpo de Diego, la unidad canina de montaña, el vecino del Land Rover. Todos salvo Blanca Costa, que se aferra a aquella casa como si esta tuviera algo que revelarle todavía. No asume la realidad porque no la entiende, porque en esta ocasión la verdad está cargada de banalidad y no encaja en alguien como ella, que siempre busca el reverso de las cosas. No acepta desenlaces previsibles, no puede creerse que la asesina de Diego sea aquella chica triste de ojos menguantes. Una punzada de amargor le advierte de que algo que no cuadra en esta historia, de que la verdad permanece oculta en algún rincón perdido de aquella casa.

Pol tampoco ha regresado a Valtordá. Como fiel compañero se ha quedado para ayudar a requisar los objetos personales de la víctima y trasladar a la chica. Mientras esperan a que Andrea recoja su habitación y haga la maleta, ambos se enfundan un par de guantes de látex y recopilan la ropa de Diego que queda por la casa, la meten en bolsas de basura junto con alguna pieza de menaje de cocina sin fregar y sus dispositivos electrónicos.

Blanca sabe que tendrán que volver a la casa para inspeccionarla a fondo y recoger más muestras, pero mientras tanto cualquier objeto que puedan llevarse será de utilidad para comenzar la investigación. Restos de sangre o de drogas, necesitan hallar un cabo suelto que ayude a esclarecer las incógnitas del caso. Pol da una última vuelta a la casa para comprobar las ventanas. Las de las habitaciones y la de la cocina. Examina a trasluz los cristales en busca de imprentas y repasa con rigor la superficie del alféizar.

No hay nada más, informa a Blanca al regresar al salón. He vuelto a inspeccionar los accesos a la casa y todo parece estar en orden. No hay ventanas forzadas ni ningún indicio sospechoso.

Bien, contesta Blanca mientras examina el móvil de Diego. En la pantalla se despliegan sus últimas conversaciones de Whatsapp. A simple vista, no detecta nada extraño salvo que el chico tenía una intensa vida social. No encuentra mensajes de amenazas ni de números desconocidos que puedan ratificar la hipótesis de la existencia de un acosador, pero aun así decide que en comisaría exportará todos los chats para analizarlos a fondo.

¿Cómo está la chica? ¿Tienes claro qué hacer con ella?

Blanca bloquea el aparato y se sienta en uno de los taburetes de la cocina. La fatiga y la abstinencia le provocan un temblor constante en las piernas.

Tengo que reconocer que estoy bastante confundida con ella, le dice en voz baja, sin estar del todo segura de que Andrea no la escucha desde el cuarto de al lado. La llevaremos al centro de salud para que le hagan un chequeo completo y que pase la noche allí.

A qué te refieres con confundida.

Blanca clava los codos en la mesa y se frota la frente con las dos manos. Entiende la insistencia de su compañero por querer darle vueltas al caso, pero lleva horas metida en aquella casa y no tiene ánimos para debatir con él.

Me refiero a que no tenemos pruebas todavía para acusarla. Además, ella es otra víctima. Ha sufrido maltratos por parte de ese hombre.

Pol se quita el gorro sorprendido y se sienta frente a ella.

¿En serio? Blanca, entonces esa chica tenía razones para matarlo. ¿Eres consciente de que ese podría ser el móvil del crimen?

Blanca asiente con la cabeza baja. Guarda silencio y entre sus dedos el móvil de Diego pasa de una mano a otra como una baraja de naipes.

¿Y por qué dudas?

Blanca se queda en silencio. Dudar es de sabios, decía su padre; nunca debes conformarte con lo que ven tus ojos porque los mejores detectives son aquellos que obedecen a su instinto, que no dejan de indagar hasta que quedan saciados. Blanca posa su mirada en el rostro inquieto de Pol y contesta con sobriedad:

Dudo porque la creo, porque más allá de las cicatrices de sus muñecas, de su amargura y de todo lo que me ha contado, creo que esa mujer es un ser que sufre, que ha pasado por mucho dolor y merece el beneficio de la duda y no la acusación de alguien que no tiene pruebas contra ella. Además, no para de repetir lo mucho que le quería. Lo nombra con tanta vehemencia… se ve que su ausencia la está destrozando.

Pol asiente ante la explicación de su jefa, pero se enrosca sobre el taburete. Parece nervioso, el ímpetu de su juventud lo remueve dentro y, al cabo de unos instantes, no se conforma del todo.

Blanca, ¿y si todo lo que Andrea te ha contado fuese un cuento y en el fondo ella quería vengarse de ese hombre? ¿Y si fuese una fría asesina que ha planeado este asesinato al milímetro, que ha venido con él aquí, no para pasar un fin de semana romántico, sino para arrastrarle a un lugar aislado y así poder matarle?

Blanca ladea la cabeza con una sonrisa descolgada.

Si ella hubiese querido matarle, Pol, lo hubiese hecho de otra manera. La he conocido y es una persona inteligente. Creo que si hubiese planeado matar a su novio, primero hubiese preparado una buena coartada, por ejemplo, o se hubiese deshecho del cuerpo para esconder cualquier prueba que pudiera incriminarla. Y qué me dices del acto en sí; las mujeres que matan suelen hacerlo de otra manera. El *modus operandi* al que nos enfrentamos es violento y ella no da el perfil. Para una mujer así hubiese sido más sencillo envenenarlo, o empujarlo por un barranco mientras caminaban por la montaña… No lo sé, Pol. Puede que esté divagando, incluso que esté equivocada, pero reconozco que no estamos ante un escenario planificado. Todo esto está minado de huellas, desorden y rastros de la pareja.

¿Y si ese fuera el plan? ¿Y si la chica ha querido hacer ver que ella es la única culpable para que parezca todo lo contrario, para confundirnos desde el principio? ¿Y qué me dices del arma del crimen? No hemos encontrado el cuchillo con el mataron al chico y eso que, según la Científica, la hoja era de gran tamaño. ¿Dónde está? Hemos revuelto toda la casa de arriba a abajo. Si lo encontrásemos, podríamos analizarlo y sabríamos mucho más de lo que ha ocurrido aquí.

En fin, has visto muchas películas, compañero. Blanca se pone en pie y toca el hombro a Pol con cariño. Veremos qué pasa, seguiremos todas las pistas y trabajaremos juntos en esto, y te aseguro que no debes preocuparte porque al final descubriremos la verdad.

Mientras habla, Blanca no advierte la presencia que la acecha por la espalda. La sombra de Andrea aparece recortada en el umbral del pasillo, su semblante es áspero y está colmado de tristeza. Blanca no alcanza a saber cuánto tiempo lleva allí parada. La chica agarra una bolsa de deporte con las dos manos y se ha abrigado a conciencia con un plumón grueso de color café que le alcanza el cuello.

¿Voy bien así? Fuera hace mucho frío.

Sí, claro que sí.

Andrea no la mira a ella, sino a Pol. Se acerca hasta él y le da su bolsa de viaje al tiempo que le arroja una mirada cargada de frialdad. Luego se dirige al salón, echa un vistazo a los muebles, pasa la mano sobre la superficie de la mesa en silencio. Se acerca al sofá y da una vuelta despacio a su alrededor. A Blanca le da la impresión de que está despidiéndose de la casa.

¿Y ahora qué hacemos?, pregunta Andrea, su voz pausada es distante como si estuviera lejos de allí.

Ahora te llevaremos al centro de salud y allí te harán un chequeo. Has tenido varios ataques de pánico y queremos comprobar que estás bien. Podrás pasar la noche allí y mañana te iré a visitar temprano, ¿vale?

Andrea guarda silencio. Se acerca a la biblioteca y acaricia los lomos de los libros. Blanca le explica que no tiene que preocuparse si se olvida algo.

Recogeremos el resto de tus cosas y en unos días te las haremos llegar, le asegura.

De repente, un trueno explosiona sobre la casa, lo hace con tanta potencia que provoca un tintineo en la red eléctrica. Andrea se queda muy quieta, junto a la chimenea, mientras las ascuas que quedan en la lumbre se oscurecen lentamente hasta que se apagan. Entonces las sombras más oscuras salen de detrás de las paredes.

Deciden marcharse antes de que comience a nevar de nuevo. Pol carga en su coche el equipaje de la chica mientras que Blanca la ayuda a bajar la escalinata de la casa. A Andrea le cuesta caminar a causa de la ansiedad, tiene una rigidez extrema en los brazos y en las piernas y Blanca cree que continua en un estado de shock. Bajan las escaleras despacio, se agarran de los brazos mientras la ventisca las azota con virulencia, tal es el arrebato que parece querer derribarlas, empujarlas de nuevo hacia el interior de la casa e impedir que se marchen.

Entonces Andrea echa la vista hacia el cielo y susurra, lo hace tan bajito que Blanca apenas la oye, pero cree que está rezando. Pronto se hará de noche en esta casa, en esta montaña y las sombras volverán a pasear por los senderos, amorfas y vacías como almas purgadas.

Murieron las formas despavoridas de la noche y *no hubo más un afuera ni un adentro.*

¿Es una poesía?, le pregunta Blanca, pero Andrea no responde.

El viento frío rebota feroz contra los peñascos, irrumpe en el valle simulando el aullido de un lobo, alborota las cabelleras de las dos mujeres que caminan juntas, abrazadas la una a la otra. Dos enjambres de cabello enredado flotan en el aire como las frondas oscuras de un alga en lo más profundo del océano.

Blanca. Andrea.

Andrea. Blanca.

Aún con todo consiguen llegar hasta el coche patrulla y Blanca acomoda a la chica en el asiento trasero. Su coche es el único que tiene pantalla de aislamiento para trasladar a personal no oficial, así que será ella quien lleve a la chica hasta el pueblo. Le ordena a Pol que precinte la entrada y que luego le siga en su coche.

El tiempo se ha complicado y es mejor bajar juntos, le dice.

El chico asiente y sube con decisión hasta la entrada con la cinta de balizamiento bajo el brazo. La coloca de un extremo a otro en la puerta de la casa y la ata a los barrotes del porche

formando una equis horizontal a la altura de la cintura.

El viento sigue apretando. Blanca se apoya en la puerta del coche y saca su móvil para comprobar la cobertura. No ha recibido señal desde que está allí, ni siquiera en su *walkie*.

¿Puedo fumar?, le pregunta Andrea de repente, y baja al máximo la ventanilla del coche hasta que el cristal desaparece por la ranura de la puerta.

Se vuelve invisible.

Blanca asiente y Andrea saca un codo por la ventana, se coloca un cigarrillo entre sus labios blanquecinos que dejan de serlo cuando los aprieta para encendérselo.

¿Esperas la llamada de alguien?, le pregunta tras dar una calada.

No. Solo consulto el móvil por rutina, porque estamos tan aislados aquí arriba que no hay cobertura. Me provoca ansiedad no estar conectada. Como a todos, supongo.

Andrea sonríe como si el comentario le hubiese hecho gracia y a Blanca le causa extrañeza porque es la primera vez que la ve hacerlo. Su sonrisa es lánguida, amarga, cae hacia un lado y se queda colgando de sus mejillas enrojecidas.

Todos estamos aislados y solos, dice. Por más que nos empeñemos en conectar con el mundo o con la naturaleza, por más que nos esforcemos en conocer a los demás, la individualidad es uno de los rasgos más primarios del ser humano, y el que más sufrimiento causa.

Andrea pasea el cigarro por el aire mientras habla y mira hacia arriba, hacia el cielo neblinoso que cubre la cima de la montaña. Sus dedos de cristal sostienen la ceniza compacta del cigarro que amenaza desprenderse de un momento a otro, y Blanca se percata de que la chica ha dejado de temblar.

Cuando Pol vuelve, le hace una señal y ambos suben a los coches. Las puertas de los vehículos se cierran al unísono. Hace tanto frío que Blanca no se quita ni el abrigo, antes odiaba conducir así, pero al final ha acabado acostumbrándose al frío de aquel pueblo. Enciende el motor e intenta poner la calefacción. Aprieta los botones del salpicadero y gira la rueda de la temperatura, pero las ranuras frontales solo expulsan un aire templado y reseco. Parece que no funciona. Le pregunta a Andrea cómo está, si tiene frío, pero esta no responde.

Blanca la mira por el retrovisor.

La chica está en silencio, con los brazos cruzados como las alas plegadas de un cuervo enjaulado, su cabeza ladeada hacia atrás, en dirección a la casa.

Murieron las formas despavoridas de la noche y *no hubo más un afuera ni un adentro*, susurra de nuevo.

Blanca averiguará más tarde que son versos de Pizarnik, pero ahora aún no lo sabe, así que tras arrancar el coche, sale del aparcamiento y toma el sendero que lleva a la carretera. Cuando llegan al pedregal, Andrea se gira exaltada hacia la casa que dejan atrás, saca un brazo por la ventana y lo agita con fervor de un lado a otro a modo de despedida. Entonces comienza a gritar.

¡Hasta siempre, mi amor!

Blanca aminora la marcha. Le desconcierta tal arrebato y se gira para observar a la chica. Sabe que Andrea no está bien, pero algo se le ha removido por dentro al verla actuar así. Mira hacia la casa por el retrovisor exterior, y es entonces cuando distingue la silueta observando desde la ventana. No alcanza a ver si es hombre o mujer, pero sí logra distinguir la forma redondeada de su cabeza, la curvatura de los hombros, la taza que sostiene en la mano. Es una persona.

Blanca frena el coche en seco.

¿Qué es eso? ¿Quién hay dentro de la casa?

Pero Andrea no responde; se ha quedado quieta, parece haberse congelado.

Blanca se desabrocha el cinturón y sale del coche asustada. El frío que le araña la cara es punzante y rabioso. Todo en aquella montaña lo es. Entrecierra los ojos e intenta mirar hacia las ventanas, la sombra ha desaparecido y parece que todo está en orden. No lo entiende. Da unos pasos hacia la casa mientras Pol toca la bocina de su coche y le pregunta qué ocurre. No lo escucha. Hay algo no cuadra, piensa, así que, sin pensarlo un instante, arranca a correr hacia la casa de nuevo. Está exaltada. Sabe que no puede irse sin averiguar lo que hay allí dentro, así que vuelve a plantar cara a la fachada de piedra desgastada, sube los escalones hasta la entrada y arranca los precintos de un tirón. Está tan nerviosa que puede masticar su propio aliento. Se abalanza contra la puerta y acciona la manilla, pero esta no se abre, parece estar atrancada y pese a que la acciona varias veces con ahínco, no consigue abrirla. Retrocede un par de pasos hacia atrás para coger impulso y comienza a dar patadas al tablón. Una tras otra, cada vez con más fuerza.

Hasta que la casa cede.

La puerta se abre y Blanca entra, y con ella un viento líquido que impregna el salón de escarcha y zarandea las flores secas del recibidor. El salón está a oscuras, parece haberse convertido en la guarida de un lobo. Blanca aprieta el interruptor, pero la electricidad se ha cortado definitivamente. Se desabrocha el abrigo y saca su linterna del bolsillo. No puede ser que haya alguien aquí, solo hemos estado nosotros. Otro trueno se deshace en el cielo mientras Blanca revisa las habitaciones. Inspecciona detrás de las puertas, dentro de los armarios, bajo la cama, y cuando acaba de recorrer todos los rincones lóbregos vuelve al salón.

Y entonces confirma que la casa está vacía.

Blanca no cree en los fantasmas ni en las leyendas macabras del pueblo, pero ha visto algo extraño en esa ventana y sabe que no está loca. Así que comienza a rebuscar en todos los muebles. Arranca los libros de la librería y los tira al suelo con desesperación, despeja los estantes para comprobar la parte trasera de la estantería. Solo piensa en encontrar ese cuchillo como sea. Se agacha y mira bajo las mesas, da la vuelta a las sillas, revuelve los cajones, incluso revisa el dorso del espejo del baño y dentro de la cisterna del inodoro.

La nieve cosquillea la cresta de la montaña, cada vez cae con más fuerza, pero Blanca insiste. No se rendirá ni se marchará de allí. Removerá las entrañas de la casa hasta encontrarlo. Se acuerda de su padre, qué hubiera hecho él en su lugar, y su adrenalina se desata. Entra en la cocina y vacía los armarios, mira bajo el fregadero y revisa el cajón de los cubiertos. Saca las tijeras y todos los cuchillos que hay dentro, los cuenta, los examina uno a uno. Sabe que Pol ya ha requisado el más grande pese a que este no coincidía con el arma homicida, por el grosor de la hoja no había ninguna duda, le ha dicho, pero Blanca no se conforma. Si el arma con la que mataron a Diego sigue en la casa, la encontrará. Coge uno de los cuchillos de la cocina y con él en la mano vuelve al salón. Su sombra gris se plasma en las paredes. Va hasta el sofá y rasga la tapicería, abre las cremalleras de los cojines y mete la mano dentro, saca la espuma a trozos como si estuviera despellejándolos, pero tampoco encuentra nada.

El peso de la noche se cierne sobre el bosque y Blanca ya no sabe dónde buscar. Escucha por enésima vez la bocina del coche de Pol, que aguarda afuera custodiando a la chica, sin entender nada de lo que está pasando. Blanca está exhausta. Al respirar le duelen los pulmones, y no

siente miedo sino solo un intenso agotamiento. Se queda de pie en silencio, mientras la fuerza centrífuga que brota del subsuelo la paraliza. La casa está presente, está más viva que nunca, aquella cabaña de gritos y sombras la obliga a inclinarse hacia delante. Blanca no puede controlarlo, aquella fuerza es más inmensa que ella. La revuelve, la despedaza, la obliga a caer al suelo, a hincar las rodillas contra las tablas, y entonces, sin poder evitarlo, comienza a vomitar en medio del salón.

Minutos más tarde, Blanca consigue salir de la casa. Aparece con las manos vacías y el rostro sombrío. Da un portazo y vuelve a su coche. Cuando pasen unos días y la nieve se deshaga volverá a inspeccionar el terreno, para saber de quién son las huellas y hallar ese maldito cuchillo enterrado en la nieve. Necesita saber qué ha pasado allí. Le entran unas ganas terribles de llorar, pero aguanta. No lo hará delante de ellos, ni de nadie. Llega hasta el coche y se sube de nuevo. Esta vez conducirá hasta el pueblo de un tirón, sin echar la vista atrás. No quiere saber nada más de esa casa maldita.

Al sentarse al volante, coge aire. Contiene el impulso de volverse hacia atrás y mirar a Andrea, pero aun así intuye la perniciosa sonrisa de la chica en los labios.

Me asomé por la ventana y vi cómo se marchaban. No tenían prisa por alejarse y supe que estaban tan ancladas a esta casa como lo estoy yo. Ya les advertí, una vez entras aquí ya no logras desprenderte de esta sensación de frío jamás.

Al asomarme pude verme a mí misma fuera. Fumaba con una elegancia maliciosa como si nada hubiese ocurrido. Aunque no sé si era del todo yo, porque una parte de mí se ha quedado aquí dentro. También vi a Costa y a aquel chico insolente. Estábamos allí fuera los tres, pero a la vez estábamos dentro. Existíamos en varios planos simultáneos porque aquella casa era capaz de muchas cosas, de transformar el tiempo, de retorcerlo y duplicarlo a su antojo, de detenerlo para siempre. Mientras Blanca me hablaba y la taza de té me abrasaba las palmas de las manos, podía asomarme a la ventana y ver qué iba a ocurrir luego, pero también podía estar allí y contestar a sus preguntas estúpidas. Todo al mismo tiempo. Todo en uno. Estábamos dentro de la bola de nieve y nuestro mundo se agitaba una y otra vez.

En aquella montaña la vida era extraña. Aquella casa. Aquel bosque. La llamada del lobo que me colmaba de temor y de osadía a la vez. La misma que escuché la madrugada que murió Diego. Me había pasado las horas más oscuras de la noche mirando al techo, siguiendo con la mirada las rectitudes de las vigas, estremeciéndome por los ruidos inquietantes que producía aquella casa. Diego dormía, así que procuré no moverme de la cama mientras buscaba una explicación lógica que los justificara. Los ruidos de la casa y los de fuera. Quizás sea el viento, pensé, o el mal estado de la estructura de la casa, pero ninguna de mis teorías me complació, porque sentía muy dentro de mí que allí estaba pasando algo más.

Cuando me cansé de darle vueltas, me levanté de la cama y paseé a oscuras por el salón. Fui hasta la cocina y me asomé al ventanal. La montaña dormía en su gruesa lobreguez y en el cielo se esparcían retazos de nubes fluorescentes que arrojaban racimos de estrellas brillantes por la bóveda terrestre. Creo que vi cómo caía alguna sobre el valle y pedí un deseo.

Luego me acurruqué en el sofá. Las brasas de la lumbre estaban apagadas y hacía frío, pero como no podía conciliar el sueño pensé que lo mejor sería quedarme despierta y vigilar. Estar atenta por si volvían los hombres de la noche. Me quedé quieta como una liebre temerosa dentro de su madriguera, agudizando el oído y esperándolos. Me asomaba a la ventana de vez en cuando

por si los veía acercarse con sus botas de suela gruesa, los ojos encendidos y las alforjas cargadas de odio. Así me los imaginaba yo, como un grupo de Ku Klux Klan enmascarados.

Sin embargo, aquella noche no vinieron.

La oscuridad era tan sólida, un telón de sombras que no alcanzabas a traspasar con la vista, pero aun así lo sentí. Había algo respirando allí afuera, algo que crecía tras los augustos troncos de los árboles, y que me miraba. Hasta que de pronto oí un agudo alarido. Me levanté, abrí la puerta de la entrada y salí afuera, al porche, descalza y en pijama como si no fuera dueña de mí misma; no era más que una mujer aturdida atendiendo la llamada salvaje del bosque. Me detuve unos instantes en mitad de la oscuridad, la densidad del silencio se agolpaba en mis oídos, y luego, otra vez, volví a escucharlo.

El aullido.

Un gemido bravo que provenía de la parte más profunda de la montaña, de las guaridas húmedas donde la sangre se mezclaba con la saliva de las fauces hambrientas. Desde el lugar sagrado donde habitaban los lobos.

Escuché un aullido tras otro.

Gañidos secos que sobrevolaron los árboles y el cielo, y que me erizaron el vello. Los aullidos imperaron en la noche fría con la cadencia rabiosa de un latido desesperado. Y de repente, el viento se alzó a lomos de la noche y sacudió los árboles con violencia como si quisiera arrancarlos y llevárselos muy lejos.

Entonces sentí que el bosque se despertaba.

Por más que lo pienso aún no sé cómo tuve el coraje de hacerlo. Estaba cansada de aguantar tanta violencia, de aceptar la humillación constante. ¿Y por qué no? ¿Por qué no podemos rebelarnos? ¿Por qué no podemos contraatacar de la forma que nos plazca? Me metí en aquel cobertizo mugroso de madrugada y esperé a que amaneciera. Esperé a que él viniera a buscarme. Nevaba con fuerza como si estuviese a punto de acabarse el mundo. Hasta que la rosácea del alba se filtró por la claraboya y comenzó a hacerse de día suavemente. Y mientras, yo, estaba allí preparándome. No me dio tiempo a planearlo pero sabía que debía ser un acto solemne, una acción fugaz y fehaciente, que lo más importante era cogerle desprevenido.

¿Qué haces aquí?, me preguntó al entrar.

No podía dormir. Este cobertizo es el único lugar en el mundo donde me siento a salvo.

Entonces, antes de que él pudiera reaccionar, la sangre salpicó los lienzos, el mundo se detuvo y todo acabó en unos instantes.

Querido Diario, esta es la última entrada que escribo. Lo siento, debo dejarlo. No es porque mi vida haya cambiado o no tenga tiempo de escribir, sino porque ya no tengo nada más que contar. Los miedos han desaparecido. Los maté con mis propias manos y ahora no quiero seguir pensando. No quiero darle más vueltas a nada. Vienen a verme y suelen hablarme del perdón, pero arrepentirse es algo mediocre, ¿recuerdas? El arrepentimiento no cambia el pasado, y yo tampoco quiero cambiar nada. Quiero que todo se quede como está, quiero a Diego muerto, pese a que eso suponga estar encerrada. De algún modo siento que he estado así siempre.

Aquí dentro todo es plano y la vida pasa lenta, pero al menos la rabia se ha extinguido para siempre. Ya no tiemblo, ni siento frío y mi cerebro está más consciente que nunca.

Creo que me he dejado algo en aquella casa, algo que me hacía ser yo, y que ahora cada vez

soy menos yo y más otra cosa. A veces pienso que me estoy convirtiendo en una piedra. Sí, lo soy, una piedra. Todos nos vamos convirtiendo en piedras, poco a poco, como si quisiéramos ser parte de ese bosque musgoso y pasar desapercibidos, como aquella casa.

Rocas.

Montañas rocosas gigantes, eso es lo que somos.